



**RAÚL ZURITA**

**El día más blanco**

LITERATURA RANDOM HOUSE

## Índice

Cubierta

Como un río de piedras

Capítulos 1

Capítulos 2

Capítulos 3

Capítulos 4

Capítulos 5

Capítulos 6

Capítulos 7

Capítulos 8

Capítulos 9

Capítulos 10

Capítulos 11

Capítulos 12

Capítulos 13

El día más blanco

Créditos

Ceci n'est pas une pipe.

MAGRITTE

Muero feliz porque muero en la belleza. Uno habrá que nos recuerde el nacimiento: un río, el mar, la oscuridad de otras calles donde algo, tal vez algo semejante a nosotros, se levanta del sueño y camina.

## Como un río de piedras

La enorme costra de sal le otorgaba al desierto esa blancura delirante que sólo pueden comprender los locos, los fanáticos o los puros. El tajo del horizonte se cortaba al borde como un abismo, y el cielo comenzaba a remontar desde él suavemente, sin prisa, curvándose hasta alcanzar esa impertérrita lozanía que posee todo aquello que nunca ha dependido del error de la mirada. Se puede afirmar entonces que ese marco está de fondo, inmutable y perfecto, no horadado por el dolor, la pasión o la agonía del hombre que había llegado hasta esos vacíos y miraba.

Era también la luminosidad del salar enceguciéndolo. Entre su propio nacimiento y la blancura del desierto habían pasado minutos o años, daba lo mismo; el resplandor sin memoria que lo inundaba todo atestiguaba que esas nociones son recientes y que jamás han residido en la profundidad de las cosas. Alguna vez el océano había cubierto por completo las extensiones de ese territorio mostrándole de paso lo nimio de su respiración, de su hálito afanoso y corto que no obstante contenía todo el misterio de la vida. La transparencia del aire parecía emerger así desde la textura del paisaje otorgándole a esa planicie un tinte irreal donde él era apenas un tono más, un simple capricho de la luz que lo engañaba con la ilusión de una sombra. La sensación de irrealidad se estrellaba sin embargo con un núcleo duro e impenetrable, anclado en el fondo de sí, cuyo peso lo tiraba hacia abajo pegándolo al suelo como si en ese punto se hubiera concentrado toda la fuerza de gravedad de la Tierra.

Se había recostado boca arriba, con los brazos abiertos, sobre la larga llanura de sal, y si alguien en ese momento lo hubiese visto habría recordado

la forma de una cruz, de una cruz botada y oscura. Era como si la Tierra entera subiera desde el centro de ella hasta chocar con su espalda mientras que la inmovilidad de sus brazos extendidos parecía afirmar que el dolor se opone también a la rotundez de las cosas, a la extensión del horizonte y de los paisajes, y que los milenios o instantes anteriores en que el mar se retiró dejando conchas de moluscos y peces fosilizados en las cumbres, no podían sin embargo, con toda su majestuosidad y grandeza, alterar un solo segundo del sufrimiento del ser que allí yacía.

Extendido sobre esa sequedad tórrida, sus ojos semicerrados alcanzaban a adivinar la encandilante claridad del cielo, pero ni siquiera como algo que las palabras o los sentidos pudiesen describir, sino más bien como esa mudez que toman los hechos si se tiene la impresión de que están ocurriendo en sueños. De esa manera, como un sueño que lo fuese arrastrando, se le venían encima las caras que alguna vez sintió cerca porque intuía, aunque en ese momento no lo supiera, que en las formas de esos farellones estaba más presente el torbellino de los rasgos humanos que en los vestigios siempre relativos de la vida. Esas dos soledades entonces, la del hombre y la del desierto, se estrellaban como dos bloques dejando apenas un mínimo resquicio entre ellos, una línea casi inexistente de aire para la existencia de los otros.

El que escribe conoció a esos otros. Los vio asomarse en el pequeño antejardín de una casa con un magnolio joven y luego vio la pureza de esos cuatro rostros (una abuela con un niño de corta edad aferrado a su falda, una madre a la que llamó Ana, una hermana menor a la que llamó Ana María) que se alejaban disolviéndose en un enjambre de sucesos y tiempos donde tal vez lo único permanente era la necesidad nunca colmada de una estación con olor a jazmines, de una primavera incontrarrestable y definitiva. También vio la fotografía enmarcada en metal donde un hombre vestido con esmero sostiene en brazos a su hijo de meses y lo mira. En la imagen el cielo es blanco y por

un momento la fijeza de ambos recuerda el fulgor opaco de los peces petrificados en las rocas.

Es la misma granulosidad del desierto, del salar redondo e inmenso. Tendido sobre él, la enceguecedora superficie le rememora el olor del océano, ese olor pretérito que una vez lo copó todo. A lo lejos, apenas audible, le pareció oír el sonido de unas trompetas y recordó entonces que aunque la elegancia de su traje lo hacía ver mayor, en la fotografía su padre tendría a lo sumo veintinueve, treinta años. Ahora, agrapado a la tierra con los brazos abiertos, como si el planeta entero fuera su crucifijo, le había parecido que esa cara lloraba sobre la suya y le habló. Era un grito a las nubes, al aire, largo, como un río de piedras.

Es el largo río de las palabras. La sombra azul del cerro Purgatorio frente a mí es ahora una interpelación, como si su extrema rigidez fuese una pregunta abierta desde siempre y que también desde siempre se pierde en la oscuridad, en el origen. Ignoramos los años de nuestra vida, pero es también posible pensar que son estas las últimas horas y las historias entonces deben condensarse. Pero no es el tiempo sino el acoso incesante de las palabras y antes de que todo esto se detenga me gustaría haber fijado al menos un lugar, un primer antejardín, una casa de muros amarillos y los rostros de los seres que veía: Veli, mi hermana menor, mi madre. Lo inefable de esas primeras caras rodeándome como una neblina y más atrás las dos ventanas del comedor y más atrás los franceses con los que dividíamos la casa y más atrás la calle, el invierno de Santiago y un año: 1954.

Es el tejido sobre el cual están suspendidas las cosas, porque no es el amor lo que pervive sino los matices que se adherían por un instante a las caras. Los seres que quisimos están entretejidos en esos matices: más que lo rotundo de los rasgos son ciertos ángulos del rostro, apenas un sesgo o un detalle de su sonrisa que se nos aparece de pronto hasta que todo vuelve a disolverse en lo insondable. El rostro de Veli, su nariz larga y afilada, sus pequeños ojos, sus arrugas, emergen desde el fondo de ese tramado como si yo fuese el que quisiera huir, como si quisiera ordenarme y yo o lo que fue de mí, mi sombra, algo, ya estuviese más allá del orden. En realidad los recuerdos están siempre allí, igual que piedras, y somos nosotros los que nos acercamos a ellos o no, los que aparecemos o desaparecemos de sus caras, de

sus cuerpos, perdiéndonos en un bordado difuso como las estelas que dejan las luces de los automóviles en la niebla.

Mi hermana también contempla esa cara. Ambos estamos sentados en el suelo de madera y la imagen tiene algo duro. Nuestro padre murió el 15 de febrero de 1952, cuando yo acababa de cumplir dos años, y de él no tengo recuerdos. Más arriba de nuestras cabezas están las dos ventanas del comedor desde donde se ve un corto antejardín, luego el muro con rejas blancas, la puerta de calle y el pequeño óvalo con el número 97. La calle se llama General del Canto y la casa de al lado aún existe, pero la nuestra fue borrada en un remodelamiento. Donde estaba pasa ahora una avenida: 11 de Septiembre. Sé que es de mañana e invierno y que mi hermana y yo tenemos puestos unos pantalones rojos de algodón con elásticos en los tobillos. Sé también que sostengo un juguete, es un carrito lechero de madera, mientras ella se ensimisma y de tanto en tanto llora. Sobre la pared de entrada hay un cuadro; es de noche y lo que se ve es el puerto de una ciudad: Génova. Mi madre trabaja y no está en casa. Veli nos cuida; es la madre de mi madre.

Acabo de decir que no tengo recuerdos de mi padre, pero no sé si es del todo cierto. En una imagen yo estaba en una cama y me acababan de entregar ese pequeño lechero. Al pie me están mirando mi abuela, mi madre, su padre y mi padre: Raúl Zurita Inostroza. Ese segundo apellido hace que su nombre no sea igual al mío y esa abrupta diferencia me emociona como si fuera algo de él que se desprende para que lo vea, para que me dé cuenta de que no soy yo.

Quiero creer que lo vi, que no fue un sueño, pero en el recuerdo todo cobra un tono café y su textura es la de esas fotografías que uno cree antiguas. Yo aún no caminaba, lo sé porque el juguete se me escapa y no lo alcanzo. En una imagen similar corro entre una gran cantidad de mujeres con las que juego al pillarse en un parque de entreteniciones. Sin casi darme cuenta me veo persiguiendo sobre todo a una. Es más joven que las otras y se llama

Carmen. Desde entonces nos encontramos todas las tardes en un lugar cuyo nombre después se me hará familiar: Puente Alto. Le cuento a Veli de mi primera amiga, de la primera que recuerdo, pero me ignora y es como si lo que le hablo se deshiciese en el aire. Una mañana sin embargo mi abuela me despierta diciéndome que me levante, que ha llegado. Está sentada en el comedor y al verme comienza a correr alrededor de la mesa mientras yo la persigo tratando de alcanzarla. Su risa brilla en medio de la luz que cruza las ventanas. Es Carmen, no lo sueño, afuera está la calle General del Canto y la mañana avanza.

Sé también que mi abuelo murió tres días después que mi padre y que la gente que venía a dar las condolencias se encontraba con esa segunda muerte; con la del papá de mi madre, con la del marido de Veli. Fue un ataque al corazón. Le sobrevino mientras le contaba a unos compañeros de trabajo del fallecimiento de su yerno. No lo supieron de inmediato sino varias horas después, cuando el cortejo ya estaba por partir y él no llegaba. La mañana era del 18 de febrero de 1952. Se llamaba Luis Canessa y tenía 56 años, mi madre 27, Veli 52.

Hay otra fotografía de papá, está enmarcada sobre una de las paredes del mismo dormitorio donde recuerdo que me entregaron el lecherito de madera. Esa pared es el frecuente destino de una orden imperiosa: «Vayan a ver a su papá». Es nuestra abuela. Asustados nos acercamos con mi hermana y vemos que la cara nos está mirando con una expresión triste, de enojo y reproche. Así castigaba nuestras faltas. Mi hermana me seguía como si quisiera esconderse detrás de mí y, sin embargo, cuando Veli quería mostrarnos su alegría por algo que habíamos hecho bien, nos mandaba de nuevo hacia la foto. Corremos porque sabemos que esta vez todo ha cambiado: el rostro está sonriendo.

Mirar esa fotografía es parte de una serie de ritos, de pequeñas ceremonias que se cumplen cada día o una vez al año y que se seguirán cumpliendo. La

casa que está junto a la nuestra tiene un jazmín que mi abuela adora. Todos los 21 de septiembre ella nos anuncia que ha terminado el frío y que nos llevará a tomarnos un helado. Oler los jazmines florecidos es otro de esos rituales de la primavera que ella nos impone. En las tardes nos sentamos con mi hermana en la pequeña grada de la puerta que da a la calle. No hacemos nada, sólo miramos, mientras Veli nos vigila desde atrás. Desde allí se ve la avenida Providencia y yo me entretengo adivinando si la próxima persona que pase doblará por nuestra calle o seguirá de largo. Un hombre ha dado vuelta y se acerca por la vereda, es alto y aunque los fríos han cesado está cubierto con un abrigo. Me pongo de pie y corro a abrazarlo. Él se da cuenta y se agacha ofreciéndome los brazos con los que me eleva al cielo y me abraza. Luego me entrega a Veli sonriéndonos. Ella está conturbada y no deja de mirarme: ¿Creíste que era tu papá? No, papá es una foto que a veces nos mira con enojo y otras nos sonríe. No sabré jamás a quién corrí a abrazar, fue un impulso y me avergüenzo.

En un costado del antejardín hay un árbol, un pequeño magnolio que debe ser nuevo por el porte, pero me doy cuenta recién ahora que no pudo terminar de crecer. Mi hermana y yo lo miramos con las caras apoyadas en los vidrios de la ventana que se empañan. Detrás de ella vemos pasar una serie de rostros que se me van haciendo familiares: los dos mellizos de la casa del frente, las empleadas que van a comprar, el afilador de cuchillos. Cruzan fugazmente y la escena se pierde como si fueran otras manchas más de un sueño que no alcanzo a discernir. Sin embargo siento que me he hecho amigo de uno. Se llama Óscar y es el único de una bandada de niños descalzos que se detiene frente a nuestra casa. Mi abuela le alarga entre las rejas algunas monedas y una bolsa con pan duro que le ha guardado durante la semana. Cuando lo veo salgo corriendo hasta la puerta a llamarlo. De soslayo me muestra su honda apuntándome y su sonrisa me asusta.

Afuera está helado y la luz de la mañana se proyecta al interior de nuestra

casa con un resplandor manchado y contrastante. Sobre el magnolio el cielo es blanco. Mucho tiempo después vi ese mismo cielo, mi abuela había muerto un año antes y casi no me sorprendió volver a encontrarlo. Fue en el norte, en los bordes de un salar interminable. Por un instante algo tal vez semejante a la indefensión y la intemperie me dibujó los rostros de esos seres suspendidos encima del horizonte. Pero hablamos de mundos inabordables: el apellido «Inostroza», la palabra «magnolio», la frase «mi hermana menor», no pueden ser asidas sino en su huida tal como huye la plataforma del cielo mientras ascendemos.

Para mi abuela nuestra madre sólo cuenta porque le disputa nuestro amor. Nos muestra una pequeña fotografía ovalada de color sepia desde donde los ojos de una niña con el pelo cortado como paje nos miran con una profundidad interrogante y vasta. Tiene la cara inclinada y más abajo las manos se le juntan sobre los pliegues de un vestido de textura brillante que se va ensanchando. Nos dice que en esa foto mi madre tenía siete años, que era muy hermosa, muy buena, dice, y era como si para ella mi madre no existiese en el presente sino sólo en el recuerdo de algo cancelado, de algo que ya quedó atrás. Es parte de sus juicios, de sus comentarios cortantes, de su compasión. Fue Veli la que se propuso hacer el culto de nuestro padre y es probable que lo haya llegado a querer. Se había dado cuenta de que no viviría mucho y se opuso a ese matrimonio con encarnizamiento. Creo que ver cómo su vaticinio se cumplía y la postración de un hombre agonizando fue lo que la hizo al final amarlo.

Mi padre murió a los 31 años y me sorprende ahora su juventud, me sorprende ya haber vivido mucho más que él. Es apenas mayor que mi primer hijo y de pronto sus rasgos se me confunden. La muerte de un hijo no está en el orden de las cosas y el pensamiento se me hace intolerable. Quisiera poder protegerlo, cuidarlo, acomodarlo un poco en su rigidez, en su inmovilidad.

Siento que yo soy el padre de mi padre. Que mi hijo es mi padre y que acaba de morir.

Levanto los ojos hasta los contornos del cerro Purgatorio, del cerro que está ahora frente a mí. No tenemos palabras para el dolor, para aferrar el corazón de mi otro, nuestro propio corazón ajeno y sin lágrimas. Vuelvo entonces a la imagen del magnolio. La casa donde vivimos tiene dos pisos pero la escalera que los une está tapiada. Ocurrió después de ambas muertes. Antes mis padres y mis abuelos ocupaban toda la casa, pero al quedar ellas solas tuvieron que desalojar la planta de arriba y dejársela a una familia francesa. Son cuatro y recuerdo el nombre del padre, Maurice, y de los hijos adolescentes: Jean-Claude y Verónica. Él no es más que un pequeño sádico y los toqueteos a los que me obliga me paralizan. Ella tiene los ojos rasgados y el pelo casi rubio, es muy hermosa, pero no soporto que pueda darse cuenta de mi embeleso. La molesto haciéndole burla por cosas tontas o arrojándole puñados de tierra cuando está con sus amigas. Me detesta y trata de pegarme. Es mi primer encuentro con la belleza y por mucho tiempo experimento el peso de algo imponente e irremediable.

La foto de mi abuelo es también sepia y tiene un rostro claro y perfecto. No está enmarcada en la pared sino que sobre una *toilette* de madera oscura. No me he dado cuenta del luto por esas dos muertes tempranas y no conservo otras imágenes que las de esas fotografías y la de la escena en que creí verlos a todos reunidos. Salvo eso no puedo recordar nada de ellos y menos de su ausencia. Lo que sí percibo es una sensación de espera inacabable y la monotonía de la mañana blanca que no concluye nunca, que no terminará hasta esa imagen del cielo dibujándolos sobre el salar. En medio de todo está el río de las palabras, sus sonidos, sus corrientes multiformes. ¿Habrá un dios que maneje las palabras? ¿Un dios que guíe su curso? ¿Sus rápidos y sus recodos? ¿Sus remansos?

Mi abuela y mi madre emplean casi siempre el genovés. Es la lengua de

sus incesantes riñas, de sus acosos, de sus tormentos. A Veli le encanta repetirnos que fue muy rica, que su abuelo era dueño de compañías navieras y que en uno de sus viajes había comprado dos manzanas de casas en un puerto llamado Iquique. Fue lo único que les quedó del desastre: la ruina total en una gran caída de la bolsa el año 32. Se me aparece ese nombre: Iquique, y es como un guijarro, como una punta filosa que yace en el trasfondo de algo vago, innombrable y salvador. Esas casas fueron la única razón por la que terminaron llegando a Chile y Veli vive pendiente de su arriendo; del arriendo de dos cuerdas de casas bajas en un pueblo muerto y perdido. Llegaba una vez al año y no valía un peso. Mi madre nos mantiene. Esas dos palabras: casas, arriendo, me abren a una angustia desconocida y trato de no oírlas.

Nuestra abuela nos dice que todas las muertes han ocurrido en años bisiestos y que en algún lugar cercano han estado tocando la *Cavalleria Rusticana*. Nos lo cuenta mientras nos mimaba y nos hace cariños hasta el hartazgo. Luego rumia cosas que demasiado a menudo tienen que ver con mi madre y que no quiero entender. Como desde el fondo de un pozo comienzan a emerger palabras que escucho por primera vez: infierno, tarde, borracha. Estamos los tres solos y ella habla del infierno y de que es muy tarde. También habla de un hombre que me parece ver: el conde de Ugolino, que fue tapiado en una torre junto con sus hijos hasta morir todos de hambre. Es un personaje de un libro que después tomará forma: la *Divina Comedia*. Sé también que cuando mi madre llegue habrá una pelea. Trabaja en la Compañía de Teléfonos y nunca la vemos en la noche. Amo a mi madre con mudez y temor. Temo sus estallidos, sus gritos, sus bruscos ataques de desesperación. *È matta*, está loca. Veli nos lo dice y yo me petrifico contra su falda mientras escucho el estrépito de las cosas que se rompen. Mi hermana también está pegada a nosotros y su pequeña mano agarrada en mi brazo parece mordirme. Finalmente me atrevo a entreabrir la puerta del dormitorio

donde se ha encerrado. Está sobre la cama con el cuerpo entero arqueado hacia arriba chillando. A veces sus chillidos se transforman en susurros: quiero morirme, quiero morirme. Al verme hace un esfuerzo por serenarse y me llama.

Sus disputas son permanentes. Sin embargo cada cierto tiempo algo las junta y entonces conversan en voz baja, lejos de nosotros, mirándose. Son reconciliaciones bruscas y misteriosas. Se hablan, se abrazan un rato y se quedan inmóviles. Una ocurre una tarde en que mi madre regresó más temprano de lo usual. Jugábamos en el antejardín y aparece de improviso. Tiene los ojos entumecidos y no nos mira. Mi abuela se pone de pie y las veo a ambas acercarse en silencio, hablar en voz baja, mirarse. Después Veli nos contará que la han despedido del trabajo, que por eso llegó antes. No puedo comprender las palabras pero sé que algo ha sucedido. No se gritan, ambas están como petrificadas en un mundo que quiero que permanezca así para siempre. Desde entonces sé que son las desgracias lo que las une. Mi hermana juega sola, su delgadez es impresionante y pareciera que sólo un milagro impide que se rompan los hilos de sus piernas. La quiero, la tengo siempre a mi lado hasta que de pronto me irrita y la golpeo. Llora y corre a acusarme, pero mi madre no le hace caso. En el último año antes de mudarnos nos llevarán juntos al mismo colegio.

Un año en la niñez es un tiempo indiscernible. Es lo que falta según Veli para que vaya al colegio. Entretanto me han comprado un bolsón de cuero que lleno y desocupo con orgullo, como si ya hubiese entrado. Mi madre ha vuelto a llegar tarde y las murmuraciones de mi abuela continúan. No le gusta contarnos cuentos de niños sino historias que toma de novelas y que ella va cambiando. También nos muestra sus dibujos. Los ha traído desde Italia y son una serie de caras y cuerpos que saca de una larga carpeta de cuero labrado. Nos cuenta de sus clases de pintura en la academia de Génova y de que en su país han nacido los más grandes artistas, pero no son sus nombres

sino la entonación que les imprime lo que hará que se me estampen como el preludio de la tormenta. No recuerdo cuándo nos quedamos dormidos, pero el despertar es brusco. Es de mañana, mi madre acaba de llegar y han comenzado los gritos. El estruendo nos hace levantarnos. Ambas se han encerrado en la cocina. Intento abrir la puerta pero está cerrada por dentro. Con mi hermana logramos sin embargo encaramarnos hasta la angosta ventana que se abre desde el pasadizo. Parecen dos pájaros que se picotean. Me veo llorar a gritos pegado a los vidrios y veo llorar a mi hermana. Mi madre sale de la cocina desgreñada y desafiante.

Veli volverá después a hablarnos del infierno, del poeta Dante Alighieri y del fin que le espera a mi madre. No la mira cuando ella le suplica que la perdone. No la mira cuando se le arrodilla rogándole, y su dureza se me clava con algo más frío que el hielo. Deseo que perdone a mi madre y me sumo a sus súplicas mientras el mundo del pequeño antejardín, de la calle General del Canto, del piso de arriba donde viven los franceses, comienza a evaporarse entre los gemidos de lo inalcanzable. Mi madre entonces me abraza y sus lágrimas me empapan las mejillas con algo pegajoso e incómodo. *Fallo per lui*, le pide, hazlo por él. Mi abuela me arrebató de sus brazos llevándome consigo. Cuando vuelvan a hablarse será por el acoso de las cuentas impagas, por los arriendos de Iquique, por la inminente miseria. Entonces se quedan mirando y a veces se abrazan en silencio, juntas.

Los días se han vuelto brumosos y helados. Sé que vivimos en una ciudad que nos desborda y que nuestra dirección es General del Canto 97. Veli nos la hace repetir una y otra vez de memoria cada vez que salimos con ella. Tiene miedo de que nos perdamos. El frío es cada vez más intenso y debemos ir a comprar parafina. No es todavía de noche pero se hace tarde y al doblar por Providencia vemos gente que se marcha deprisa ocupando toda la calle. Diecinueve años más tarde, entrampado en los contornos de una escena extenuante, recordaré ese viaje. No hay buses, sólo unos camiones militares

que pasan a gran velocidad y más allá la silueta de la oscuridad creciente bajo la cual dos niños, aferrados al regazo de una mujer mayor, caminan deprisa como si el desastre, el abandono o la inclemencia no quisiera dejarlos.

Nos hemos alejado bastante, la bencinera está cerrada y el viaje de regreso pareciera no terminar nunca. La ciudad entera debe tener un aspecto semejante; difusas avenidas cruzadas por líneas de tranvía y las sombras cada vez más ceñidas. Cuando doblamos desde Providencia hacia nuestra casa las calles están vacías y los faroles encendidos fulguran como manchones, lanzando una luz apiltrafada y mezquina. Después mi madre contará que hay toque de queda y aunque no entiendo lo que eso significa, percibo la oscuridad y la neblina. Hubo una protesta de estudiantes por el alza de los pasajes de la locomoción y varias micros fueron incendiadas. Los soldados salieron a las calles. Sin darme cuenta he unido el nombre de Carlos Ibáñez del Campo con la intemperie.

Es el Presidente de Chile y mi abuela lo escucha hablar pegada a la radio. Es un armatoste de madera con un pequeño ojo de luz verde que pestañea. La voz es cascada y monocorde y no puedo entender lo que dice. Le pregunto, pero no tendré más respuesta que el ademán de hacerme callar y de golpe, como si surgiera de un gesto cortante de su mano, aparece la mención de un apellido: Mussolini, y el nombre de otra ciudad: Milán. Nos dice que allí colgaron al Duce, a Benito Mussolini, junto con la Petacci, de las vigas de un edificio. Veli nos lo cuenta con los ojos exaltados y húmedos: Después de matarlos los colgaron de los pies y cuando los bajaron las mujeres se levantaban las faldas para hacerles pichí en las caras. Ella había llegado a Chile diez años antes de eso, pero al contarlo sus mejillas se contraen y aparecen palabras en italiano: *cattive, cagne, poveretto*. Veli desprecia la fealdad, le gusta la gente de semblante claro, alta y bien formada, y las protestas de los estudiantes le inspiran un rencor sordo, un rencor que le viene de un tiempo que ella misma no entiende. Dieciocho años después

nuestra abuela se compadecerá de esos estudiantes, de nuestros rasgos, de nuestra fealdad, de nuestra delgadez, pero será por mí. El ruido de unos tacos acercándose a la puerta y luego unas palabras en genovés me confirman que ha llegado mi madre, que los cuatro estamos en casa, que está todo bien.

Mi abuela le dice a mi madre que se marcha con nosotros donde la tía Adele. No recuerdo cuándo fuimos por primera vez pero es un nombre que se repite con frecuencia. Después de envolvernos con un cúmulo de chalecos y bufandas, salimos a Providencia a esperar un bus que tarda una eternidad. Con mi hermana queremos subirnos a cada uno de los que pasan, pero ella nos dice que no nos sirven. Pienso que es porque tienen las ruedas sucias o la pintura descascarada, pero el que abordamos es aún más viejo que los otros y el estrépito de su carrocería de madera y de sus vidrios entrechocando me hace creer que vamos en el vientre de un animal grande que quiere morir. Los tres ocupamos un solo asiento y el viaje es demasiado largo. Bordeamos un canal y luego el parque enrejado de un colegio inmenso e inaccesible como su nombre: The Grange School. La calle se llama Príncipe de Gales y después de varias curvas y de un paisaje de casas blancas oscurecidas por los árboles nos bajamos frente a un almacén con las cortinas alzadas. Aún está claro y las mamparas abiertas me fascinan y me cohíben. Me aprieto más a Veli, me entierro en ella porque sé que hemos llegado.

Es una tienda de abarrotes y durante el tiempo que permanecemos allí nuestra abuela le ayuda a la tía Adele en la caja. Presiento que el viaje no es sólo la consecuencia de una de sus peleas con mi madre. Desayunamos, almorzamos, tomamos té y en la noche, después de comer, dormimos los tres juntos en una pieza inmaculada, de paredes celestes, y cuyos únicos detalles resaltantes son una radio y una pequeña lámpara de velador con pantalla floreada. Durante el día mi abuela nos vigila desde la caja negándonos sin levantar la voz el permiso para sacar helados. Advierto que se avergüenza de nuestra pobreza. Con acritud nos ordena que no le pidamos nada del almacén

y menos delante de la tía. A los dos días mi madre aparecerá para rogarle que vuelva.

Regresamos llenos de bolsas con provisiones. Poco antes de volver veo a Veli hablar con su paisana. La escucho decirle en genovés que esta vez le pagará pronto. Su expresión me es desconocida, por primera vez la veo bajar la mirada y me doy cuenta de las arrugas que tienen sus mejillas, las comisuras de su boca, sus párpados. Siento el deseo de desaparecer, de no volver jamás. En una pesadilla recurrente mi abuela tiene la cara blanca como una máscara. No me habla, no me mira, y su rostro parece una máscara de cera. Está de pie y se mueve, sin embargo sé que es algo más definitivo que la muerte y despierto entre gritos.

Quiero que nos muramos todos juntos y me obsesiono. A nuestra abuela le dan con frecuencia unas taquicardias que la obligan a sentarse. Parece que se fuera a desmayar y nos pide que le traigamos un vaso de agua. Los segundos que me demoro son eternos, abro la llave al máximo y creo que ya no estará para cuando vuelva. Nos quedamos enlazados a ella y yo siento que quiero romperme, que no puedo, que me es imposible soportarlo. Mi hermana le pega su pequeña cara, la besa mientras no cesa de preguntarle ¿se te pasó?, ¿se te pasó? Oigo mi propia voz repitiéndole lo mismo. Veli mueve la cabeza como tratando de decirnos que sí.

La idea de su muerte me es intolerable. Temo la muerte de cualquiera de nosotros y el ansia de que nos muramos todos al mismo tiempo se me hunde en la garganta como una piedra. Treinta y dos años después, cuando murió, me acordé de esa ansiedad y la pesadilla de mi infancia. Se me volvió a aparecer de un modo repentino, con cada uno de sus detalles y colores como si la hubiese soñado recién. Mi abuela siempre consideró a este país una miseria, nunca volvió a ver el suyo y en sus últimos años se consumió arrasada por una nostalgia incolmable. Fue el 26 de marzo de un año no bisiesto, 1986, y yo no estaba. Vi a Veli el día antes de viajar. Sabía que era

la última vez, sin embargo le rogué en silencio que me esperara. Estaba recostada encima de su cama, la fuerza de gravedad le hundía el hueco de las mejillas como si fueran otras dos bocas y sentí el esfuerzo que hacía por alzar la cara. Me miró, creo que intentaba sonreírme como si se estuviera disculpando. Mi madre me dirá después que no escuchó nada, que no tiene cómo saber si en alguna parte estaban tocando la *Cavalleria Rusticana*.

Es verano y hemos dejado por unos días la casa de General del Canto para irnos a una pensión de balneario. Debe ser febrero porque poco antes fue el aniversario y nos llevaron al cementerio. No puedo separar las dos imágenes. Viajamos junto a una antigua compañera de trabajo de mi madre y sus tres hijos. Apoyados en la ventana del cuarto común yo y mi hermana miramos el océano que desde la orilla se va curvando hacia arriba hasta doblarse como si fuera una cinta, como si fuera el cielo encima de nosotros. No hay horizonte. El resplandor del mar tiene una intensidad apabullante y su blancura me recuerda de golpe las lápidas donde nuestra abuela nos dice que están su marido y mi padre. El balneario se llama Pichilemu y hemos llegado en tren. En la fotografía los dos niños tienen sombreros de paja y pantalones de baño; la menor llora, el mayor sonríe sosteniendo un pequeño balde de madera.

No muy lejos hay una entrada de playa que se llama Punta de Lobos y luego unas salinas llamadas Infiernillo. Separada apenas del mar por unos promontorios de sal se encuentra una laguna de contornos cambiantes que recorreremos en bote guiados por un remero torvo y descalzo. A ratos se alcanza a ver la cinta azul piedra del océano y es como si el estrépito de las inmensas olas quisiera tragarnos. Las aguas de la laguna tienen una textura amarillenta sobre la que se reflejan las formas quebradas de las salinas. Los nombres son en sí amenazantes: Punta de Lobos, Infiernillo. Descendemos del bote y nos vamos a mirar las rompientes. Poco a poco ha comenzado a nublarse y el mar ha adquirido el color plomizo de las nubes. Salvo nosotros, la playa está desierta. El viento no cesa de barrerla y sus arenas oscuras están

plagadas de cardos con espinas y piedras filosas que me hieren. Mi hermana llora aterrada con el estallido de las olas y la amiga de mi madre le dice a Veli que la marea está subiendo, que debemos irnos. Nos alejamos pegados al pie de un acantilado rocoso que no termina nunca.

La amiga de mi madre continúa trabajando en la Compañía de Teléfonos. Es española y mi abuela nos habla de ella con cariño. Le decimos tía Fernanda y sus tres hijos, Willi, Checho y Marusa, son bastante mayores que yo. Marusa es la menor y tiene trece años. Los visitamos para los cumpleaños, viven más lejos aún que la tía Adele y nunca alcanzamos a regresar a nuestra casa el mismo día. En esas ocasiones mi madre siempre está con nosotros y la veo reírse irradiando una simpatía contagiosa y festiva que se prolonga hasta que nos quedamos dormidos. El barrio es plano y monótono; sus pocos árboles raquíticos están rodeados de tarros con basura y de un eterno olor rancio que emerge desde las veredas. La calle se llama Franklin y un poco más allá se cruza con otra cuyo nombre sin saber por qué se me graba para siempre: Sierra Bella. Las casas están pegadas unas con otras. Todas tienen un anteportón al medio, dos ventanas que dan a la calle y el conjunto forma una continuidad de muros grises y bajos. Sin embargo el pedazo de muralla de la casa de la tía Fernanda está pintado con un rojo intenso, brillante, que la recorta de las otras y que le da un aire irreprimiblemente cómico.

Viven con un tío mayor, mayor incluso que Veli: el tío Agustín. Es un anciano enjuto y pequeño, pintor, y su casa desde el techo hasta el piso está rebalsada con sus cuadros. Son cientos y están en todas partes, en las puertas, en cada uno de los rincones de las piezas, en el baño. Mi abuela les da una mirada y nos dice que son muy malos: *Fa le facce storte, non sa*. Hace las caras chuecas, no sabe. Los ojos del tío Agustín son apenas dos legañosos puntos negros pero sólo usa gafas cuando pinta. Cuando estoy trabajando, dice. Al igual que Veli, a menudo nos habla de pintura y de un apellido que

invariablemente lo hace escupir: Picasso. También escucho de él palabras que no había oído antes: mercachifle, Satanás, comunista, y de pronto el nombre de la ciudad desde donde llegaron: Valencia. Veli seguirá repitiéndonos después que no sabe pintar, que no estudió, sin embargo hay ademanes en él —una pasión explosiva, la forma en que va amontonando sus cuadros o el desasosiego de sus manos— que me harán comprender mucho después, cuando ya nada podía alcanzarlo, que era un artista, el primero que he conocido. En los cumpleaños el tío Agustín baila jota con Marusa mientras los invitados le hacen ronda batiendo palmas y celebrándolo. Baila con unos saltos cortos, alzando los brazos y su agilidad es asombrosa. Recuerdo que mirábamos el mar y que él no estaba.

Los franceses dejan la casa en los comienzos de la primavera, pocos días antes de que lo hagamos nosotros. La tarde es resplandeciente. En medio de la mudanza Jean-Claude traslada una colección de espadas que quisiera tocar; son espadas de verdad, increíbles, que destellan. Antes de irse alguien sacó el tabique que cerraba el paso de la escalera al segundo piso. Subo con mi hermana tras mío y vemos por primera vez sus paredes: tienen algunas manchas y en las esquinas el papel amarillo que las cubre se ha soltado, pero es sobre todo el golpe de un olor nuevo, el olor de algo que fue ocupado hasta hace unos instantes y que ahora está vacío. Me asomo a un balcón que jamás he pisado. Desde lo alto el magnolio se ve aún más pequeño, como un arbusto, y la calle se ha estrechado. Se alcanza a distinguir parte del jardín de la casa del frente y algunas ramas del árbol de al lado. Atardece. Mi hermana juega sentada en el suelo y me fijo en que sus pantalones de algodón rojo son los mismos que yo había usado. Los míos son verdes y forman parte de mi uniforme de colegio. Los franceses se han ido. Es la imagen más antigua que tendré de algo que ha sido dejado.

La primavera será magnífica y corta. Algo habrá que nos recuerde el despertar al torrente de las palabras, al río en el que seremos acosados y

deshechos. ¿Habrá un remanso? ¿Podré repetir la palabra amor? ¿Sin cansarme, sin vacilar en el último minuto? El jazmín de la casa de al lado muestra de nuevo sus primeras flores blancas y el aroma llega hasta nuestro pequeño antejardín. He vuelto a ver esa casa, no desapareció como la nuestra y su corte brusco me recuerda que un metro más allá se abrió algo que nunca podré alcanzar; un yo, un nombre que se va perdiendo en una sombra cada vez más densa y remota. Horas antes de mudarnos Veli nos lleva de la mano y nos hace detenernos frente al jazmín. Aspira profundamente y luego nos dice que olamos, que no olvidemos nunca ese olor, que no hay otro en el mundo que se le parezca.

El día es implacable, la neblina y el frío se dejan caer con furia dibujando los contornos de los soldados que avanzan igual que un muro, de extremo a extremo, cubriendo todo el ancho de la calle. Adelante han encendido hogueras y los grupos se decantan como fogonazos disolviéndose entre los manchones amarillentos del fuego y los cortos trechos del humo que la niebla va tragando. A las protestas de los estudiantes le ha seguido la huelga de los tipógrafos, luego de todos los empleados públicos y de la locomoción colectiva, lo que desencadena el paro general. Los gritos contra Ibáñez del Campo parecen chocar contra la dureza del tiempo y las siluetas de los hombres que huyen se van perdiendo hasta ser apenas unos puntos, hasta ser los granos de un desierto solitario y mudo. Los soldados han tomado posiciones en todas las cuadras y las piedras botadas sobre el pavimento recuerdan el rigor de la intemperie. Es marzo de 1955. El invierno ha comenzado temprano y el colegio, una simple casa con una estrecha entrada de autos como patio, me ha dado la primera impresión de un dios cercano y demoledor.

Todavía está oscuro cuando salimos. Tomado de la mano de nuestra abuela recorro las cuatro cuadras que separan la casa de General del Canto del pequeño colegio de Padre Mariano y las pocas siluetas que se nos cruzan parecen agigantadas por el vaho de sus alientos como alas blancas pegadas a las bocas. El portón del colegio está cerrado y una inusual miss Rawlings asomándose en bata de dormir desde una de las ventanas nos dice que no habrá clases. Al regresar a casa Veli enciende la enorme radio de madera que

chirrea. Cuando logra sintonizar las noticias hace un gesto cortante para que nos callemos.

Es el río, el torrente sin fin de las palabras cuyas aguas pastosas parecieran querer llevarme a un tiempo que es previo a todo, a un lugar que está antes de mi nacimiento, de mis años, del cielo incolmable que miro. Los hombres que hablan en el aparato de radio no se dejan ver y el cúmulo inagotable de las palabras corre arrastrándome entre unos bordes filosos formados por las sombras de los que se han ido; la familia de mi padre, mis antepasados y más atrás la oscuridad, lo inaccesible, la nada. El estrépito de las rompientes de Punta de Lobos se cierra sobre mi cabeza y los infinitos tonos de sus espumas estallan hasta cubrir la arena, hasta cubrir la playa de las cosas donde una vez estuvo un antejardín con su pequeño magnolio la fotografía de un hombre joven, el cuadro pintado con la imagen del puerto de Génova, de noche. Han pasado cuarenta años, la ventana del escritorio está abierta y la sombra azul del cerro Purgatorio se proyecta ante mí como un espejismo arbitrario en medio de las otras montañas del Cajón del Maipo, frente a la casa donde ahora vivo.

En la escuela conozco a otros niños de mi edad y me hago amigo sobre todo de dos: Francisco y su hermano mayor que tiene el mismo nombre que yo. Su casa colinda con el colegio y yo paso a menudo con ellos. Las confidencias del patio, los gritos y los juegos concluyen de golpe entre las paredes empapeladas de una sala amarilla recortada atrás por un muro inclinado que soporta una escalera. Entiendo el italiano y el zeneize pero no puedo entender el inglés. Nunca sé cuándo me hablan a mí y siento por primera vez humillación. Es una humillación íntima, húmeda y cálida como cuando me despierto entre las sábanas empapadas. La dueña del colegio ha tomado el apellido de su marido escocés, mister Rawlings, y su hijo está en mi clase. Se llama Tom y le temo. Es apenas unos meses mayor que yo pero los ángulos cuadrados de su cara ya insinúan una arrogancia precoz.

El colegio no tiene más de quince alumnos y no soy el único en sufrir los continuos caprichos de Tom, sus órdenes perentorias, sus golpes. Lo soporto a duras penas y trato de escabullirme, salvo una vez en que mi madre que ha venido a buscarme lo ve zamarreándose de un lado a otro. Me lanzo entonces encima de él cerrando los ojos, le doy puñetazos una y otra vez en la cara mientras él retrocede hasta alejarse con una mano en la boca y mirándome de lado. Al otro día entenderé que ha visto mi vergüenza y que por eso se ha dejado pegar. Se venga con precisión, con calma, con la absoluta certeza de mi insignificancia. Siento primero el estruendo del banco rompiéndose debajo de mí y luego sus brazos levantándose de entre las tablas rotas para continuar. Quiero detener esa lluvia de bofetones a mano abierta, como si los hubiese calculado ex profeso para no producir marcas. Muchos años después me golpearán igual, pero para entonces éramos muchos. Íbamos amontonados unos sobre otros en la parte trasera de un camión militar que saltaba en los baches del camino y nos pedíamos perdón entre gritos.

Mi abuela me hace las copias y los dibujos. Me los celebran con entusiasmo hasta que un día miss Rawlings se detiene en uno de ellos y me obliga a hacerlo otra vez. De inmediato se da cuenta de que los otros no los he hecho yo y entonces me hace poner de pie y me abofetea delante de todos. Me es imposible llorar, siento cómo se me humedecen los ojos, pero me es imposible gemir, ni quejarme, ni llorar. Permanezco de pie por el resto de la mañana. A la hora de salida veré a Veli discutir con la dueña. Me seguirá haciendo los dibujos y las copias como si no hubiera sucedido nada, pero en el colegio ninguno me los mira y en esa indiferencia absoluta presiento un castigo más sordo y comprendo. Mi abuela no, mientras maneja mis lápices de colores habla en italiano del mar de Génova, de Dante y de unos personajes empujados por la fuerza de un viento que jamás les permitirá detenerse. Son dos enamorados que en el infierno continúan amándose.

*L'Inferno*, repite ella, y yo escucho el vagido del terrible viento, veo las sombras de una infinidad de seres que corren sin poder parar, sus ligeros vestidos flameando en el aire y las figuras adolescentes de los dos condenados: Paolo y Francesca de Rimini, que a diferencia de los otros corren sin separarse, abrazándose en medio del torbellino. Continúa contándome de Francesca, de la inscripción que está en la puerta del infierno, del botero que cruza a los muertos, hasta que de pronto levanta el cuaderno y me muestra el dibujo: es un lago circundado por unos árboles con hojas de todos los colores. Me dice que es hermoso, que lo he hecho yo, que ella sólo me ha ayudado.

Mi hermana va desde hace unos meses al mismo colegio. Entró después que yo y siempre que la veo está jugando sola. Me da miedo que alguno le haga daño y que yo no tenga fuerza para llegar a defenderla. Es demasiado delgada, es pequeña, se ensimisma. Caminamos pegados a nuestra abuela que nos lleva los bolsones e imagino que el vapor plateado que se me escapa de la boca para no volver jamás es lo que ella llama el alma. Camino mirando mi propio aliento y siento que va a reunirse con todo aquello que es igual a él; sólo una niebla intangible, inaferrable como las otras almas que nos esperan en medio de la muralla sin fin donde continúan diciéndome que está mi padre. El episodio de Veli haciéndome el dibujo mientras me cuenta de los enamorados del infierno me hace vislumbrar que todo lo que me dice, que las palabras Italia, pintura, Francesca, Dante, están estampadas en un lago rodeado de árboles donde, mientras ella viva, nos encontraremos.

La helada de la mañana nos recorta como hojas y los seres que caminan protegiéndose de las ráfagas de la llovizna me devuelven a las imágenes de esos espectros empujados por el torbellino que no cesa, que no cesará nunca y que en distintas horas y días habrá de llevarse también a nuestra abuela y a mi madre, a mí y a mi hermana, separados. Esa separación me aterra más que cualquier cosa en el mundo. Sus taquicardias continúan y el ahogo de las

pesadillas en la noche hace que al otro día me abrace a ella como si el gesto pudiese retenerla, fijarla en mí para siempre.

Veli es católica. Así dice: que es católica, apostólica y romana. Años después, cuando la ataque con encarnizamiento, me volverá a repetir lo mismo: que su fe no tiembla, que es una torre que no se mueve. Vamos con ella a misa y algunas veces nos acompaña mi madre. El campanario de la iglesia parece a punto de derrumbarse, pero al entrar el interior es diáfano y su altar tiene una hermosura delicada que sin saber por qué me recuerda la belleza del jazmín. Es la iglesia de la Divina Providencia. El último año antes de cambiarnos de casa había hecho la primera comunión con los niños del colegio de miss Rawlings. El día anterior mi madre me había llevado a comprar el traje azul que debía usar. En la mañana temprano Veli y ella me ayudan a vestirme; siento la textura de los calcetines recién comprados, el olor de cuero nuevo de los zapatos relucientes, la frialdad de la camisa almidonada, la rigidez de la chaqueta azul y de la línea perfecta de los pantalones. Me amarran la cinta de primera comunión en el brazo y al final mi abuela me pasa con orgullo una caja que contiene un misal enorme con cubiertas de cuero negro. Le habían dicho que tenían que ser misales de niños, pequeños y blancos, con tapas de nácar. La ceremonia en sí fue preparada en exceso y de ella recuerdo sobre todo el nerviosismo y la angustia de equivocarme. Meses después volveré a entrar a esa iglesia, lo haré casi todos los días, solapada y furtivamente, para pedir por cosas imposibles: que se le pasen los dolores a Veli, que no nos lancen de la casa, que nos muramos los cuatro al mismo tiempo. Nos habíamos cambiado de casa unos meses antes y yo había entrado a un liceo de hombres, el José Victorino Lastarria, donde estaré nueve años, y me había transformado en un buen alumno.

Hay otra razón para esas arrancadas a la iglesia: es un cuadro no muy grande, semioculto en un altar lateral. Representa a una virgen con el niño,

pero tiene algo que me hace volver a mirarlo una y otra vez: la cara de ella es idéntica a la de un compañero de curso de mi nuevo colegio; es la misma sonrisa muda, la misma belleza y distancia. Se llama Damián Aguilar y se sienta en un banco cercano al mío. Lo consigno aquí sólo porque una vez me sonrió mientras me ofrecía su caja de lápices. Me la ofreció sin hablarme, apenas con un leve movimiento de sus ojos y de sus manos y llegué a adorarlo. Desde esa vez pasó a formar parte de mis conversaciones solitarias antes de dormirme, del temor precoz a la muerte, de mi opresión y de mis continuas visitas a la iglesia para verlo. Nunca intercambiamos una palabra. Consigno también el recuerdo de su cara: blanca y perfecta. De sus ojos y de su pelo: negros.

Entro a clases en las tardes. En una de sus manos Damián Aguilar tiene los lápices que me ofrece y la algarabía de los sesenta alumnos del curso se petrifica, se suspende como se suspenden los golpes de mi sangre y de mis latidos. Nos habíamos cambiado desde General del Canto a la planta de arriba de una casa alta y semiderruida. Queda en la calle José Miguel Infante, cerca del liceo, y uno de sus muros laterales está afirmado por unos largos postes de madera que lo apuntalan desde el patio de la casa vecina. Esa casa es tan vieja como la nuestra, pero tiene sólo un piso, lo que le da una cierta apariencia de robustez. El rojo de su frontis está siempre lleno de carteles arañados mientras que arriba, sobre el marco del anteportón, hay un letrero que dice «Partido Socialista, sede Providencia». Es difícil creer que el cajón a pedazos donde vivimos no se haya derrumbado; sus paredes son altísimas y al juntarse con el techo se pueden ver trozos del cielo. Mi madre se la subarrienda a una antigua compañera que conoció cuando estudiaba en el Liceo Comercial. Vive en el piso de abajo con un hijo del que termino haciéndome amigo. Es mayor que yo, pero siempre oigo decir que está enfermo del corazón, que por eso llora por cualquier cosa.

Miro a mi madre, está sentada frente a una *toilette* de madera oscura y

descubro que es una mujer bella, de una juventud persistente. Lo he ido notando mientras la observo maquillarse en las mañanas antes de salir. Ha conseguido un nuevo empleo y yo la miro desde mi cama. Se toma un largo tiempo siguiendo las pautas de una ceremonia invariable: se acomoda ante el espejo y comienza a cepillarse el pelo, lo hace con lentitud, tomándose en un moño y luego se maquilla la cara y los ojos. Al último se pinta la boca frunciendo un poco los labios. Acerca y aleja su cara del espejo y se pone de pie, me da un beso y parte. No besa a mi hermana, no se despide de ella, no la mira.

Trabaja como secretaria en la Mercedes Benz y en las noches me trae unos catálogos con fotografías de automóviles. Son fabulosos y rutilantes como las espadas que cargaba Jean-Claude el día de la mudanza. Me aprendo de memoria los nombres de los modelos y la estrella de la marca es una especie de bandera, un escudo que creo me pertenece más allá de cualquier cosa, como si fuera parte de un universo donde mi madre llega y donde ya no existen los ríos del zeneize y del castellano; los dos ríos que nos traen la intemperie. Ordeno los catálogos sobre la cama abriéndolos de uno en uno hasta que caigo en cuenta de que son automóviles alemanes, igual que el amigo de mi madre que ha llegado a vivir con nosotros. Se llama Alois Huber, duerme en el comedor y ella dice que le arrienda una pieza.

Lo había visto antes de que se mudara donde nosotros. Mi madre me llevó hasta un departamento diminuto, casi entero ocupado por un piano negro con la tapa descubierta. Él la saludó con un «hola Ana» y sin mirarme se sentó de inmediato frente al piano. Pasó un segundo sus dedos sobre las teclas y de golpe comenzó a tocar con violentas sacudidas de cabeza como si fuese el mismo terrible viento del *Inferno* el que lo poseyera. Tocó largo tiempo mientras mi madre me apretaba con fuerza la mano como si se diera cuenta de mis ganas de arrancarme. Terminó abruptamente, tal como había empezado, y luego de pronunciar una seguidilla de nombres incomprensibles

—mi madre me dirá después que eran nombres de músicos— cayó en un mutismo del que sólo salió cuando nos íbamos. Era alto, tenía los labios muy delgados. La próxima vez que lo vi fue en el comedor de nuestra casa. Era de mañana y él estaba despeinado, levantándose del sofá.

Se enteró de mis dificultades con el inglés y se propuso hacerme clases. Entre lección y lección me contaba con un acento cargado de ges de un campo de hielo que no terminaba jamás, de una infinidad de cadáveres semiseputados por la nieve y de los incesantes bombardeos y ataques. Cuando el caserón donde se había refugiado se desmoronó pudo sobrevivir junto a otros porque alcanzaron a tirarse debajo de una mesa. En Alemania había estudiado piano pero antes de que pudiese terminar estalló la guerra. La ciudad en medio de los hielos era Stalingrado y él había estado allí junto a los que trataban de capturarla. Años después leeré el «Canto de amor a Stalingrado», de Neruda, pero no fue lo que allí se decía lo que me emocionará, sino el recuerdo perdido de esa cara aquilina y de esos labios, de esa voz extranjera contándome. Era eso, por mucho tiempo Stalingrado fue para mí sólo una carcasa congelada donde los compañeros del amigo de mi madre se dejaban morir de frío durmiéndose sobre la nieve. Creo que bebía mucho. *È arrivato ubriacco*, le decía mi madre a Veli, quien a pesar de eso no lo malquería. Me parecía ver en ella una de esas compasiones desconocidas que la asaltaban, un recuerdo, algo que se le fijaba en su cara y que yo no podía entender bien.

La música lo enloquecía y fue él quien compró el primer tocadiscos. Era una pequeña caja de color verde donde escuchaba conciertos de piano poniéndose de pie, dirigiéndolos, dando pasos de ballet, mientras que de tanto en tanto giraba la cara hacia mi madre y le decía que ella no lo entendía, que no podría entenderlo nunca. Luego le lanzaba de improviso un sonoro «aj, abuela» al mismo tiempo que sacudía las manos como si quisiera sacársela de encima. Mi madre perdía la paciencia con facilidad y entonces Veli cambiaba

de papel, ella los separaba, le hablaba a él en silencio llevándoselo aparte y yo sentía que él iba dejando de responder, que bajaba la voz hasta que se producía un silencio inmóvil y calmo. Entiendo que era parte de nuestra precariedad: lo necesitábamos, pagaba un arriendo, compraba cosas, nos ayudaba. Duró dos años y desapareció de nuestra vida con estrépito, con platos tirados, con insultos y con un llanto que todavía hoy creo oír. Un llanto ciego y enfurecido que quedó resonando por meses. Yo estaba haciendo tareas con un compañero de clases y traté con desesperación de hacerme el desentendido. Más tarde mi madre se dará cuenta de que yo no estaba solo y me pedirá perdón. No le respondo nada, la rabia y la vergüenza me impiden contestarle. Mi hermana acuna a sus dos muñecas sin inmutarse y Veli se aleja hablando en voz baja con mi madre. *Scema*, le decía, tonta.

Mi hermana ha crecido, se ha hecho de amigas que la invitan a sus casas y soporta la lejanía de mi madre sin hacerle caso, es feliz con sus juegos, con Veli y con sus nuevas amigas. Frente a todo lo demás acuña una indiferencia imperturbable. Mi madre me ama por sobre todo a mí. Lo sé, y sus besos y sus abrazos repentinos me cargan con un peso que no quiero soportar. Intuyo en su amor algo asfixiante, una descarga y la tristeza de mantener una vida que no ha querido. Mi hermana tenía un mes cuando murió mi padre. Nació mientras él agonizaba, mientras mi madre se volvía loca de dolor y de impotencia. Llegaré a entenderlo, pero su preferencia no me glorifica, no me ensalza y sólo comprendo que no es justo. Quiero que quiera más a mi hermana que a mí. Quiero que quiera más a esa cara, a esa delgadez irritante, a esas piernas flacas hasta la extenuación. Mi hermana se ha pegado a Veli y ambas se encierran en una de las dos piezas. Mi madre también se ha encerrado. Como otras veces, corro de una puerta a la otra para que hagan las paces.

Aun con el nuevo empleo de la Mercedes Benz la pobreza es acuciante y se hace más aguda con la ida de Alois. Una noche escucho a mi madre decir

que nos van a lanzar a la calle, que no ha dejado una sola vez de darle su parte de arriendo a su amiga de abajo, pero que ella hacía años que no le pagaba al dueño. Escucho la palabra lanzamiento y su sonido me desborda, me repleta como se repleta un saco vacío.

A diario la angustia de encontrarme con nuestros muebles amontonados en la calle me paraliza y oprime. Todas las tardes, cuando terminan las clases, creo que va a ser así, que doblaré por la esquina y veré la mesa, las sillas, las dos camas tiradas afuera. Siempre es lo mismo: salgo, voy al liceo, donde todo esto se me olvida por momentos, pero al acercarse la hora de salida deseo morirme, escapar, no regresar nunca. Alargo hasta el cansancio el viaje de regreso, me detengo en cada bocacalle inventando disculpas para atrasarme. La iglesia de la Divina Providencia me atrae con fuerza y cada vez más seguido me desvío hacia ella. Entro con disimulo como si estuviese ingresando en un lugar prohibido. Rezo con ansiedad y prisa. Al levantarme sé que la opresión no ha cesado, que mis rezos no son más que unas burbujas de aire flotando en el río donde van corriendo las palabras, en ese cauce donde no hay remansos sino sólo aguas turbias y corredizas que nunca podrán traerme la paz. No sé si es paz la palabra que digo. Sin embargo, también todos los días se cumple un milagro: doy vuelta la esquina y desde lejos ya lo noto: los muebles no están amontonados en la vereda, Veli está en la ventana, me abre desde arriba.

Mi abuela me está esperando asomada a la calle. Son unas ventanas largas y angostas que terminan en unas barandas de fierro bajas que parecen a punto de desprenderse. Ha comenzado a recriminarme, me dice que estaba muy preocupada y me reprocha con acritud el atraso. Me dan vergüenza mis temores y no quiero que sepa de mis idas a la iglesia. Le invento excusas vagas e imprecisas que escucha sabiendo que le miento. Como sucede a menudo, cambia con brusquedad de tema y me cuenta que ha encontrado un libro que quiere mostrarme. Se llama *Las maravillas del mundo* y es un

volumen grueso y antiguo, con tapas de tela azul. Contiene fotografías de los lugares más remotos y me impresiona la imagen de unas indias de Oceanía con pantalones cortos, los pechos al aire y raquetas de tenis. Me dice que me estaba esperando para que lo viéramos.

Ya no me hace los dibujos, soy yo el que corro a mostrarle los míos. No me los aprueba y la frustración me hace llorar y romperlos. Seguiré dibujando, pero comienzo a añadirle abajo unas leyendas como en las traducciones de los films. Una tarde le muestro uno con la certeza de que le gustará. Me responde que está bien, que estoy aprendiendo, pero que las frases están de más. Dejo de hacerlo y comienzo a inventar un cuento que escribo sin mostrárselo. ¿Lo escribo o lo pienso? No lo sé, recuerdo que empezaba en una playa de noche. Recuerdo también que había unos personajes de circo. Son imágenes de una película que no logro arrancar de mí.

La habíamos visto unas semanas antes. Mi abuela a veces debía dejarnos solos en casa al cuidado de una empleada conocida. Lo más probable es que ella se aburriera con nosotros y que por eso haya decidido ir al cine y llevarnos. Con mi madre había ido antes y no es la primera película que veo, sin embargo ahora las imágenes de un hombre grande persiguiendo a otro más pequeño y de una mujer tocando la trompeta se me estampan como una fotografía que me perdurará para siempre. La otra escena está al final: transcurre en una playa en medio de la noche donde el hombre grande llora tirado de bruces sobre la arena. No olvido esa playa, la mancha de luz que ilumina las olas en la oscuridad, el sonido de un hombre llorando. Todo lo demás no lo comprendo y se me olvida de inmediato. Tampoco recuerdo el título, pero sí la palabra «fin» y el súbito resplandor de las luces de la sala encegueciéndome. Treinta y cuatro años después volveré a encontrar a esos personajes. La atmósfera me parece distinta pero esas pocas escenas las he

conservado intactas. Es *La Strada*. Estaba viviendo en Italia, mi abuela había muerto seis años antes y yo cumplía por ella la deuda de su nostalgia.

Mis continuas visitas a la Divina Providencia le han llamado la atención a uno de los párrocos. Se me ha acercado por atrás y lo primero que percibo es el peso de su mano sobre mi hombro. Su voz es suave pero me molesta que me haya visto y no quiero hablarle. Al otro domingo no me sorprende verlo conversar con mi abuela. Más tarde ella me pregunta que por qué voy, si quiero hacerme cura. Esperaba que me hablase y había ensayado algunas respuestas, pero la vergüenza de sentirme descubierto me hace enmudecer. Será sólo por algunos minutos porque de golpe me veo rogándole que no se muera, que muramos todos juntos, que nos esperemos los cuatro. Está seria, me mira sin indulgencia, con un aire de preocupación, y luego, como si se hablara a sí misma, dice: *Sarebbe bello*.

Han comenzado sus dolores de cara. Yo la escucho gritar mientras su mejilla y su boca se distorsionan como si algo se las quemara. Alois le había enseñado un vendaje basado en tiras de fieltro untadas con grasa hirviente para que se lo ponga sobre la mejilla. Es lo único que por momentos logra aliviarla. Se coloca los fieltros bajo un pañuelo que amarra a su cabeza casi sin moverse, con la punta de los dedos, evitando un roce brusco. Me aprendo el nombre del nervio, mientras sus quejidos y sus paseos convulsos sosteniéndose el vendaje me oprimen hasta la impotencia, hasta el ahogo. No se puede contener ante nosotros y me doy cuenta de que lo sabe, de que es más fuerte que ella. A veces aprieta los puños mientras nos dice que son cuchillos, que son miles de clavos que la atraviesan, y luego nos pide que sin tocarla le suspendamos con mi hermana las manos sobre la mejilla, que así se le pasa. Lo hacemos y entiendo que nos lo ha pedido por amor a nosotros, sólo para decirnos que le importamos siempre. Un médico italiano que trajo la tía Adele le explica a mi madre que la única forma de que se le pase sería sacándole el nervio, pero que el riesgo es que se le insensibilice toda la cara,

que se le caiga, dice. Seguirá por años, en forma intermitente, y su dolor pasa a ser parte de nuestra vida. Su sufrimiento, sus paseos convulsionados, el llanto increíblemente agudo que poco a poco nos acostumbramos a oír.

Es una neuralgia al trigémino que padecerá sobre todo en los inviernos. Con el regreso de los calores el dolor comienza a espaciársele y entonces parece recobrar su ánimo antiguo. El alivio la hace volver a nosotros con una alegría que, advierto ahora, tenía algo de niño. Siempre le han gustado los helados y aunque ya no se atreve a probarlos, nos lleva como todos los años hasta la misma heladería. Mientras caminamos retoma sus temas de siempre: la transparencia del mar de Italia, el viaje en barco desde Génova a Chile, la muerte de nuestro padre. Lo hace con énfasis, como tantas veces, pero ahora no puedo dejar de mirarle el lado izquierdo de su cara que se le ha recogido. Nos dice que él le pidió que le diese de comer en la boca cuando se estaba muriendo. Vuelve a afirmarnos que era un hombre bueno pero enfermo, un *malato*, reitera, que ya había estado cinco años en un hospital para enfermos del pulmón. Repite que ella supo que se iba a morir, pero no que nuestro abuelo lo seguiría tres días después. Cuando lo perdió todo en la bolsa comenzaron sus males, primero el corazón y luego la diabetes, dice, pero de todos modos fue demasiado pronto. Mi madre no entra en su historia, no existe salvo para contarnos que no le hizo caso casándose. Ustedes dos fueron entonces mi única vida, nos afirma, mis «chocolatinos». Cambia de tema y nos dice que quiere felicitarnos por nuestras notas, que somos muy «bravos» alumnos, que está muy bien, que nuestro padre debe estar contento.

Sus ataques de compasión, como sus dolores, carecen de reglas fijas, son bruscos e impredecibles. De pronto se le llenan los ojos de lágrimas. *Meschino*, dice primero, pobrecito, y luego comienza a mirar al que está adelante como si quisiera ir más allá de su carne, entregarse, darse entera. Puede ser con alguien a quien hasta hace unos minutos no había ni siquiera notado: un niño callejero, un dependiente de almacén o una amiga de mi

madre. Es una fuerza, un impulso súbito que la hace oscilar entre la misericordia y el desprecio, como si el único mundo que conociera fuese uno donde los contrastes son insalvables. No soporta la intemperie, la idea de que tengamos frío, y nos cuida obligándonos a abrigarnos hasta el sofocamiento. Los dolores la han hecho envejecer más aún, empequeñeciéndola. Su cara vendada con el fieltro y la grasa hirviente me asfixia como una piedra que se atasca, como un remordimiento que no logro expulsar. Quiero que me duela a mí la cara y no a ella. ¿Es que lo deseo de verdad?, ¿es cierto que la amo tanto?

Fuera de Dante, cuando el dolor comienza a pasársele, mi abuela nos habla de otros escritores. Lo hace como en sus cuentos: con suspenso, gesticulando, alargándose en las escenas que la exaltan como si se las estuviera contando a sí misma. Hay un poema llamado «L'Infinito» al que vuelve muchas veces. Lo recita con gravedad, acentuándonos la soledad de una cumbre yerma, la desolación, el naufragio final. Lo escribió un ser maltrecho y jorobado cuyo nombre volví a recordar cuando yo mismo me debatía entre las mandíbulas de un infinito incomprensible: Giacomo Leopardi. El otro es Victor Hugo. No le gustan los franceses, dice que *sono palloni pieni di fumo*, que son unas pelotas llenas de humo, pero de Victor Hugo habla con una pasión que puede convertirse en delirio. Nos cuenta de cada una de sus novelas, de sus personajes, de las tramas, pero hay una cuyo título se me impregna en la piel como Punta de Lobos, Pichilemu o Infiernillo: *Los trabajadores del mar*.

Veli lee con una voracidad incontenible. Aprovecha el más mínimo momento de sosiego para sentarse en la mesa del comedor. Más tarde lo hará agrandando las palabras con una lupa y cuando ya ni así pueda hacerlo llorará de soledad y de resentimiento. Para entonces se preguntará *perchè, perchè*, mientras la impotencia la lleva a golpearse una y otra vez la cabeza con sus enjutos puños. En sus últimos años habrá olvidado por completo el castellano

para hablar sólo en la lengua de sus remotos tiempos felices: el zeneize, el genovés.

Sigo la trama de *Los trabajadores del mar* y siento el estruendo de las rompientes, de los roqueríos elevándose en medio del oleaje, de las tormentas, que se van confundiendo con la voz de mi abuela hasta quedarme dormido evocando entre los muelles de madera atestados de gente los rostros que me acompañan.

El grupo de barcas se aleja flotando sobre el aire y el océano que va quedando abajo se hace cada vez más calmo, más luminoso y transparente. Verónica, la hija de los franceses, se despide de mí con una expresión triste y su semblante va siendo reemplazado por las líneas perfectas de un rostro de niño de tez blanca y ojos y pelo negros que también desaparece para ser ocupado por otros rasgos. Son unas facciones infantiles, de niña, de las que se destacan unas mejillas pálidas, la boca grande y la nariz, el pelo al viento, y detrás de ella la cara de mi hermana que se le apoya entrecerrando los ojos. Su amiga la lleva en el asiento trasero de su bicicleta y ambas dan vueltas y vueltas pasando delante de la puerta de nuestra casa donde me siento a mirarlas. Poco a poco me he ido abriendo a esa faz nueva. A veces me mandan a buscar a mi hermana donde ella vive. Es un departamento enorme y lujoso, de dos pisos, con unas ventanas amplias de vidrios cuadriculados desde donde se ve el parque y más arriba la virgen del cerro. El edificio está en la esquina de una calle cercana, Eliodoro Yáñez, y su fachada tiene el color gris de los roqueríos marinos. La voz de mi abuela me cuenta de la furia del oleaje y de un promontorio en medio del océano donde un hombre en el límite de sus fuerzas lucha por alguien que no lo ama.

Los trabajadores del mar se van mimetizando con una playa desolada, barrida por el viento, donde veo a mi hermana y a su amiga correr una detrás de otra persiguiéndose sin descanso. Les grito que paren y que me esperen. Mi hermana se burla de mí riéndose pero su amiga se da vuelta y me mira.

Luego comienza a caminar hacia donde yo estoy. El ruido del mar y del viento sigue resonando, sin embargo las risas de mi hermana han cesado. Su amiga continúa acercándose, pero súbitamente se detiene. Comprendo entonces que todos los rostros son uno. Que siempre han sido y serán uno y que es sólo la infelicidad la que nos hace creer que son distintos. Por un minuto el río que rodea el mundo detiene su curso: no hay palabras, sólo la humedad de sus ojos, la humedad de su mirada.

Entenderé el amor con un respeto y una timidez que jamás lograré superar. Más allá las consignas contra Ibáñez del Campo han cesado y una muchedumbre enorme y silenciosa se retira como una resaca. El cielo sobre ellos parece otro mar.

Chillo en el suelo porque no me llevan y mi madre decide llevarme. Se acerca al tío Gustavo y le dice que tendrán que ir conmigo. Me desperté muy temprano, al sentir que se levantaba. No tengo memoria del comienzo del viaje, pero en una imagen que recordé muchos años después me veo avanzando por un puente colgante de madera que oscila de un lado a otro. El fragor del torrente corriendo abajo recuerda el sonido de los truenos cuando hay tormenta y las rocas salientes parecen caparazones. Mi madre va delante y me tiende la mano mientras el tío Gustavo la espera tendiéndosela a su vez a ella. Tambaleo y doy pasos muy cortos tanteando las tablas. De pronto pienso que me voy a caer y lloro.

Tengo cuatro o cinco años y es el primer recuerdo del Cajón del Maipo, del lugar donde ahora vivo. Después volví muchas veces, pero sólo hace muy poco me di cuenta de que el río era el mismo. El puente colgante todavía existe y abajo las aguas tienen el color terroso de los troncos viejos. Llegamos temprano. El vapor gris de la niebla desciende entre los árboles de los cerros evaporándolos de uno en uno en una batalla silenciosa y encantada. Tengo puesto un sombrero de huaso que me queda grande, chaqueta café con pantalones cortos, corbata y zapatos nuevos porque eso fue lo que mi madre quiso que me pusiera. La obligué a traerme y ahora me aburro. Miro las banderas de papel colocadas en filas bajo el techo y luego el emparrado de ramas y hojas que cubre las mesas y el patio de tierra. Recién a media tarde veo las montañas. Se me vienen encima suspendidas entre los morados del cielo. Su blancura hace que me parezcan barcos. Ha llegado más gente, las

mesas comienzan a llenarse y el tío Gustavo le habla a ella que se ríe olvidándome.

Esa noche será muy oscura, habrá un gran estrépito de guitarras y mi madre bailará la cueca dejándome en una silla donde cabeceo de sueño. El rasgueo de las guitarras va creciendo y los que bailan hacen ondear sus pañuelos y zapatean bajo la luz de las ampolletas. Casi todas las mesas se vacían con el baile, pero en una de ellas un hombre y una mujer se bambolean abrazándose como si se apoyaran. Él levanta la cabeza y al verme me hace un gesto con la mano para que vaya. Al acercarme me pregunta con quién ando y yo le digo. Luego me ofrece un vaso de vino y ambos se ríen doblándose cuando lo escupo. Deambulo entre las cantoras y me quedo al lado de una de ellas. Sus voces se vuelven cada vez más chillonas y agudas y algunos se han detenido tratando de seguirles los cantos y zapateando solos sobre el patio de tierra y polvo. Mientras se me cierran los ojos veo a mi madre que baila recogiendo la falda con los dedos y que después se pone el pañuelo en el hombro para batir las palmas. Detrás la noche es muy oscura y sin estrellas. Desde el fondo de la oscuridad algo me recuerda el fragor del río y me doy cuenta que no es el río sino el furioso sonar de las guitarras.

El tío Gustavo tiene una cara despejada y risueña, es más bien grueso y vive prometiéndome cosas que jamás cumple. Apenas lo veo corro a su encuentro para cobrarle y entonces él echa la cabeza para atrás, se golpea con fuerza la frente y me jura que la próxima vez sí se acordará. La expresión de su cara y su palmazo me hacen reír y al final creo que le hago prometerme cosas sólo para después verle abrir la boca y escuchar el chasquido del golpe. Sé que hubiese querido seguir viéndolo y que por mucho tiempo pregunté si alguna vez volvería. Sé también que tenía hijos mayores que yo y que mi madre se arreglaba largo rato frente al espejo esperándolo. Hace algún tiempo volvimos a hablar de Gustavo. Me dijo que si no hubiera sido por él se habría vuelto loca. Lo conoció dos años después de la muerte de mi padre y era la

primera vez que se había animado a salir. Ahora también está muerto. Siempre que los veía juntos estaban bailando. Me contó que fue así como se conocieron. La había sacado a bailar un tango y cuando el disco terminó él volvió a ponerlo sin decirle palabra y tomándola.

Catorce años después volví a encontrarlo en la casa de mi madre y quizás habría sido bueno saber que era una despedida. Yo viajaba casi todos los fines de semana desde Valparaíso, donde estudiaba, y tuve la sensación de que lo había visto el día anterior. Vivía en Arica, donde tenía algunos negocios y todo hacía pensar que las cosas le marchaban bien. Estaba igual, ni más gordo ni más flaco, ni más alto ni más bajo, con el pelo liso peinado para atrás y hasta su traje parecía el mismo. Ni Veli ni mi hermana ni yo podíamos dejar de mirarlo. Mi madre lo saludó mencionándole el apellido: Gustavo Erazo, y cada vez que repetía ese nombre era como escuchar un sonido que volvía, que regresaba desde un lugar donde sólo existían tumbas. Antes de sentarnos a la mesa él se acercó a mirar los discos, puso uno y bailaron. Se quedó hasta la noche tarde, tomamos vino y en un momento le dije que no había cosa peor en el mundo que trabajar. Me contestó de inmediato que de lo único que había que privarse en esta vida era del trabajo. Luego me hizo un guiño con los ojos y nos reímos juntos. Lo recuerdo porque me pareció sentir que mi padre era quizás como él, que era quizás como alguien.

Afirmé recién que no había cambiado. No sé si es cierto, pero todas las veces que he vuelto a ver a alguien con quien alguna vez me sentí feliz me ha parecido encontrarlo igual. Es una sensación que se me ha ido haciendo cada vez más frecuente con los años, como si yo mismo quisiera detenerme, fijarme en esos momentos en que se nos regala una inmortalidad transitoria y huidiza. Detrás está la imagen de una mujer todavía joven aceptando ese primer baile y más atrás el día de los muertos, el día en que entre procesiones de gente nos vamos acercando con mi hermana, mi abuela y ella al murallón

interminable de las lápidas. Me imagino que mi madre se levanta dividiéndose en dos desde su luto y su destrozo y que las dos son ciertas y perduran. Una está con el cuerpo arqueado sobre la cama, grita que quiere morirse y levanta las caderas chillando. La que me cuenta de ese baile vuelve a ser la que bailaba. Ninguna de mis amigas, me dice, bailaba como tu madre.

El tío Gustavo se golpea con fuerza la frente haciendo un chasquido y yo me río y me río y no puedo parar de reírme. Son las tercas uñas de la dicha. De esa alegría dura e intransada que persiste contra todo, anulando el estrago de los años. Es como si el curso de la felicidad y el del dolor fuesen dos ríos paralelos que corren uno al lado del otro sin jamás tocarse. Es tal vez por eso que también morimos de dos formas: aferrados a las sábanas, entre los estertores y el infierno de la cara hundiéndonos por la propia boca y, al mismo tiempo, con las mejillas de niño que se llenan de hoyuelos y los ojos estupefactos contemplando el teatro de títeres. Luego las pequeñas manos se detienen congeladas en un aplauso inalcanzable.

Efectivamente miro un teatro de títeres y aplaudo. La luz del escenario alcanza a iluminar en parte la penumbra de la sala atiborrada de niños. La diminuta mano de mi hermana me aprieta los dedos y yo hago fuerza para que me los suelte. Los garrotazos que se dan los títeres me hacen reír hasta dolerme. Salto y grito con los demás y mi hermana vuelve a tomarme los dedos preguntándome que por qué se golpean. El vocerío, las carcajadas y los aplausos se vuelven cada vez más estruendosos hasta que se encienden las luces de la sala y una pareja sale por el costado del escenario a saludar. Tienen los títeres enfundados en sus manos y los agitan como trapos sin vida. Pienso que se han muerto y quiero que nos vayamos. En una película había visto antes a un hombre que moría. Estaba con mi madre y ella tuvo que decirme que se había quedado dormido. Era Chaplin en el final de *Candilejas*, el cine estaba muy oscuro y yo la iba palpando a tientas, con

miedo, como ahora que la busco en la noche del campo. El campo que me ensucia los zapatos nuevos con tierra negra, vino y polvo.

El farol que ilumina el escenario de los títeres se multiplica en cada una de las ampolletas que cuelgan de la espesa enramada del techo. Apenas unos metros más allá está la noche inacabable y debajo la tierra entera parece una fosa que nos rodea. Dije que no había estrellas y las decenas de pañuelos blancos agitándose fingen ser las estrellas de algún otro firmamento. No estaba cuando murió mi abuela y pienso ahora que ella misma era como un pañuelo blanco que se agitaba rompiéndose en la sombra. Tal vez la tierra sobre ella es espesa y oscura como la que levantaban las parejas en los zapateos. Es un baile de muertos y los muertos cantan en las tonadas del diablo que se entonan en la madrugada.

Mi madre levanta los brazos batiendo las palmas en la noche del campo y de tanto en tanto se acerca adonde yo estoy para hacerme gracias, tomarse el vestido sonriéndome y alejarse. Las figuras que bailan se van haciendo cada vez más espectrales, la luz misma es fría y entre todos sólo mi madre baila. Baila sola, zapatea y cambia de parejas como en un sueño bailando. Quiero llamarla pero la voz no me sale. Quiero arrojarme en la cama que tenemos, adherirme a su calor y dormir. Me siento a ras de suelo, al lado de las cantoras, y veo el polvo que se levanta.

Algunos hombres se bambolean cayéndose sobre la pista y las cantoras guitarrearán cada vez más fuerte aguzando sus voces. Al verme sentado en el suelo el tío Gustavo me levanta en brazos y le dice a mi madre que me lleven a dormir. Como en un sueño ella camina detrás de nosotros batiendo las palmas y entonando cuecas. Mientras me carga recuerdo que en la media tarde las montañas parecían barcos. Una vez él prometió llevarnos a ver el mar, nos hizo subir en el auto más destartado y viejo que he visto en mi vida y al final no llegamos. Trato de seguir acordándome pero de golpe todo se borra como en un sopor feliz y caigo. No me acuerdo tampoco de que se

escuchara el sonido del río, sólo el coro de las voces y las guitarras que atraviesan la noche, perforándola.

Desde sus brazos todavía alcanzo a ver la tierra negra. Las voces han comenzado a alejarse y pienso que pronto el centro de luz del ruedo habrá de cederle paso a la oscuridad total. También que la pista debía verse como una pequeña ventana iluminada en el casco de un barco inmenso. Recuerdo ahora que la luz del ruedo se cortaba como un tajamar y que al otro lado el aire tenía la misma densidad de la tierra azabache y dura. Mientras me voy quedando dormido el pulso de las guitarras se va haciendo cada vez más corto, seco y monótono, como el ruido que hacen las palas al horadar la tierra. En el entresueño siento que cavan frente al paredón oscurecido e interminable; son infinitos rumores, sonidos que se van mimetizando con los acompasados golpes de las palas. Repito que afuera la oscuridad es como una fosa. El nicho abierto de la noche deja ver la calavera que imagino blanca de mi padre. De mi padre tan joven.

La noche y la oscuridad del hoyo que las palas cavan se hacen una. Siento las sombras sobre mí y vuelvo ahora a su vida breve, a su segundo apellido distinto al mío, a su retrato que se enoja o sonrío. Cuando despunte el amanecer los hoyos y los sepultureros habrán desaparecido y la calavera de Raúl Zurita Inostroza será otro terrón amarillento. Despertaré y tampoco recordaré dónde despierto.

Tampoco recuerdo el sitio donde dormí. Al otro día regresamos del Cajón del Maipo en un tren del que hoy sólo quedan algunas estaciones y trozos de rieles hundidos en la hierba. Tuvimos que cruzar otra vez el puente y pienso que de nuevo debo haber llorado. Mi madre venía en silencio y sólo se escuchaba el tamborileo de las ruedas sobre el carril. El río ahora me parecía de un color plateado y las montañas tenían ese tono acuoso de las nubes antes de la lluvia. Llevo en mis manos una pequeña bandera que muevo para que flamee y el sombrero de huaso que me queda grande. El tren serpentea entre

las laderas del río y todo se hace cada vez más lívido. De pronto aparecen las primeras casas y la repentina avenida que corre ensanchándose junto al riel, luego los árboles del parque y finalmente la diminuta estación donde nos bajamos. Al rato vuelvo a reconocer la cuadra de General del Canto pero no hay colores, salvo los diversos tonos del gris y así veo el rostro de Veli y de mi hermana cuando nos abren. El tío Gustavo se despide sin entrar, me sonrío y de pronto, palmeándose la frente, me promete que la próxima vez sí me traerá las revistas.

Pienso en la blancura de las cumbres que esa primera vez estaban tan cerca. Muchísimos años después volví a encontrarme en las orillas de ese río. Es un sitio popular que durante los veranos se llena de familias que se amontonan alrededor de las pozas de las orillas. Se acomodan sobre frazadas, entre los árboles y los peñascos del río, sacan sus canastas con comida mientras los niños juegan y gritan escondiéndose. Ya adulto yo también me detuve con una familia ante esas aguas de color tierra, vi a mi hijo menor correr con su pelo intensamente rojo flameando entre las hierbas y quise imaginarme que quizás era cierto que existían otras vidas. No creo tampoco haber percibido entonces el fragor del torrente ni los árboles encajonados de la antigua noche. Recuerdo que los jazmines de la casa de General del Canto eran como la nieve de las montañas y que también eran como ellos los pañuelos ondeando bajo la ramada.

Levanto los ojos y vuelvo a ver la proyección azul del cerro Purgatorio. Esa aura que se tiende a su lado y vibra. Como decía, me di cuenta hace muy poco de que ese primer río era el Maipo. Iba a una manifestación cercana contra la construcción de un gaseoducto y al atravesar el puente colgante recordé de golpe que cuarenta y dos años antes ya lo había cruzado. Escucho los discursos mientras vuelvo a sentir la oscuridad, el rumor del aire soplando entre las hojas y el sueño. Un joven acaba de hablar y los aplausos tienen el mismo sonido que hacían esa vez las palmas. Quien entonces me llevaba en

brazos ya no está. Pienso que es extraño que aquellos que uno ha querido no estén. Evoco a mi madre, la veo bailando en la misma noche e imagino que es muy probable que no se acuerde.

Tampoco sabía entonces que era septiembre y que en ese mes se abrían las ramadas, se bailaba cueca y se embanderaban las casas. Nunca quise esas fiestas y recién ahora me doy cuenta de que he regresado al mismo río. Sobre las mismas montañas el atardecer se ha ido cerrando. Los árboles que arrancó el viento en el último temporal continúan recibiendo la inclemencia de la llovizna y por la televisión me entero de que este ha sido el año más lluvioso del siglo. Desde donde escribo se alcanzan a ver las rejas destrozadas bajo los troncos caídos y me digo que esa primera vez, hace cuarenta y dos años, no había llovido, que el polvo me iba borrando los zapatos nuevos y que la noche era una noche cerrada de campo, sin estrellas.

El viento arrecia en el Cajón del Maipo y algunos árboles se han venido abajo. Uno era una palmera que había logrado afincarse, hacer suyo el territorio, otro era un pimiento ya añoso, el último fue un álamo que podía verse desde lejos. La tenacidad de la lluvia que sigue cayendo sobre esos árboles botados me recuerda algo sobre lo vacío, sobre la persistencia de lo indiferente. Escribo esto y es como si las palabras fuesen sólo las pequeñas anclas de un barco que flota muy por encima de nosotros, en un mar violento y negro. Escucho y el sonido de lo que digo se desvanece entre las corrientes del río que está frente a mí y al que sin embargo jamás podré acceder; la memoria, el recuerdo, lo inasible (lo que decía mi madre, mi abuela, mi hermana, son parte de lo inasible). Cierro los ojos y están allí el olor del jazmín y la calle, el patio del colegio de Padre Mariano, las caras de quienes he amado, los miro pero no puedo alcanzarlos como esos barcos que naufragan mirando la costa. La silueta del cerro Purgatorio sucumbe bajo el cielo tormentoso, el cielo que ha adquirido el color y la furia de las rompientes.

Vuelvo a ver las rompientes de Punta de Lobos que me devuelven a las orillas de un roquerío pardo, cubierto de brumas, desde donde nos levantamos para emprender el regreso. La tía Fernanda y Veli recogen nuestras cosas y yo camino cargando un balde de playa. Al costado, el farellón parece haberse acercado al mar y la franja de arena se ha vuelto más estrecha. Subimos por una escalera cavada entre las rocas y llegamos al camino. El mar se ha vuelto gris y se confunde con la niebla, con el cielo de rompientes que ahora miro y donde se hunden los árboles que se vinieron abajo, las laderas del cerro

Purgatorio, el río. Con mi hermana nos vamos quedando atrás y Veli nos llama. La tía Fernanda le debe haber dicho que no nos haga caso, que sigan caminando. Nos sentamos en el suelo y lloramos con furia, con berrinches, con miedo y odio.

No hay distancia entre esas marejadas de Punta de Lobos y el cielo tempestuoso que ahora miro en el Cajón del Maipo. El pequeño magnolio y la palmera caída que quiso afincarse se van haciendo uno en esa perentoriedad de lo que se cancela. La casa con el muro a punto de derrumbarse y esta donde vivo, la amiga de mi hermana y los seres que después conocí terminan formando un solo tejido donde las palabras existen sólo para señalarmos los distintos episodios del desasosiego. Miro la lluvia que sigue empapando los árboles derribados, sigo los riachuelos de agua que se resbalan por sus ramas, que corren por sus cortezas muertas y continúan por la tierra hinchada. Veo el viento empujando las nubes, abriendo un pequeño trecho desde donde el cielo comienza a ensancharse hasta ocupar todo el horizonte de un día de infancia muy antiguo, no precisado. Sobre él un avión va trazando con humo blanco el nombre de dos jabones de ropa: «Perlina y Radiolina». Las volteretas del pequeño avión se recortan contra el esplendor de la mañana y por un momento las dos palabras se dibujan en el azul del cielo. Mientras se desvanecen sé que quiero decir algo que no llego a pronunciar. Es algo rimbombante e inútil que se me escapa hasta ahora: «El magnífico honor del aire».

Las letras de humo se deshacen y el cielo vuelve a quedar liso recortando los bordes de una casa alta y muy vieja, con una muralla apuntalada con postes, donde espero a los dos hermanos que eran mis amigos en el colegio de Padre Mariano. Estoy asomado en la ventana y desde lejos los veo acercarse buscando el número. Veo cómo miran el que corresponde al nuestro, José Miguel Infante 97 B, y cómo siguen tras otros como si ese fuera un equívoco, como si nadie pudiese vivir allí.

La mujer que los acompaña decide por fin golpear y bajo a buscarlos. Entran con una expresión asustada, mirando la pared que se separa del techo. Les digo que es divertido ver pasar los autos desde arriba, adivinar sus marcas, y les muestro los catálogos que mi madre me trae de la Mercedes Benz. Mi abuela nos ha estado observando y se acerca, nos agrupa a los tres y comienza a contarnos un largo cuento. A diferencia de los otros, este es un cuento de niños que inventa mezclando los personajes de las historietas; Tarzán, Roy Rogers, Superman. Sé que lo hace para que yo no advierta que ellos ya hace rato que quieren irse. Treinta y nueve años después me encontré con Francisco, el menor de los dos. Conservaba los mismos rasgos y lo reconocí de inmediato. Nos abrazamos y con temor comenzamos a preguntarnos por los nuestros; por mi abuela, por sus padres, por su hermano. Su hermano está bien, pero me dice que sus padres murieron. Se acordaba del cuento y me sorprende. Le digo que sí, que también está muerta.

Nos cambiamos hace pocos meses y el invierno arrecia. La altísima pared que apuntalan desde la casa de los socialistas está completamente descascarada y la lluvia cae a chorros por la abertura de su unión con el techo. Es un torrente que baja por la escalera y remata aposándose en el pasadizo de abajo que da a la puerta de calle por donde finalmente se escapa. No es una gotera, es una parte de la naturaleza que se desencadena en el primer descanso, allí donde la escalera se pega al muro abierto. De pronto la lluvia amaina y al asomarme a la calle veo que la casa de los socialistas está entera cubierta de afiches. La lluvia los ha deslavado y sólo se distinguen las letras de un apellido, Allende, y más arriba la montura negra de unos anteojos. Será mi primer recuerdo de unas elecciones presidenciales: el marco negro de unos anteojos flotando sobre una cara deshecha por la lluvia.

La casa de los socialistas está cada vez más llena de gente. Son grupos que van y vienen amontonándose en el anteportón. Al cruzarse con ellos mi madre los saluda con simpatía, habla con ellos, la miran. Llegan a todas horas

y se ven muy pocas mujeres. Algunos se apoyan contra el fondo de carteles como si también fuesen parte de ese rostro, de esa cara repetida una y mil veces que se han apresurado en reponer. Entre ellos reconozco a algunos profesores de mi liceo e incluso a algunos estudiantes mayores, pero es sobre todo la abrupta irrupción de ese mundo nuevo lo que me hipnotiza. Mi abuela sólo se referirá a ellos una vez y será para señalarme la tosquedad de sus caras, su mala educación, su diferencia con nosotros. Al contrario de mi madre, ella no los mira y a nosotros nos habla de un descendiente de italianos cuyo apellido comienza a hacerme cada vez más familiar. Con mi hermana nos hacemos fervorosos de él y lo defendo en el liceo, donde casi nadie lo quiere. Mi profesor tampoco, en el ojal tiene una insignia con el nombre de Allende y comprendo que jamás podría coincidir con mi abuela. Él mismo es bajo, ventrudo, con una cara morena y de contornos gruesos.

Recordaré con los años esos rasgos. Está conversando con mi madre en la puerta de la sala de clases y la contempla con embeleso mientras ella gesticula con vivacidad, se ríe, habla fuerte. Todos mis compañeros se han dado vuelta a mirarla y yo experimento esa mezcla sofocante del orgullo y la cohibición. Veo aún su traje: un vestido azul de verano con óvalos blancos, me fijo en la ostentación de su simpatía, en el movimiento de sus brazos y de sus manos. Frente a ella, mi profesor parece aún más bajo, más rechoncho y tosco. Decía que iba a recordar su rostro. Lo recordaré con afecto, recordaré las manchas de su chaqueta, su voz algo afónica, la expresión de abatimiento contenido. Éramos sesenta alumnos en una sala de clases y si no me equivoco él vio algo en mí. No, no en mí, vio algo en mi madre y por eso reparó en mí. Con un aire de distracción posa sus manos sobre mi cabeza y me dirige palabras cariñosas. Me hace feliz que me pregunte por ella, lo seguirá haciendo cuando ya no esté en mi clase, cuando yo ya haya cambiado de patio. Espero con ansiedad la entrada al liceo para decirle que mi madre le ha

mandado saludos. Soy un pequeño comediante y ensayo mirándome al espejo.

Es la sensación del privilegio. No me quedo tranquilo hasta que no le he hecho presente a mi madre y siento que eso me hace importante. Todos los días se repite el mismo diálogo: Profesor, mi madre le manda saludos; Ah, cómo está su mamá, y cualquier alteración a esa rutina, que no alcance por ejemplo a decírselo o que él no me responda, me sume en una ansiedad tartamudeante. Entretanto me he hecho de varios amigos y con uno de ellos de apellido Pratti tengo mi primera pelea de liceano. Nos empujaron los mayores y de pronto me vi trezado a golpes en medio de un estruendo de niños que nos avivaban tomando partido. Intercambio puñetazos con entusiasmo, con la certeza de que algo ha quedado atrás. De pronto me veo sentado en el suelo sangrando de narices. Lloro con orgullo, con todas mis fuerzas, con alegría, como si hubiese vencido. Nuestro profesor se acerca, me ayuda a levantarme y mientras Pratti balbucea que él no tuvo la culpa, me acompaña hasta una pileta de agua donde echándome la cabeza atrás me moja la frente. Miro a mi alrededor buscando a Damián Aguilar. Sé que tiene que haberme visto y en un sueño instantáneo le ofrezco a él mi sangre, los golpes, mi caída. Al entrar a clases me doy cuenta de que no ha venido. La alegría se me transforma en una tristeza blanca y abúlica.

El fervor de las elecciones ha terminado por impregnarlo todo. Como si fuera un juego, en los recreos se forman grupos de niños coreando el nombre de los distintos candidatos y los overoles grises parecen recortarse igual que papeles contra las baldosas amarillas del patio. Es un rectángulo enorme circundado por dos pisos de corredores que dan a las salas de clases de los cursos de primaria. Entre el griterío veo que yo, Pratti y otro de apellido Belledonne somos los únicos que avivamos al candidato de mi abuela. Los inspectores fingen imparcialidad y nos hacen callar. Uno de ellos sin embargo se me ha acercado y pegándome la boca en la oreja me dice que yo

debo ser millonario, que en realidad sabe que tenemos mucha plata puesto que soy partidario de los ricos. Comprendo la burla y se me vienen las imágenes del almacén de la tía Adele, de los muebles tirados en la vereda, de mi terror a que nos muramos separados.

Cuando le cuente a mi abuela me dirá que no le haga caso porque ese inspector es un *imbecille* (dice *scemo* o *imbecille* y pareciera que en esas dos palabras ella reuniera todo lo ínfimo, lo despreciable, lo que no desea para nosotros). Después volverá a repetirnos que el que queremos los tres es católico e italiano. Así dice: los tres, y luego, como si fuese una escena más del *Inferno*, me habla del *pericolo rosso*, de las continuas huelgas y de un país enorme al que le teme. Los que pasan en la casa del lado, agrega, míralos bien, ellos no son igual a ti, ellos no son igual a tu hermana.

Las peleas de Alois con mi madre hacen presagiar el final cercano. Entremedio ha comenzado a ir a nuestra casa una amiga suya con la que siento de inmediato una cercanía especial. Trabajaron un tiempo en el mismo lugar, pero aunque no le distingo bien la edad me parece menor. La palidez de su cara delinea con fuerza su boca ancha, la nariz grande y aguileña, los ojos que tiene casi siempre enrojecidos. No es alta y usa a menudo unas polleras muy ceñidas que remarcan aún más la rotundez de sus glúteos. Nos visita a menudo, se detiene a conversar con mi abuela y de tanto en tanto se echa gimiendo en uno de los dos sillones enterrando su cara en el respaldo. Mi abuela entonces le acaricia la cabeza y la mira con esos arrebatos de compasión que parecen devorarla. A nosotros nos dice que es una tonta y que el hombre con que vive es un *mascalzone*, pero la ve y se le humedecen los ojos. La deja llorar atrayéndola contra sí y le lee la suerte en un gastado mazo de naipes ingleses. Dice que no es más que un juego, que así está permitido porque el destino sólo lo conoce Dios, Dios y la Iglesia. Lo repite, pero igual le ve las cartas. Se sientan ambas y Veli nos manda para afuera. No tiene importancia, después nos contará todo como la cosa más natural del mundo.

Poco a poco empiezo a comprender que somos sus únicos confidentes, que no le preocupa nuestra edad ni que comprendamos o no. Es parte de su terquedad, de su desconfianza, del desprecio y horror a un mundo del que se niega a reconocer que forma parte.

Sus dolores han recrudecido con la dureza del nuevo invierno. Comienzan con un rictus en su mejilla izquierda. A veces irrumpen mientras nos está conversando y tratamos de hacer como si ya no estuviese allí. Su dolor es un ser, un ser concreto que tiene un cuerpo y un alma y al que no hay manera de dejar contento. ¿Cierto que todavía no ha llegado?, le pregunta mi hermana, y Veli le responde que no, que no lo dejaremos entrar. Sus dedos se van crispando en silencio hasta que grita que nos vayamos y luego nos vuelve a llamar para apretarnos contra sí como si eso la aliviara, como si fuésemos también parte de sus espasmos, de sus movimientos reflejos. Con los años se sacará todos los dientes por temor a las convulsiones. Su cara se le va hundiendo en la línea de la boca, chupando hacia adentro hasta no dejarle labios sino la resistencia de los dos pómulos, de la nariz que cada vez más se le inclina hacia abajo, la pera saliente y terrible. Nos ha comenzado a hablar de los círculos del *Inferno*, nos describe la hendidura, el cono invertido que se va clavando hasta el centro de la Tierra y las imágenes son cada vez más vívidas, como si su propio sufrimiento estuviese también estampado en el corazón de una maldad irredimible.

No puedo desprenderme de la imagen de ese gran cono dado vuelta como si el *Inferno* fuera la cara misma de mi abuela que se hunde. Nos habla del círculo de los codiciosos, del tormento de los asesinos, de los grandes traidores que son comidos en el medio de la tierra. Le pido que vuelva a contarme un episodio que ya me ha relatado innumerables veces; transcurre en un puente donde el poeta mira por primera vez a una niña de nueve años que morirá joven.

Escucho a Veli decirme por milésima vez su nombre: Beatriz. Es también

el nombre de la amiga de mi madre y el giro de su cuello al enterrar la cara contra el respaldo del sillón me recuerda el retorcimiento de las ramas en el invierno. Vuelvo a ver el joven magnolio y es la misma torsión desesperada, la misma blancura, la misma fragilidad y entumecimiento. Afuera la lluvia continúa empapando los árboles que se han caído y me impresiona la autonomía de cualquier tristeza, la inercia de la indefensión. Imagino que llegaré a rescatarla del *mascalzone*, que me bato con él hasta derrotarlo, que estoy moribundo pero le salvo la vida y me agradece. Son escenas que ensayo encerrado, mirándome, creyéndolas ciertas.

Es extraño pero la presencia de la amiga de mi madre me da seguridad. Llego a adivinarle los gestos. Cuando están juntas hablan de otras gentes y se ríen. El sufrimiento es para mi abuela, su tristeza, su desolada emoción. Una noche aparece muy tarde y me despierto. No la veo, pero la escucho contar que la han atropellado y que viene del hospital. Al otro día se saca el vendaje de la cabeza y nos muestra la herida. Tiene la forma de una i griega: un largo tajo que arriba se abre en dos. Su herida me conmueve como si fueran dos ramitas quebradas y quisiera tocársela, pasarle la yema de los dedos. Me encierro a soñar que la salvo del auto, que la cuido. Quiero decirle algo y sin embargo no sé bien qué es. Se quedará unos días con nosotros. Duerme con mi madre. Yo y mi hermana con mi abuela en la otra pieza. Alois en el sofá del comedor.

Cuando mi madre la conoció, ella era recepcionista en la Mercedes Benz. Una tarde le dice a nuestra abuela que estará sola y que le gustaría llevarnos a dormir a su departamento. A coro con mi hermana le pedimos que nos deje ir. Es un momento de profunda felicidad, desde que salimos no paramos de hablar. Vive en un piso interior de una sola pieza y una ventana que da al muro del edificio contiguo. Sobre la cama tiene una muñeca vestida con velos y encajes que mi hermana no deja de mecer mientras yo miro a Beatriz inventándole historias fabulosas, sueños diurnos que quisiera que ella llegara

a creer, hago morisquetas y me río para que no deje de reparar en mí, para que no se aparte. En la noche nos hace acostarnos a su lado poniéndose ella al medio. Beatriz gira hacia mi hermana que se duerme enseguida, pero yo presiento algo oscuro, una fuerza que no puedo contener y que me impulsa a acercarme, a pegarme cada vez más al abismo que se delinea entre sus prominentes nalgas apenas cubiertas por el raso de su camisa de dormir. Seguiré llevando sólo a mi hermana. Con angustia me atrevo a decirle que por qué a ella y ya no a mí. Me contesta que mi hermana es más chica. Después mi abuela me preguntará qué me pasa. No puedo evitar las lágrimas, una angustia que me oprime la garganta como una tenaza. Me escondo, pero Veli va a buscarme y sé que sabe.

Su negativa es una laceración solitaria, un golpe de sangre que trato de ocultarme porque he comprendido. Deseo con fervor que pasen estos años, ser grande para poder cambiar la vida, para olvidar mi avergonzamiento, para reivindicarme de mi propia pequeñez y salvarla. Salvarla de algo. Sin saberlo, ella me abrió a esa forma del dolor que sólo podemos asimilar después, cuando ya no es dolor sino una indiferencia blanca y difusa que se nos va impregnando en la piel hasta cubrirlo todo. Así debe ser, me imagino, el recuerdo de morir.

Una tarde vino a despedirse de nosotros, nos contó que se iba a Alemania y luego, en la puerta, abrazó a Veli y a mi madre. Pensé en Alois Huber, en los autos de la Mercedes Benz y me imaginé que ahora allá tendría uno. Dijo que nos escribiría. Lo hizo un par de veces y después no supimos más. Cuando la volví a ver ella estaba almorzando con mi madre. Fue a comienzos de 1974, habían pasado dieciséis años y le estaba contando a mi madre de su vida en Alemania. Dijo que venía por un tiempo breve. No recuerdo el nombre de la ciudad, pero sí que trabajaba en una fábrica de equipos médicos donde le pagaban una carrera universitaria. Me pareció que casi no había envejecido; era la misma cara blanca, la misma nariz afilada y aguileña, el mismo tono

rojizo del pelo. Sólo la expresión de sus ojos era distinta, su mirada segura y al mismo tiempo sonriente. Estábamos sólo los tres. Mi abuela y mi hermana se habían marchado por unos días donde la tía Adele.

La había olvidado por completo, pero al verla sentí de inmediato el golpe de un deseo y de un pudor antiguos de los que no me pude desprender durante todo el rato que estuvo con nosotros. Ignoraba incluso que estuviera acá y no supe bien cómo saludarla. Ella, en cambio, al verme se puso de pie y dando un grito de alegría me tendió sus brazos. Luego, saltándose todos los preámbulos, me dijo que me fuera, que saliera de Chile, que no me quedase acá. Yo había abandonado mis estudios de ingeniería y vivía de nuevo con mi madre en un edificio de la calle Blanco construido para los empleados particulares. Es probable que ella ya le hubiese contado algo de mí y por eso su énfasis, su interés brusco en que me fuera. Me acordé de la oficina de la Mercedes Benz y me respondió que no, que desde sus años en Chile detestaba esos autos, que tenía otro. Cuando giró para volver a sentarse vi la inverosímil curva de su talle que se ensanchaba hacia atrás y luego, delineándose bajo el ligero vestido, el reconocido abismo separando sus sobresalientes nalgas. El verano se había venido encima como una tromba y recordé que también era verano cuando se fue a Alemania. Estábamos partiendo de vacaciones y no quería irme.

Sin saber cómo mi madre se las ingenia para llevarnos. Es por unos pocos días y vamos con mi hermana y mi abuela. Son unas termas enclavadas en medio de unos cerros ocres y redondos. El cielo cae a pique y el agua de la piscina es verdosa. Me gusta el agua y aprendo a nadar sin que me enseñen. Me desnudo en la cabina de hombres, me pongo el traje de baño y veo a los adultos. Me sorprende estar con ellos y alcanzo a percibir el pulso de una soledad agobiante e infinita. Voy descubriendo mi cuerpo, el sonido de mi corazón, mi estómago, mis costillas. Pongo mi mano sobre mi pecho y reparo una vez más en el hueso salido. Es el esternón y tiene algo de gallina.

Trato de ocultarlo y me saco la toalla de encima sólo en el momento en que entro al agua. Percibo mi estrechez de hombros y comprendo de golpe lo que nunca cambiará, lo inmodificable, lo que no cambiará ni con la muerte. Cargo con ese hueso salido y con esas espaldas como quien carga con una verdad más insobornable y honda que la vida misma, que los estragos del tiempo. Cada vez que me desnudo frente a otro siento que debo adelantarme a su constatación y termino por hacer de ello una de las formas del disimulo. Por supuesto he percibido mi vejez, el desgarramiento de lo que cede, la calvicie, el dolor de mis vérices, pero nunca he podido sentir mi cuerpo como el de un adulto. Él está atado en mí a la niñez. Es el mismo cuerpo de niño que se agota, que se rompe, que se deteriora, pero que sigue siendo el mismo cuerpo de niño. Es la misma fragilidad, la misma pequeñez de hombros, el mismo hueso lanzado afuera como el espolón de una infancia incancelable.

Una vez escuché la palabra raquitismo. Fue en el hospital Calvo Mackenna, Veli le había contado al médico su temor de que ese hueso me estuviese oprimiendo los pulmones. Creo que se lo preguntó por mi padre. No supe qué significaba, pero pude notar en ella una humillación que le duraría años, una crítica que la agobiaba de culpa y de misericordia. Una vez al mes la acompañábamos a buscar leche al hospital. Eran unos grandes tarros de la Cáritas y caminábamos en silencio mientras yo percibía su envejecimiento, sus espaldas cargadas con el peso de las bolsas, la estolidez de un orgullo que lograba mantener a costa de no reconocer que pertenecía a la gran marea de los pobres, a sus peregrinaciones obligatorias, a sus recorridos oclusos e invariables. Ya he dicho que para nuestra abuela éramos perfectos. Lo seguirá afirmando siempre, lo afirmará incluso en lo más evidente de mi egoísmo y de mi destrucción. Sé que soñaba para ambos grandes destinos en los que ella tomaría parte. En sus últimos años me confundía con otros, con su padre, con su esposo, y en cierta medida hubo una reparación en eso, una justicia melancólica e inesperada. A menudo creía

estar en Rapallo y que yo la aguardaba para dar un paseo en barca. Vivía con mi hermana, el marido y sus tres bisnietos. Al morir, él quiso honrarla con un funeral solemne y costoso. Mi madre me dijo que al ver el ataúd mi sobrino menor preguntó qué hacía la nona que era tan pequeña en un cajón tan grande.

Los zapatos están escurpulosamente lustrados y el niño camina sin apartar la vista de ellos. Le importa saber que siguen brillantes y ante la más mínima evidencia de polvo se los frota contra los calcetines. Las baldosas de la vereda se van extendiendo bajo sus ojos hasta que choca contra unas faldas largas, multicolores, que por un instante lo ciegan bajo un olor ácido y sofocante. Alza la mirada y ve la boca, la cara de la gitana que lo increpa. Se asusta y comienza a correr, pero pronto vuelve a acordarse de sus zapatos. Lleva un pequeño paquete envuelto en papel de regalo y las manos le transpiran. La vereda termina cortándose en la bocacalle y al frente el edificio de la calle Eliodoro Yáñez se levanta como un promontorio. Como un roquerío en medio de un mar lleno de presagios. Recordará el brillo de sus zapatos, la falda larga envolviéndolo, su olor.

La amiga de su hermana le abre la puerta y la repentina aparición de las risas infantiles tiene la brusquedad de los pájaros. Abajo, los zapatos se recortan contra los dibujos azulinos de una alfombra de gran tamaño mientras que el papel de regalo del pequeño paquete se ha ondulado bajo el sudor de los dedos. Quiere dejarlo y marcharse. Por las ventanas entra la luz de la tarde. Al frente, el parque da la sensación de la libertad.

Recordé la imagen en Roma, en una recepción de embajada. Se me había derramado un poco de vino y siguiéndolo bajé los ojos hasta la punta de mis zapatos, hasta la inmensa alfombra y luego hasta las baldosas de la calle José Miguel Infante. La amiga de mi hermana cumplía, creo, nueve años y hoy ya no está. ¿Qué significa en realidad eso? ¿Dónde no está? La memoria sólo puede respondernos a nuestra propia traición, a nuestra infidelidad a ella

como si el hecho de recordar ya fuese en sí una mentira, un abandono. Estaba conversando con uno de los diplomáticos y me disculpo mientras me limpio el vino de la mano con una servilleta alba y almidonada.

Le tiendo el regalo a la que ahora no está. Miro el suelo y quiero irme. Por un instante pienso que me gustaría que se fuese conmigo pero sé que es un deseo imposible y lo dejo. Poco a poco vuelvo a constatar la superioridad de lo perdido.

La lluvia romana se estrella contra los ventanales del gran salón y el sonido acumulado de las conversaciones en distintos idiomas, de las risas y del tintinear de los vasos moviéndose en las bandejas me hacen percibir otra vez esa semejanza esencial de lo humano con la algarabía de los pájaros. Es el mismo picoteo, el mismo ruido agudo y de pronto, como en una pajarera de vidrio, el estrépito de una piedra que rompe los cristales originando un revoloteo despavorido. Son cientos, miles de pequeños picos abiertos chillando y el frenesí infernal de las alas. Luego la corta libertad, el anuncio insensato de la muerte.

Salgo de la embajada y ensucio mis zapatos hundiéndolos en el barro que ha dejado la lluvia. Los ensucio con premeditación como si así pudiese exorcizar el recuerdo de esa cara de niña que me mira desde el otro lado de la ventana aplastando su cara contra los vidrios. Su mejilla se aplana junto con un costado de la nariz, luego es la boca abierta y la lengua que adhiriéndose a los cristales parece querer dibujar las distintas formas de un lenguaje de palabras mudas y desesperantes. Mi hermana y su amiga se despiden en la puerta mientras yo me alejo adelantándome. El tono rojizo del atardecer envuelve el edificio de Eliodoro Yáñez y escucho el lento apagarse de las risas infantiles, de esos pájaros pequeños que han vislumbrado el sueño de su libertad en medio del estruendo de los cristales que se rompen. Dos cuadras más allá está nuestra casa. Un temor repentino hace correr a mi hermana y alcanzarme.

Pero esas caras no están. No están las flores del jazmín que mi abuela amaba, las que he visto después son otras. No está esa cara concreta que yo veía, el entrecerrarse de sus párpados bajo el sol, el timbre de su voz que cada vez más va adquiriendo la levedad del aire. Pienso en el olor de los jazmines y me llama la atención la consistencia de su irrealidad. Al frente, las montañas del Cajón del Maipo siguen proyectando su aura azul y luminosa, un aura que se decanta sobre el cielo y que repite sus formas. Las veo y siento que es su modo de perdurar, de ser recordadas por alguien.

Esa luminosidad azul del cerro Purgatorio es tanto o más real que las rocas que lo forman, que sus laderas abruptas y asimétricas. Es como un espejismo casi imperceptible que siempre aparece en los días despejados. Cierro los ojos y vuelvo a seguir los contornos de otro cerro. Es el característico San Cristóbal. Desciendo con la mirada desde la virgen de la cumbre hasta las grandes arboledas del parque, luego al edificio donde me mandaban a buscar a mi hermana y veo el azoramiento de sus caras de niñas, de sus bocas gritándome.

Habían visto a las gitanas y corrían a avisarme. Eran las mismas con las que me crucé mientras iba al cumpleaños. Pasaban frente a nuestra casa hablando a viva voz: Niño, niño, ¿tienes algunas monedas?, anda y dile a tu padre sí y a tu madre que se venga a ver la suerte. Las escucho sintiendo el golpe del miedo mientras sus voces roncadas y ásperas continúan llenando la calle con la desfachatez de lo que es distinto, de lo que no pertenece. Caminan separadas ocupando toda la vereda y sus vaporosas faldas largas me hipnotizan, sus amplios escotes, sus brazos desnudos que gesticulan. A pesar del temor las sigo con la mirada. Desde el otro lado de la calle unos jóvenes las provocan gritándoles obscenidades de impúberes. Oigo también la palabra ladronas. Ellas los miran y cruzan haciéndolos huir. Sus insultos son torrenciales, apabullantes y tienen el ruido del vómito.

Aparecían los fines de semana, en la primavera, en los días soleados y

luminosos y sus ropajes ondeaban marcándoles el vaivén de los pasos como esas aves enormes que inician el vuelo. Atravesaban nuestra calle deteniendo a todos los que se les cruzaran. Que no seas orgulloso, les decían a los que trataban de evitarlas, pero otros cedían, se apartaban con una de ellas y con timidez les entregaban la mano abierta. Eran las empleadas de casas, los jardineros, los pobres del lugar. Sentado en la grada de la puerta las veo alejarse y siento, como en todas las fantasías del mundo, que podrían volver de improviso y robarme.

Nunca vi que las acompañara un hombre. Me imagino que para ellas mirar la suerte era un oficio de mujeres y que por eso andaban solas. Algunas sostenían unos bultos pequeños; recién nacidos que cargaban con un solo brazo apoyándolos en unos pañuelos que se amarraban al cuello. Una tarde me decido a seguir las. Lo hago con temor, desde lejos, hasta que cruzan hacia el parque donde se recuestan en el pasto tomando sol mientras les hablan a los que pasan con desparpajo, a viva voz, como si fueran las únicas dueñas del lugar. De pronto una se mete una mano en el escote y levanta a la pequeña criatura que había dejado a su lado. A pesar del miedo no puedo dejar de acercarme. Es el primer seno que veo, un pecho enorme y moreno que no olvido. Tampoco esa cabeza minúscula aferrada al pezón como una garrapata. No olvido la voz insultante y gruesa echándome. Quisiera chocar otra vez con una de esas faldas, hundirme en ese olor pastoso y sofocante.

Al final de la cuadra ha llegado a vivir una familia nueva. La mujer es alta y rubia y la veo cuando sale. Reconozco al menor de sus tres hijos en uno de los bancos de mi curso. Entró bastante tarde, cuando el año ya había comenzado, y todos los días regresamos del liceo mirándonos de reojo. Una vez se decide a hablarme. Me dice que quiere que seamos amigos, me lo dice como si me rogara. Lo siento más débil que yo y siento una súbita vergüenza de mis aires de superioridad, de mi pose matonesca. Sus ojos me miraban conteniendo a duras penas la decepción y las lágrimas. Había llegado del sur

y no conocía a nadie, después me contará de un pueblo llamado Río Bueno, de los bosques y de las lluvias, de los largos paseos a caballo junto a su padre. Habla de él con una admiración y un entusiasmo que años más tarde me recordarán el heroísmo de la tristeza. Está en una frase de Baudelaire: «No hay límites para la melancolía humana».

Se llamaba Mauricio y su debilidad sólo reflejaba la timidez del recién llegado. Muy pronto se transformó en el líder de nuestras andanzas de niños. Me impresionó porque aun cuando tenía apenas un año más que yo su llanto era el de un adulto; un estertor cerrado y afónico como el del hombre fuerte en el final de *La Strada*. Se trenzaba a puñetazos con los ojos enrojecidos y una obstinación reconcentrada que terminaba por ahuyentar a sus adversarios. Ganaba casi siempre (recuerdo sobre todo una vez: había pétalos y sangre) y fue imponiéndose a su propia extrañeza, a su inseguridad de provinciano, a un abandono que le dolía. En cinco años vimos sólo una vez a su padre, del que continuaba hablándonos con devoción. Llegó a buscarlo con un traje azul perfecto, anteojos ahumados y unos zapatos relucientes de hebillas doradas. Él también se había vestido con esmero y al salir nos hizo un gesto de despedida con las manos. El padre a duras penas se sostenía en pie. Estaba completamente borracho.

Guiaba nuestras correrías de barrio con esa terquedad típica de los desconsolados. Como decía, lloraba con facilidad, pero no porque le hubiesen pegado o por algún dolor físico como cualquiera de nosotros. En él se mezclaba la rabia con una experiencia vivida que contrastaba con la niñez de sus pecas morenas y de sus dientes de conejo escapándosele en el centro de los labios. Fuimos amigos hasta los catorce años, cuando volvió al sur. Partió poco después de haber estado en un hospital. Había sufrido una regañina definitiva de su madre en la que esta le había enterrado un tenedor. Me contó que desde entonces había comenzado a ensayar tomando unas pastillas que ella usaba para dormir.

Ya adulto volví a ver a su madre. Al parecer supo que había sacado un libro y quiso ubicarme. Se apareció por mi casa con su hija mayor y después de las sorpresas y de los saludos comenzaron a interrogarme acerca de él, que cómo era cuando niño, que cómo lo recordaba. Me preguntaron también por lo que yo había publicado. En un comienzo creí que era sólo una gentileza, pero el hecho en sí parecía impresionarlas. No entendía bien por qué hasta que desde el fondo de esos años recordé que era él y no yo quien escribía y que si ellas habían ido a verme era sólo para recuperar a través mío al menos una parte de eso. De esas escenas que entonces no les decían nada pero que ahora sí podían sentir.

Era la extrañeza de sus cambios de ánimo. Una transformación que después de las batallas a piedrazos y de los robos que él dirigía (robos en tiendas de juguetes) lo hacían ponerse a recitar poemas que se sabía de memoria como si eso lo aliviara del peso de una violencia que los demás no alcanzábamos a entender. Tiempo atrás había querido volver a encontrarlo; sin embargo, en las dos o tres oportunidades que lo intenté me evitó sin disimulo. Desde la última vez que nos vimos habían pasado cerca de doce años y me pareció percibir en su negativa un reproche, algo que yo le debía y que él me cobraba.

Su madre me contó que se consumió en menos de un mes y supe entonces que había venido a visitarme para que yo le hablara de él, de cómo fue la infancia de su propio hijo tal vez para rescatarla de una agonía en la que ella no estuvo, que no quiso ver y que recién ahora, cuando ya no había remedio, había comenzado a vislumbrar. Me acordé de las golpizas porque sacaba malas notas y de las pastillas, me acordé también del hospital y de la devoción con que él nos hablaba de su padre. Al despedirse las acompañé hasta la puerta y al bajar los ojos volví a ver la silueta de mis zapatos lustrados y un poco más allá el borde oscuro de la calle. Eran dos mujeres

altas y vistosas. La madre rubia, la hija muy morena. Mientras se alejan recuerdo el ondear de las gitanas.

Era el mismo olor a orín y flores marchitas. Dos años después de aquel choque casual con las gitanas volví a sentirlo. Estaba impreso en la humedad de un salón que pretendía ser de baile y en los inmensos muslos de la mujer abiertos bajo mío. Es un minúsculo cuarto apenas separado de los otros por un tabique de cartón y Mauricio nos mira de pie mientras espera su turno. El olor ahora surge de todas partes, de la pringosidad de los pasamanos, de la escalera por donde subimos, del manchado colchón que cubre la cama. Fue en un paseo de curso a San Antonio. Nos arrancamos de los demás y buscamos el lugar preguntándoles a los borrachos y a los vagabundos. Al final llegamos hasta una casa cubierta de calaminas amarillas que quedaba en la subida de uno de los cerros. Juntamos las tres chauchas que nos habían dado para el paseo y una de las mujeres aceptó que subiéramos los dos juntos. No se sacó nada, sólo se levantó la falda y luego, bajándose el calzón, se acostó boca arriba y abrió las piernas mirándonos. Lo hicimos mientras nuestros compañeros veían los barcos del puerto. Yo estaba asustado, imagino que Mauricio también pero se había impuesto no demostrarlo. Regresamos empujándonos y hablando fuerte. Yo tenía poco más de once años. Mi capitán, doce.

No puedo desligar el rostro de Mauricio del personaje de una novela que mi abuela me había pasado poco antes de que él se marchara. Fue dos años después de esa primera incursión y él acababa de salir del hospital. Estaba muy elegante (nos contaba que su papá siempre se fijaba en que estuviese impecable) y nos contó que se marcharía pronto. No imaginé que era inminente. Esa misma semana yo caí enfermo y cuando a los pocos días me

levanté y fui a buscarlo, su hermana me dijo que había vuelto al sur. No puedo separar su cara de la novela como si ambos mundos, los personajes inventados en un libro y el recuerdo de alguien que sí estuvo con nosotros, no fuesen más que los espejos de una misma ficción, de una irrealidad única y destemplada.

Abro las páginas y veo los muros de una ciudad, Cartago, y luego la figura de una sacerdotisa, hija del general supremo del ejército que se deja entrever por unos segundos en medio de las celebraciones de un armisticio. El grueso de la tropa son mercenarios y quien los lidera la retendrá en sus ojos para siempre. El nombre de ella es Salambó. La segunda vez que él la ve, intenta acercársele, pero es rechazado por ella con desprecio, incluso es maldecido. Entonces alzaré a todos los mercenarios tras de sí y atacará a la ciudad que antes había defendido. Los asolará y cercará por el hambre, llegará a los límites de la destrucción y su derrota será también absoluta. En la última página ella está en el estrado real sentada al lado de su padre que ha salvado la ciudad. Como en una nebulosa recuerda entonces los dos fugaces encuentros y comprende que todo lo que él ha hecho, que todos sus crímenes, sus matanzas, el terror que inspiró, ha sido sólo por su amor, sólo para que ella se diese cuenta de que él existía. Lo entiende al mirarlo pasar. Es la tercera vez que lo ve y está entero lacerado, moribundo, encabezando la caravana de los vencidos.

La confluencia de esa derrota final y de ella viéndolo me subyuga hasta el agotamiento. Me emocionan los héroes desdichados, esa magnitud absoluta de la pérdida que no obstante alguien es capaz de rescatar para otros, de salvar aunque sea en el último y más inútil gesto del amor. Pero las tragedias sólo existen si son previsibles, y si no nos fue dado presenciar esa muerte (como no nos fue dado contemplar la apertura del mar Rojo ni los canales de Tenochtitlán ni la estación cubierta de nieve donde una mujer se suicida arrojándose a la línea del tren), podemos sí darle un rostro, como si todas las

novelas no fueran sino formas de seguir mirando a quienes alguna vez tuvimos cerca, a quienes pudieron respirar con nosotros sólo porque son también partes inconclusas del tramado que une la vida con la exactitud a menudo despiadada de los sueños. Mi abuela, la amiga de mi hermana, la cara de un niño, de un niño real que estuvo conmigo, que robó conmigo, que buscó su destrucción conmigo y que ahora no está, pero al que no puedo ni quiero separar del rostro inventado de otro hombre, de un mercenario que jamás existió, pero que al final de mi vida me espera para lacerarse conmigo, por cada uno de mis engaños y mentiras, perdonándome.

La imagen de la virgen del cerro San Cristóbal se dibuja con nitidez bajo el cielo y no deja de maravillarme que esté siempre allí. La puedo ver desde la esquina de mi casa y trato de adivinar si su sombra cae cerca de nosotros. El crucifijo abierto de las calles atravesándose me lleva a una plaza cercana donde nos reunimos con los demás. Uno de ellos se nos hace inseparable y pronto nos acompañará en nuestras expediciones. Se llama Naguib, vive en una casa con minaretes al frente de mi liceo y sus padres son árabes. Es el único de todos mis amigos a quien mi abuela llegará a querer.

Aún voy a la iglesia pero he dejado de confesarme desde ese paseo de curso e intuyo que Veli me contempla cada vez más como si fuera un extraño. Siento que me escruta y yo la abrazo mientras ensayo mis últimos rezos de la infancia sólo por amor a ella. Sólo para que no se dé cuenta de una mancha que nos separa y que en verdad no sé hasta dónde ignora. Siento también que estoy trayendo la peste y que no puedo hacer ninguna cosa para evitarlo. Mi hermana ha crecido, va a un nuevo colegio y no se despega de su amiga. La invitan a veranear con su familia y por primera vez entiendo eso de no ser digno. No soy digno, estoy trayendo la peste, me repito, y quisiera romperme, destrozarme en una pelea, morir de duda y arrepentimiento. Pienso en que nunca he podido hablarle a ella sin enrojecer y sé que son los dos mundos de una desesperación dividida e irreconciliable que habrá de

condenarme algún día a entregar lo más querido. Sigo pensándolo mientras con Mauricio y Naguib abordamos un bus que después de remontar Providencia bordeando el parque debe conducirnos hasta Alameda abajo. Descubro que el cerro y la virgen de su cumbre desaparecen al terminar la arboleda.

Es un destino marcado. Nos bajamos cerca de la Estación Central y doblamos por la esquina de una calle adoquinada. Había con todo algo irónico que tenía que ver con la forma de procurarnos el dinero. Lo juntábamos vendiéndoles a los niños ricos del barrio los juguetes que nos robábamos en las tiendas. Era como un juego vertiginoso y angustiante, en el que nunca fuimos descubiertos, que nos hacía sentir mayores al mismo tiempo que nos entregaba la ilusión de la venganza. No, es mi ilusión: tanto la madre de Mauricio como la familia de Naguib distaban bastante de ser pobres y en ellos, creo, por lo menos ese rencor no existía. Es mi marca privada, mi admiración torcida y mi resentimiento.

La cuadra era angosta y los muros de las casas contiguas se tendían en medio de los colores apastelados que la luz le iba entregando a la decrepitud. Como aves obesas las mujeres se apoyaban en los marcos de las ventanas desbordándolas. Todos los anteportones estaban tapiados con tabiques dejando sólo el hueco de unas puertas bajas y estrechas por las que se entraba. Las seguía un verdadero laberinto de cuartuchos apenas separados por cortinas de baño y el mismo olor ineludible, espeso, impregnándolo todo. Cada cierto tiempo se alcanzaban a distinguir otras siluetas. Unas figuras toscas que vivían allí y que andaban por lo general semivestidas, con enaguas blancas y los labios de hombre pintados.

Por el entretecho del cuarto se cuelan unos filones de luz y afuera Mauricio y Naguib esperan para entrar. No me he sacado la camisa y me aferro con dolor a ese amontonamiento de carne que me apura para que termine pronto. Siento su desnudez blanda, sus gordos brazos alrededor de mi espalda, sus

pelos desgreñados, la transpiración de su piel blancuzca y pegajosa. Levanto los ojos desde el fondo de ese cuerpo hinchado y vuelvo a ver las hojas de los árboles y el edificio donde vive, el parque del frente, mis zapatos lustrados recortándose sobre los dibujos de la alfombra. Como si emergiera de la misma acezante respiración escucho la voz de niña que se va decantando hasta cubrirla. Le tiendo el regalo. Las dos imágenes; la de la enorme mujer debajo de mí y la de su pequeña mano recibíendome el regalo se estrellan haciéndose añicos. Todavía logro escucharla avisándome que vienen las gitanas. Te quiero, le digo a la niña en medio de la brutalidad de los movimientos. Vuelvo a repetírselo en silencio mientras me levanto.

Cuando salgo, el resplandor de la tarde me ciega igual que a la salida de los cines y el griterío vuelve a sorprenderme como el ruido abrupto del mar. Es el ardor de un partido de fútbol jugado con frenesí por los hombres del lugar. Lo hacen ocupando toda la calle y por un momento me parece reconocer el estruendo de la rompiente reventándose y luego el crascitar de los pájaros que levantan el vuelo huyendo de la espuma. Son los mismos sonidos de los pelícanos de Punta de Lobos, la misma torpeza entusiasta, la misma pasión invertebrada de la libertad.

A muchos el sudor ha comenzado a correrles el resto de maquillaje y el chorreo de sus ropas pegándoseles varía desde los ceñidos trajes de baño de mujer, las enaguas de raso, hasta los pantalones con ligas de media ajustándoles las cinturas. Juegan levantando las nalgas, chillando, haciendo gestos femeninos, y entre la algarabía de los otros que se divierten riéndose de ellos me fijo en los zapatos alineados contra las paredes. Todos corren descalzos y la visión de esos pies desnudos tiene una cierta delicadeza. Alguien me dice que cuidan los zapatos para la noche, para el baile.

Ese detalle me hace sentir una felicidad creciente, como si estuviera siendo partícipe de una fiesta, de una finura general que también, pase lo que pase, está trazada en nuestras vidas. Miro la instantánea alegría de esas caras con

colorettes, de esos cuerpos endebletes vestidos de mujer e intuyo por qué esa escena es efímera, por qué tiene que morir. Bajo los ojos y vuelvo a ver mis zapatos sobre la alfombra, luego las baldosas de la vereda, después los escalones de mármol de la entrada del edificio de Eliodoro Yáñez que comienza a granularse, a deshacerse, dejando en su lugar una casa cubierta de calaminas amarillas.

Veo nuevamente a mi hermana que me da alcance mientras regresamos del cumpleaños de su amiga. Ha terminado el día y nuestra abuela nos pregunta que cómo nos fue. Las respuestas nos salen contrastantes y agudas como en esos diálogos de títeres. Afuera ha comenzado la noche y las altas y ruinosas ventanas de la casa le oponen una resistencia apagada, una resistencia que sucumbirá hasta el nuevo despertar. Me desvisto sacándome primero los zapatos que han dejado de importarme y antes de dormir repito las conversaciones que se me han transformado en un hábito. Veo a los seres que me son queridos con la luz de un día que se va deshaciendo igual que una película velada. Poco a poco los rostros se van deformando y me duermo con la sensación de algo que se ha marchado.

Naguib no entiende que se puedan leer libros y menos aún si no traen dibujos. Me lo discute mientras me acompaña durante mi enfermedad. Es una hepatitis de la que tendré varias recaídas. Todos los días va a verme, se arranca del colegio y se va a mi casa. Aparece con colecciones de revistas empastadas que me deja en la noche al irse. Yo le cuento la historia de Salambó y me escucha con paciencia, luego vuelve a las revistas y nos quedamos horas así. Le pregunto por una insignia que lleva prendida siempre a un mismo chaleco (si se lo cambia la insignia ya no está); es un botón de metal verde, blanco y negro con una sigla que dice RAU. Me contesta que es la bandera de la República Árabe Unida. Su padre se apellida Osman y es egipcio. Naguib Osman tiene los rasgos bien delineados, el pelo castaño claro y es hermoso. No se mueve de mi lado y Veli lo quiere.

Muy niño, en casa de la tía Adele, supe por primera vez de una guerra, de una guerra real que estaba ocurriendo en el mismo instante en que vivía. De ella sólo retengo el nombre de un canal: Suez, y la imagen de un ejército que avanzaba cruzándolo. Lo escuché en la radio pegado a Veli. No recuerdo sus comentarios, pero sí el tono amarillento de la luz aún encendida en la pieza a pesar de que afuera ya había aclarado. Me imagino que eran las primeras noticias de la mañana. Al regresar a General del Canto me muestra unas fotos donde está su marido vestido con uniforme de aviador en el medio de un grupo de hombres vestidos igual. Mi abuela me lo muestra con orgullo, es el más alto y detrás de él hay un avión antiguo, con cuatro alas. Fue piloto en la primera guerra mundial y me cuenta que lo derribaron pero sobrevivió caminando en la nieve. Ella conserva el uniforme y a veces lo saca y se queda

mirándolo. Yo también lo miro, con la yema de los dedos recorro los botones dorados, el paño duro de la chaqueta color azul piedra y el dobléz de los pantalones, la brillante visera, el gorro también azul.

El recuerdo de ese uniforme de comienzo de siglo me devuelve al noticiario, a la palabra Suez y de allí a la pequeña insignia que Naguib lleva prendida en el chaleco. Está sentado junto a mi cama leyendo y lo observo. Adosado a una de las paredes del living de su casa hay un tapiz con el retrato de un hombre muy moreno, de amplia sonrisa, que se recorta contra la imagen de las pirámides. Sin levantar los ojos de la revista me dice que sí, que es el presidente de la RAU y que se llama Gamal Abdel Nasser. Lo asocio con el apellido Mussolini y de nuevo regreso al uniforme que mi abuela guarda. Le pido que lo extienda sobre mi cama para mostrárselo a Naguib. El género es rígido y el azul resalta sobre el blanco del cubrecama. Me doy cuenta de que su rigidez es también la de un cadáver.

Naguib habla como si tuviese la lengua traposa intercalando unos «si» que le dan un sonsonete cómico. Se maravilla más allá de lo que esperaba, se queda mirando y suspende sus dedos sobre los botones que todavía relucen sin atreverse a tocarlos. Le pregunta a Veli «si es verdad que su marido era si aviador», «si con quién era si la guerra». Veli nos cuenta de la nieve y de los austríacos. Dice que era invierno y que en Génova nevaba. Yo me siento en la cama y me pongo la gorra. Mi abuela me contempla primero con un aire divertido pero de golpe enmudece, toma el uniforme y se lo lleva. Mi amigo también se queda en silencio.

El que Naguib se haya conmovido me hace mirarlo de una forma distinta. Después de un largo rato sin decir palabra me pregunta ¿si se puso si triste?, y yo le contesto sí, se puso triste.

Es el anticipo de un compromiso que pocas veces volveré después a sentir. Es un compromiso en la pureza. Más sorprendente aún porque él, a diferencia de Mauricio, no cargaba con dramas visibles. Su padre era un hombre

risueño, rubio y corpulento y su madre silenciosa, pequeña y morena. Como decía, atravesábamos las calles que nos llevaban a los tugurios más sórdidos y pobres que existían entonces y entrábamos apenas, como visitantes, como niños, en las ruinas de un mundo regido al final por la inclemencia y una extraña forma de alegría, brusca e imprevista, como los hombres que jugaban a la pelota descalzos. Era una especie de fiebre que compartíamos los tres, pero que en Naguib y Mauricio tenía signos opuestos como si entre ambos juntaran todos los rasgos de la bondad y de la autodestrucción, de la inocencia innata y del forzamiento. Yo estaba en el medio de los dos envidiándoles en secreto sus fortalezas opuestas y haciéndome parte de sus debilidades. Creo que era eso lo que nos hacía internarnos en los barrios de las mujeres entendiendo que lo que se llamará después triunfos o derrotas comienza siempre con un acto de humillación compartida. Las buscábamos, nos hacían gestos con las manos y entrábamos siguiéndolas, esperándonos a la salida para volver juntos y contarnos las mentiras que nos divertían. Empiezo a darme cuenta de que no son ellos los que me llevan, el que los lleva soy yo. Cuando ya no quieran acompañarme iré solo, hurgaré en cada milímetro de esos colchones húmedos y sucios, en ese laberinto de mujeres gordas y de pequeños cubículos estampados sobre un olor asqueroso y magnífico.

Es parte de una guerra infinita que no cesará nunca. Me aparto dejándome caer de lado y durante un segundo me quedo tendido sobre el colchón mirando los angostos trozos de cielo que se dejan ver entre las planchas del techo. La mujer sentándose me apura para que me levante y yo alcanzo a imaginarme el avión de cuatro alas cayendo y de inmediato la abrupta muerte de mi abuelo cuando lo esperaban y no llegaba. Entre los filones de luz busco mis pantalones y zapatos que están tirados en el suelo como otros tantos cuerpos muertos.

Siempre regreso a pie. Es una larga caminata durante la cual la ciudad se

va partiendo en una única avenida igual que un cuchillo que avanza. Al dar vuelta la esquina del callejón me sorprende el brusco golpe de la vida abierta. Me sorprende como si fuera un despertar al que seguirá otro y más adelante otro y otro y así hasta la muerte. Camino entremedio de los interminables puestos ambulantes y de los voceos que se estrellan contra las batientes de las fuentes de soda y de las casas que se han transformado en tiendas. Es un mosaico de colores grisáceos relleno de gente, de cuerpos enfundados en camisetas y pantalones anchos, de teteras que humean dentro de los quioscos, de grupos de niños sin zapatos que corren con una agilidad asombrosa sorteando los braseros de los quioscos de frituras. Las mujeres que ahora miro y las del callejón no son diferentes, es la misma gordura y las mismas facciones de mejillas flácidas y sebosas. Sólo el aire ha cambiado, la omnipresencia del olor, la sudorosa juntura de los senos ahora ocultos.

Las aceras por las que avanzo se van haciendo cada vez más anchas anunciando la proximidad del centro. Los edificios que aparecen tienen esa uniformidad pretenciosa de lo que quiere ser oficial y me fijo en la plancha de bronce ubicada sobre la entrada de uno de ellos. Es el Ministerio de Educación y he pasado antes por allí. Lo he hecho junto a una multitud de niños y jóvenes deteniéndome para arrojarle piedras y después huir en medio del estruendo de las bombas lacrimógenas y de los carros lanzagua. Fue durante una protesta de estudiantes secundarios. Es 1963 y gobierna Jorge Alessandri, el mismo que mi abuela quería y a quien cinco años antes yo había avivado junto a dos más en el patio amarillo de las preparatorias. Todos esos regresos, el del callejón de las mujeres y el de esa marcha de los estudiantes, se me confunden y por un instante no sé quién soy.

Hace tiempo que dejé ese antiguo patio para pasar al de los cursos de la secundaria. Su tamaño es casi el doble del anterior, tiene baldosas verdes y durante todo el tiempo que duró la preparatoria sólo pude entreverlo como si se tratara de un lugar fascinante y prohibido. En realidad este nuevo patio es

la miniatura de un país que he comenzado a presentir. Está el comercio donde los más pequeños son la moneda de intercambio, la inalterada brutalidad de las golpizas y de las pandillas y, de tanto en tanto, los ojos acuosos de los desprotegidos, sus miradas serviles y dulces. Una mañana un grupo de alumnos mayores pasa gritando y nos obliga a que lo hagamos también. Varios de ellos se amontonan empujándose sobre un banco para llamar a los demás en medio de un estruendo creciente. La escena se repetirá en todos los recreos y yo los sigo sin saber bien de qué se trata. Escucho la palabra huelga y el sonido de unas consignas que se me quedan pegadas como un martilleo incesante. A mi lado han comenzado a corear un apellido. El griterío se va haciendo cada vez más fuerte y distingo a un muchacho delgado y pálido, de abrigo café, que está un par de cursos más arriba. Ha comenzado a hablar con ardor, agitando los brazos, y sus ojos tienen un brillo que después habré de reconocer en todos los derrotados.

La presencia de los inspectores y luego el sonido de la campana nos hace regresar a las salas. Mucho tiempo después me acordé del nombre que coreábamos: Francisco de la Fuente. Lo volví a ver en una fuente de soda barata, cerca de la calle República. Fue en 1975 y opté, como era usual en esos años, por la precaución de no hablarle. Estaba sentado en el mesón y no había cambiado demasiado. Tenía la cara un poco más hinchada y mantenía algo de ese estupor pálido de la juventud. Sin embargo, tal vez eso mismo me hizo presentir el arrasamiento, lo perdido para siempre. Era noche y quise salir junto a él, sentir por un segundo su cercanía. Se detuvo en la puerta a contar algunas monedas pero la inminencia del toque de queda me hizo dar vuelta y apurarme.

La entrada del liceo está cerrada, es mañana temprano y los alumnos van amontonándose afuera como una mancha que crece. Poco a poco el grupo empieza a desplazarse por Providencia ocupando toda la calle. Avanzamos hacia el centro y al poco rato veo levantarse las primeras banderas rojas que

contemplo en mi vida. Sin saber cómo me sorprende sosteniendo una. Ignoro quién me la ha entregado y no me importa. La hago ondear con entusiasmo sin dejar de mirarla tropezándome con los que marchan a mi lado, absorto, como cuando ensayo mirándome al espejo. Al terminar Providencia nos sumamos a los que vienen desde otros colegios y en cada encuentro las consignas y los gritos se reanudan como un animal que vuelve a respirar.

Ninguno de mis amigos de barrio participa en esas marchas y no comprenden por qué yo lo hago. Intuyo algo que nos separa pero tampoco lo entiendo bien. Sólo sé que me divierto, que me río y que me siento feliz entre tantos. Desde la ventana observo a Naguib que golpea la puerta buscándome y no me importa que no le entusiasmen esos desfiles. Miro sus contornos definidos, su nariz recta como la de las estatuas antiguas, su pelo corto y castaño y me alegro de que haya llegado.

Las largas columnas se funden en el parque Forestal. Vienen desde distintos barrios de Santiago y es como si al entrar cada uno de los árboles y de las flores se abrieran solamente para nosotros. Poco a poco los gritos de los distintos colegios comienzan a apagarse. Yo también me recojo para escuchar en silencio a los que hablan. En su desbande esas palabras parecían remontar las ramas de los inmensos árboles para caer después atraídas por los centenares de rostros infantiles abiertos sobre el pasto. La precocidad de los oradores es sorprendente, sin embargo los discursos me aburren pronto y los olvido, pero no sus gestos ni el renovado ritmo de las consignas cuando terminan. Yo los miro con atención. Sigo los ademanes de sus manos y de sus brazos, el color raído de sus uniformes, los infaltables rasgos morenos y el sonido de las frases que se me borran.

Son cientos de estudiantes delineándose entre los árboles del parque. Veo las hojas moverse bajo el viento helado y me doy cuenta de que nosotros también nos movemos. Contemplo el amontonamiento de las caras sonrientes, de esas precarias chaquetas azules y camisas con las corbatas

sueitas, de los bolsones, de los zapatos siempre desabrochados, y la felicidad que experimento me hace sentir cada molécula del aire, la proeza de cada una de las ramas y de las hojas, de todas las voces del parque y quiero que esta escena no termine. Quiero quedarme dormido para que no cese nunca. Agitándolo, el pabellón de las Juventudes Comunistas se abre en lo alto como un suspendido clavel rojo.

Lo que sigue no dura más que un instante. El enorme grupo vuelve a ponerse de pie y me veo corriendo entre las apretadas calles del centro. Todo termina cerca de las dos de la tarde, en medio de grandes batallas campales con lluvias de piedras y huidas donde me caigo empujado por los chorros de los carros lanzagua. Retorno a mi casa aislado del resto que ha emprendido otros rumbos. Camino con la ropa empapada. Entiendo entonces que todos los regresos son desoladores, que al menos para mí lo serán siempre, por el resto de mi vida. Recuerdo la bandera roja y sé que la dejé caer al primer susto, a la primera arremetida.

El sol comienza a entibiarme la ropa sobre la piel y siento ese calor frío que arroja la luminosidad de la temprana tarde en el invierno. El cielo del retorno es siempre implacable y mis pasos me resuenan como si fueran el eco dentro una inmensa bóveda vacía. Me parece sentir que alguien escucha mis pasos, que alguien me mira. Cruzo las bocacalles mirando el suelo y por las sombras distintas de los árboles sé que he llegado a Providencia. Pienso en todas las veces que he hecho este camino de regreso. Pienso que después de todo no es tanto. Que el callejón de las mujeres queda más lejos.

Tengo la cara de un monstruo, me repetiré años más tarde. Decido marcarme para siempre y dejo que el fierro se ponga al rojo en el fuego del calefón. Tengo la cara de un monstruo, me repito, mientras me quemo la mejilla, la cara del jorobado de Notre Dame.

Han comenzado los primeros enfrentamientos con mi abuela. Le discuto todo lo que afirma y me complazco en decirle que todos mis amigos son

comunistas. En general sólo me mira con sorna pero ahora, al verme entrar con la ropa mojada, se levanta con brusquedad ordenándome que la acompañe. Es una orden perentoria y la sigo exhausto, sin cambiarme. Tomamos una micro y me doy cuenta de que me lleva al cementerio. No me habla durante todo el trayecto y ha dejado a mi hermana en casa. Como siempre, compra afuera algunos ramos de claveles y sin decir palabras entramos. Presiento la tormenta, esta vez no me detengo a mirar la inscripción que está sobre la entrada: «Ancha es la puerta, pasajero avanza», y apenas reparo en los grandes mausoleos que van cediendo su lugar a los paredones repletos de pequeñas lápidas cuadradas. Caminamos sin hablar hasta que damos con la puerta del nicherío y subimos por la escalera de fierro que nos lleva adonde están mi padre y mi abuelo. Le dice a uno de los niños que siempre están en el lugar, niños descalzos como Óscar el limosnero de General del Canto, que le traiga agua y le entrega los tarros con las viejas flores ya resacas. Acomoda las nuevas repartiéndolas entre las dos tumbas y luego, hablándome por primera vez desde que salimos, me dice que me arrodille. Le obedezco, pero ella vuelve a ponerse de pie y mirándome con furia me dice: Tú estás peor, vas derecho allí si es que no estás ya allí. Toma, me repite, mientras me empieza a pasar los claveles que le han sobrado, estos los compré para ti porque estás más muerto que esos dos.

Pienso que me abofeteará pero no lo hace, sé que estoy cansado y que la ropa no se me ha terminado de secar. Mientras vuelvo a dejar las flores en las dos lápidas comienzo a llorar. Llora por ella y por mí. Por ella, porque ya no creo en las cosas que me afirmaba, no creo que mi padre se sonría o se enoje contemplándome desde una fotografía y su tumba es sólo un cuadrado de cemento. Por mí, porque era tan bella la muchedumbre en el parque, los gritos, las caras entremezclándose con los tonos del pasto. La miro y veo su furia, su cara ajada y le digo en silencio que ella fue todo para mí, pero que ya no podré sino hacerla sufrir.

Las cuencas de sus mejillas chupadas hundiéndosele por entre los costados de la boca me hacen sentir el súbito impulso de besarla, de abrazarme a sus rodillas y pedirle perdón como lo hacía mi madre, pero temo su rechazo y me seco los ojos en silencio. Ella se ha quedado también absorta y puedo ver la inmóvil transformación de una cara, el paso de la ira al vacío. Se vuelve a arrodillar y hace la señal de la cruz, reza un rato en murmullos, y luego, como cerrando un ritual, toca ambas lápidas con la yema de los dedos. El gesto me indica que ha terminado.

La tarde se ha venido encima y el horizonte está enrojecido. Siento el peso de ese rojo sobre mí y veo más adelante la cabeza grisácea de mi abuela que se dirige a la salida sin darse vuelta, pequeña y encorvada entre los interminables muros del Cementerio General. Sus palabras no tienen tiempo e imagino una tumba con mi nombre entre las otras y miles de banderas ondeando como los claveles sobre el cielo. Sobre el cielo encendido.

Una semana después caí enfermo. Las clases se habían reanudado igual que siempre mostrándome que nada había sucedido que no pudiese ser parte de los sueños. En el patio busco a los dirigentes como si yo mismo dudase de la consistencia de las cosas mientras un creciente mareo me separa de mí como si cada uno de mis nervios fueran el armatoste de un vehículo que bambolea envolviéndome. Las nubes presagian la lluvia y tienen el mismo color del uniforme de mi abuelo que Veli acaba de llevarse mientras Naguib la mira.

El tiempo que estoy en cama es un pequeño oasis de calma. Un compañero de curso me tiene al día con los cuadernos y las crecientes discusiones con mi abuela han dado paso a un mundo de recuerdos que ella me cuenta como si los dictara. Al atardecer enciende la gran radio del comedor y escucha la hora de Italia y sus canciones. Acompaña las letras con una voz cortada y aguda y me dice que las escuche. Sin querer, sin proponérmelo veo su mar y la palabra Sorrento. La pieza angosta y alta recorta la cama donde todavía

duermo con mi madre. Sus larguísimos muros caen a pique como un precipicio y el mar abajo (me diré años después) era transparente y luminoso, cálido, igual que en sus recuerdos. Nado bajo una de las grutas de la costa amalfitana. La entrada es verde y las paredes de la caverna color esmeralda por los reflejos del sol sobre las pequeñas olas. Nado sumergiendo la cara y pienso que es extraño llorar y al mismo tiempo estar nadando con la cara sumergida en el agua.

Tulia Zurita Inostroza es la hermana mayor de mi padre y su marido se está muriendo. Lo digo porque se está muriendo desde hace dos años y no se muere. No ha vuelto a despertar. Está en una clínica, conectado a un respirador artificial y duerme.

De todos los hermanos de mi padre ella es la única que vive. La historia de su familia se remonta al sur, entre la ciudad de Los Ángeles y el río Laja, y es una enfebrecida saga de vidas cortas, que parecían marcadas, y que llegué a conocer por casualidad sentado en la mesa de un pequeño local de bebidas. He tratado de recordar el año, en qué curso estaba, pero las caras de mis compañeros fueron por mucho tiempo las mismas y sólo sé que aquella vez nos habíamos arrancado del colegio, que éramos cuatro y que estábamos sentados en la mesa que quedaba cerca de la entrada. De tanto en tanto nos hacíamos guiños observando a los que llegaban a través del espejo de la pared del mostrador.

Los rayos de sol se colaban por entre las celosías de la puerta. Era un almacencito tranquilo, de barrio, que habían transformado en puesto de bebidas añadiéndole tres mesas y que hoy tengo la sensación de que no pudo existir sino de esa forma, inundado por esa oblicua claridad que se deja traslucir en las horas tempranas. Sigo a través del espejo los ademanes de mis compañeros, los movimientos de sus manos y luego el rostro de una mujer de edad mediana, que no he visto antes, y que a su vez me mira con insistencia. Presiento que en algún momento me va a hablar y la espero. No se acercó de inmediato, hizo primero el ademán de un saludo y después acomodó su silla detrás de la mía. Al escucharla tuve la sensación de que me hablaba al oído.

Yo veía mi cara por el espejo y detrás el cuidadoso maquillaje de sus mejillas levantándose desde unos labios imperceptibles.

Era el tono de una voz monocorde y sin secretos. Me dijo que había oído por casualidad mi apellido (entre los estudiantes de liceo nos llamábamos siempre por los apellidos) y quería preguntarme si mi padre era del sur, de Los Ángeles. Cuando le contesté que sí pronunció su nombre completo. La historia que siguió fue un torbellino de muertes prematuras y de maldiciones. El origen estaba en un crimen: después de quedar viuda mi abuela paterna vivió con un hombre que asesinaría a su madre, a mi bisabuela. Así comenzó, me dijo, y al poco tiempo comenzaron a morirse todos sus hijos. Sólo sobrevivió la mayor y por poco tiempo más también tu papá. Los otros duraron lo que un suspiro; tuberculosis, tifus, accidentes. Tu padre había entrado a estudiar ingeniería en Santiago pero ya estaba enfermo y no alcanzó a terminar. Conocí también a tu mamá un poco antes de que se casaran. Cuando él murió yo ya había regresado a Los Ángeles, me dijo. Mis amigos discutían sin reparar en nosotros mientras ella continuaba hablándome y yo sentía sueño, un sueño lento y turbio que me iba arrastrando entre las emboscadas orillas de un río oscuro para volver luego a mi cara sobre el espejo.

Mi madre ya me había hablado del Salto del Laja. Me dijo que la familia de mi padre vivía en un campo de bosques con una casa cerca del río donde ella en realidad nunca estuvo. Esa mañana la mujer me agregó que era una casa de madera alta y amarilla, de dos pisos, oscurecida por las sombras de los árboles. Es un peso, algo que yo mismo llegué a sentir en el sur; una opresión que se va condensando con las interminables lluvias y que cada cierto tiempo estalla en algún hecho de sangre. Recuerdo la primera vez que vi el Salto del Laja. Iba en un bus que se detuvo frente al cañón que lleva a la cascada. Me aposté en el mirador y recordé que la mujer había estado a mi lado describiéndome.

Trato entonces de evocar la mañana en que un grupo de estudiantes se había arrancado del colegio y corría empujándose en medio de las calles. El color todavía entumido de la luz me hace pensar que se acercaba el final del otoño o quizás el comienzo de la primavera, no lo sé. Más allá la escena termina borrándoseme y regreso a la casa de dos pisos que nunca vi, a la casa amarilla sombreada por los árboles. No sé tampoco si volví a encontrar a la mujer. En todo caso si sucedió lo olvidé de inmediato, pero he llegado a imaginar que podría reconocer su voz extrañamente plana, monocorde. Yo también la había escuchado sin curiosidad, sin ninguna emoción, como si todo lo que decía no guardara la más leve relación conmigo. La escuché hasta donde pude y luego me invadió esa somnolencia temprana que por muchos, por demasiados años, fue el único sentimiento que fui capaz de experimentar: no sentir nada.

No hace mucho volví a preguntarle a mi madre. Me respondió que eran leyendas, cuentos demasiado antiguos y sin más canceló el tema. Sin embargo lo volvió retomar en uno de los aniversarios. Me contó que mi padre nunca hablaba de su mamá, sólo de su abuela y que ella tampoco quiso preguntarle. Tu abuelo también murió muy joven, me agregó, y creo que fue para decirme que la madre de él era viuda cuando convivía con quien desencadenó la tragedia. Presiento que el hincapié en ese detalle es la forma que ella tiene de hablarme de cosas que sí le importan. Con los años ha terminado por convertirse en una moralista o quizás lo fue siempre. Me impresiona ahora su robustez, la seguridad que ha adquirido. Como decía, queda una hermana de mi padre y su marido. Se llama Rafael Castro y se está muriendo.

El tío Rafael es de pequeña estatura, usa sombrero y anteojos negros que jamás se saca y una mezcla de chaquetas y gastados pantalones de paño gris que dan la impresión de quedarle grandes. Todos los fines de semana me pasa a buscar para llevarme a ver películas de cowboys en los rotativos de la calle

San Diego y cuyas acciones celebra con un entusiasmo desbordante. Tiene una colección de novelas de Zane Grey y me habla del lejano oeste, así lo llama: «El lejano oeste». Me cuenta de sus aventuras y personajes con una pasión en la que cualquiera podría haber adivinado la típica melancolía de los hombres bajos. Vive en el interior de un cité de la calle San Francisco. Son dos callejones de casitas que se abren desde un par de portales enormes y que rematan al final en un patio de tierra con los restos de lo que alguna vez fueron dos toboganes y un columpio. La casa tiene sobre el techo un cuarto hechizo de madera al que se sube por una escala de mano. Desde allí se pueden ver las tres cúpulas de la iglesia de los Sacramentinos y si el cielo está despejado también el muro grisáceo de la cordillera.

Fue un tiempo feliz. Nunca alcancé a sentir la angustia de quedar esperándolo y cuando llega se queda largo rato conversando con mi abuela. Sin sacarse el sombrero gesticula contándole episodios de peleas a puñetazos que invariablemente comenzaban diciendo: «Y yo, señora, parecía un pajarito al lado de él», y en las que también invariablemente resultaba vencedor (sus historias, al igual que las novelas que coleccionaba, no se caracterizaban por sus matices). Es curioso, pero ya he hablado de los afectos de mi abuela y me doy cuenta de que a él le tiene cariño. Con mi madre en cambio se detestan y creo que jamás los vi saludarse. Ella lo hace pasar sin mirarlo y de inmediato el tono de él cambia. Se cala todavía más el sombrero y los anteojos oscuros y luego, como si estuviese entregando un parte militar, le informa del arriendo de un campo que les quedó por parte de mi padre y de la tía Tulia en las orillas del río Laja. Eran unas tierras míticas con las que yo y mi hermana soñábamos y que si de verdad existieron nunca llegamos a conocer.

No, ese campo también existe y todos los años mi primo le entrega a mi madre un pequeño rédito por él. Una suma insignificante, pero que me prueba su realidad. Existe, me repito, está al lado del río y es el mismo lugar donde ellos vivieron. Reitero y me reitero a mí mismo una y otra vez lo que es

cierto, lo que es real, porque lo único que puedo tocar de mi padre y de todo lo que se asocia a él es tan leve e incorpóreo como la textura misma de su muerte y de esas muertes múltiples, como el recuerdo del hombre que hoy duermo. Mi madre se levanta del sillón y su cuerpo deja su molde en el cojín hundido, su huella demasiado rotunda. Su nariz es grande como la mía, como su larga cara. Debe ser duro, pienso, seguir soñando con la finura del amor en un cuerpo tan pesado.

Repito que fue un tiempo feliz. Después de llevarme a su casa y de las cinco horas de cine, emprendíamos largos paseos por calles sorprendentes y sucias, repletas de bares y de rotativos con nombres de santos. Yo regresaba exhausto a dormir en la cama que tenía sólo para mí en el cuarto de mis dos primos. Ambos eran estudiantes de ingeniería y yo no hacía mucho que había terminado la preparatoria, sin embargo su padre me hablaba a mí. Una mañana sube conmigo al cuarto hechizo donde me muestra un reluciente aparato de metal que está construyendo. Es un transmisor de radio. Me dice que no lo cuente, pero que me lo regalará cuando esté listo. Vuelvo a mirarlo y un mareo comienza a ascenderme desde el estómago, me imagino hablando, me imagino los países. Con brusquedad me doy cuenta de que no llegué a saber si lo terminó.

Dejé de verlo a los trece años y fue para siempre. Tengo grabada con exactitud la tarde, el color del cielo acuoso, incluso la sombra de los árboles. Habíamos salido recién de clases y yo estaba con varios de mis compañeros de curso conversando en la vereda de Providencia. De pronto alguien me dio un apretón en el brazo y cuando vi que era él, ya estaba cuatro metros adelante y en lugar de correr detrás y saludarlo me quedé inmóvil siguiéndolo con la vista. Es probable que me haya esperado porque me pareció que se detuvo en la esquina más tiempo del que necesitaba para cruzarla. Todo pasó en unos pocos segundos. Nunca más volvió a buscarme y la última imagen que guardo de él es la de esa tarde: el cielo acuoso cayendo sobre los árboles

y abajo el sombrero y la espalda de un hombre de pequeña estatura que se alejaba por la vereda.

Mientras escribo esto se me viene a la mente que todos los hombres que conocí de niño, sea cual sea la razón, fueron buenas personas conmigo. Es muy fácil deducir que en todos ellos buscaba un padre, pero cuando de verdad lo busqué —porque una vez sucedió— yo ya era un adulto. Muchas personas en mi vida me hablaron de él: mi madre, la tía Fernanda, la señora del pequeño almacén. Mi abuela me contaba que estando ya muy enfermo, se había levantado porque yo quería ir a al parque. Todos decían tu papá era esto o esto otro, o hizo tal cosa o hizo tal otra, y me doy cuenta de que era esa palabra la que me lo hacía incorpóreo. Qué es papá. Nada, un golpe de aire en dos sílabas que explotan: pá-pá. Me doy vuelta porque escucho mi nombre. Mi tía Tulia con mi madre hablan de Raúl. No, no soy yo, es él. Tengo once años y por primera vez puedo sentirlo.

Hablan también de una de las hermanas. Se llamaba Yolanda y era la menor. Mi madre me contó después que no alcanzó a conocerla, pero que Raúl siempre le hablaba de ella. Fue la hermana que tu papá más quiso, me dijo, y murió a los dieciocho años. Lo recordé no hace mucho y tampoco en ese momento le presté atención. Creo que alguna vez mi abuela le dejó unas flores y que yo vi esas flores y la tumba. Después me he visto inventándole un rostro que se aleja como si también formara parte de un tiempo extraviado donde trato de pesquisar mis propios rasgos, el mentón hundido que disimulo tras la barba, el cuello largo, una desproporción entre el tamaño de la cabeza y el de los hombros que también es un poco la de mi madre.

Es un universo de caras que se me pegan, que se acumulan detrás de mi piel y una de esas caras ha de ser la de Raúl Zurita Inostroza, otra más lejana ha de ser la de mi abuela paterna. También en alguna parte estará la cara de la hermana preferida, de Yolanda. De improviso siento que todas esas muertes prematuras están grabadas en alguna parte de mí como un mensaje, como un

mandato para que sobreviva. Miro el movimiento de mis dedos escribiendo y siento la extrañeza de esas muertes cercanas, de esos cartílagos, de una mano más pequeña que la mía y que es como imagino la mano de mi padre.

Boca arriba, tendido con los brazos abiertos sobre la blancura de un desierto interminable, otro hombre los evoca a todos ellos y se repite que no quiere.

Más acá, sobre el cajón del río Maipo, la tarde continúa avanzando y en unos momentos más las luces de todas las calles en que viví habrán de encenderse. Sucederá pronto, me digo, y por un instante me encandila esa indiferencia de las cosas; de la luz, de los ciclos del día, de las estaciones.

Esa indiferencia está también impresa en un sueño que se me ha venido reiterando en los últimos años. Había pétalos y sangre. Un hombre está tirado boca abajo encima de una cama abierta y unas rodillas en su espalda le aprisionan los brazos impidiéndole cualquier movimiento. El puño cae una y otra vez sobre la cara ladeada que poco a poco se va cubriendo de sangre manchando la blancura de la sábana. La luminosidad de la mañana entra a raudales por la ventana de la pieza y todavía alcanzo a distinguir a través de ella un trozo del poste de luz de la esquina y al lado el torcido árbol que ha terminado su florecimiento. Imagino que la brisa habrá de barrer pronto los pétalos que han caído. Imagino también que toda la calle ha de estar cubierta con esos pétalos pequeños.

Es un recuerdo de adulto que menciono aquí porque tengo la certeza de haberlo comenzado a construir temprano. Empezó, creo, en el colegio de Padre Mariano y siguió a los doce años, cuando presencié la pelea de dos de mis amigos en una plaza vecina. Uno de ellos era Mauricio (el otro era el hijo del portero de un edificio del barrio) y su boca se cerraba mordiendo la cara de su rival. Abajo el hilo de sangre resbalándose desde la mejilla caía sobre la vereda, entre los pétalos que el viento había arrancado de los árboles en flor. Por momentos el sonido de la brisa moviendo las hojas parecía hacerse uno con los jadeos de esos dos cuerpos que se golpeaban con furor revolcándose

sobre la vereda. Después de una avalancha de golpes de puños y pies, los dientes separados de Mauricio habían logrado hundirse en la cara del otro y los agudos chillidos rompían la tarde. La mejilla es tersa y resalta como un pequeño conejo blanco entre los labios que la apresan. Sé que si siguen así terminará por sacarle el pedazo y que su boca habrá de escupir después el montoncito ya blancuzco empapado de saliva. Lo pienso con náusea y siento el trozo de carne de mi corazón. Está atascado en mi garganta y trato de desprendérmelo mientras los dos rostros llenos de mocos y de sangre continúan pegados como si el acto del amor y el de la muerte no fuesen más que las dos caras de una misma cacería, de una destrucción idéntica. Sabré, pero será mucho tiempo después, que la agudeza de esos gritos era idéntica al graznar de los cuervos. De los cuervos en los postes.

Sin saberlo ha comenzado para mí la edad de la sangre. No es la primera vez que veo a mi amigo pelear, pero ahora es distinto. Es la irrupción de una crueldad fija e inmutable, anidada en el fondo de las cosas, que ninguno de los dos rivales podía prever y que los sobrepasa moviéndolos como si se tratara de un dínamo, de un motor secreto cuyos estallidos de tanto en tanto emergen a la superficie quizás para recordarnos el inevitable regreso a la Tierra. No, no a la Tierra; a las cicatrices de la Tierra, a sus heridas gemelas a las nuestras, a los acantilados que se abren entre las montañas y en el borde de las costas como si fueran tajos humanos. La fisonomía de ese semblante que quedará marcado y de las agudas huellas de los dientes tiene también el sello de una erosión que no parará hasta el término de todo. Quisiera adivinar la forma que tendrá la costra en esa cara rota, cómo cubrirá las grietas, el precipicio de sangre abierto en la piel.

El retorcimiento de esos cuerpos peleando me provoca al mismo tiempo una atracción que me impide hacer algo para que se detengan. Acercó mi mano mientras se debaten en el suelo y toco con suavidad la camisa de uno de ellos. Maquinalmente mi intento por separarlos termina transformándose

en una caricia y por un momento percibo que me gustaría fundirme y apagarme bajo esos golpes, renacer apretado entre ambos, aferrarme a ese calor de vida que tienen las criaturas en las poses del abrazo o del odio. Los árboles y los bosques luchan, las ramas, las hojas recién nacidas y entiendo ese torcido crecimiento contra el cielo, el renacer de las flores y de las plantas, la resistencia que les oponen las piedras y las malezas. Al final es el cansancio el que logra apartarlos y entonces se quedan juntos, recostados en la vereda. Poco a poco sus jadeos se van transformando en sollozos y yo también siento el deseo de llorar. Cuando por fin logran ponerse de pie, la oscuridad de sus sombras alargándose bajo las luces de la calle da el último contraste con los brotes amarillos de la primavera.

Con los brazos me aprieto los hombros, ha refrescado y no llevo puesta más que una camiseta delgada. Ayudo a Mauricio a caminar y juntos nos vamos alejando hacia nuestra calle. Siento su sudor y los gemidos mientras la plaza va quedando atrás. Naguib no está y me llama la atención la soledad, el que nadie salvo yo los estuviera mirando. Al sostenerlo el frío va cesando.

Sé que mi abuela me espera y regreso a mi casa deprisa, con angustia, mientras las arcadas me suben por la garganta llenándome la boca. No puedo desprenderme de la imagen de esos labios pegajosos de sangre y saliva, de esos dientes que se muerden haciéndose pedazos. Siento los espasmos incontenibles que acompañan a la náusea y luego el frescor del viento que hace revolotear las diminutas flores caídas en el suelo, las flores que nos acompañarán durante todo el retorno. Esos pétalos estaban también frente a la casa de Mauricio. Se vino apoyado en mí y lo dejé en su puerta. Mientras caminábamos la respiración de su llanto afónico, irreplicable, se me pegaba en la mejilla como un fierro hirviente.

Diez años más tarde, en Valparaíso, volví a sentir ese llanto. También habían comenzado a florecer los primeros brotes de la primavera y la neblina matinal cubría por completo la costa como es común en esa época del año.

Yo yacía boca abajo con las manos en la nuca, tirado en un enorme patio de arena y sus filosos granos se me incrustaban en la cara. Arriba los colores chirriantes de la bandera ondeaban blanqueándose en la niebla con esa indefinición pastosa que a menudo tienen los sueños. Recuerdo que el océano se fundía con el gris del cielo, ese gris mojado, estéril, como la nada, y que el peso de los soldados que corrían echando carreras sobre nuestras espaldas contrastaba con la levedad de la bruma, con su finura cenicienta y vacía.

El inmenso patio se recortaba abajo circundado por unas construcciones bajas y postes con altoparlantes en las esquinas. Nos trajeron en camiones y lo primero en verse fue el largo murallón almenado, luego el camino de tierra que iba descendiendo en espiral y en el fondo, como si surgiera desde las profundidades de una excavación, el abrupto rectángulo repleto de gente. Apareció de golpe, tras una de las tantas vueltas. Alcancé todavía a correr unos metros entre los culatazos de los soldados que nos estaban esperando y caí. Sentí entonces los pedruscos del suelo enterrándoseme en la cara y unos segundos después los tacones de uno de ellos saltando sobre mi cabeza. Al volver a abrir los ojos, los altoparlantes emitían los primeros acordes de la canción nacional y los soldados nos ponían de pie a patadas. El viento me dio en la cara y vi a los otros. La bandera se iba elevando al frente. Pensé: Es sólo un trapo, pero no era un buen momento para discutirlo. Canté la canción nacional y quise que no acabara nunca. Cuando terminó, escuché el lejano sonido del océano como si se filtrara a través de la niebla y cuando me arrojaron de nuevo al suelo, descubrí que el sonido nos llegaba a través de la tierra. Recordé de pronto las rompientes de Punta de Lobos estrellándose contra las rocas y pensé que era increíble la resistencia del cráneo.

El cielo ha comenzado poco a poco a despejarse y desde el suelo siento el estrépito de los camiones poniéndose de nuevo en movimiento. Cuando con Veli y mi hermana vi los primeros camiones militares de mi vida pasar a toda velocidad por Providencia el aliento de nuestra respiración esfumándose me

hizo creer que el vapor que me salía de la boca era mi alma. Sin proponérmelo me veo mirando de nuevo la antigua noche y la prisa de los dos niños que regresan a su casa apretados a la falda de su abuela. El más grande levanta y gira la cabeza para poder seguir su hálito que tiene esa textura deslavada de las fotografías demasiado expuestas. Por un momento tengo la certeza de que el pasado fue un invento y que recién ahora he nacido.

Sigo creyéndolo hasta que vuelvo a contemplar la blancura de mi aliento elevándose entre los cuerpos caídos y me doy cuenta de que es irónica esa reciedumbre con que sobrevive lo débil. El lejano olor a yodo que ha subido desde la playa me vuelve a hacer pensar en la sobrevivencia y poco a poco percibo que el soplo de mi aliento transfigura el color plateado de la bruma. Está la bruma y la aspiro una y otra vez expulsándola de mi boca. Soy, me digo, aspirando la bruma. Esa bruma transfigurada es mi alma y soy, me repito.

Sé que esa mañana también forma parte de los recuerdos que he venido describiendo. Dije antes que quien escribía era Mauricio y no yo. Dije también que no quiso verme cuando lo busqué antes de la visita de su madre. Él era mucho más intenso, más extremo y profundo que yo, y esa suplantación se me clava con vergüenza como si estuviese usando palabras que estaban destinadas sólo a él. Ignoro si eso tuvo que ver con su rechazo, pero quisiera disculparme, decirle estas cosas. El cielo del Cajón del Maipo ha adquirido los tintes de la tarde que cede y el espectáculo de las nubes enrojeciéndose me hace volver a esas escenas como si ellas también estuvieran suspendidas en un lugar que no alcanzo. ¿Sobrevive alguna cosa o sólo es real el río inacabable, el río de las palabras que he robado? No llegaré jamás a saberlo. Como si salieran del fondo de un pozo vuelvo a sentir los sollozos de Mauricio adheridos a mi mejilla, luego mi cuerpo aplastándose contra los otros en el camión y entiendo que de todo lo que podría vivirse apenas somos dueños de algunos retazos, de unos pocos jirones incompletos

de los que también nos vamos desprendiendo como esas lloronas que se rasgan las ropas.

La pesadilla que comenzó a construirse en la infancia con los golpes de Tom estrellándome contra los bancos de la sala de clases se esfuma al igual que esos botes de pescadores que desaparecen tragados por el resplandor del sol sobre el océano. Miro el cielo cada vez más abierto y su color verde agua tiene la misma transparencia que adquirirían las rompientes de Punta de Lobos en el momento antes de reventar. Óscar, los camiones militares, las calles y las casas en que he vivido se estrellan arrojados por el oleaje contra los promontorios invisibles del aire y sé, lo sé ahora para siempre, que cada montículo de realidad, que cada grano de arena, que todos los roqueríos de todas las playas del mundo, están tocados por una exasperación que no cesará nunca. Por una exasperación y una furia en cuyo fondo resuenan los ecos de un teatro desternillante.

Vomito apoyado en un árbol, es algo duro que tengo atascado en la garganta y que finalmente escupo. El aire frío me golpea la frente despejándome y el crujido de las ramas y hojas moviéndose tiene la sonoridad de un coro que se despeja hasta cubrir los otros árboles, los pastos que nacen, el cielo protector de los golpes y de la ferocidad. Como una savia nueva el viento acompaña la voz de ese canto y en alguna parte la respiración de toda la Tierra tumefacta le responde. Mi abuela y mi padre le responden, las cicatrices de esas caras rotas que no he vuelto a ver, los animales y las flores. Nos vuelven a cargar en los camiones, ahora apilándonos unos encima de otros en hileras cruzadas como esos castillos de tablas que se amontonan en las barracas. Siento el peso de los que van cayendo sobre mí aplastándome contra los que quedaron más abajo y luego el estrépito del camión que arranca a toda velocidad saltando con los hoyos del camino. Con cada salto rebotamos y volvemos a caer unos encima de otros, quebrándonos cada vez

más y en medio del estruendo de las sacudidas y de los sollozos gritamos pidiéndonos perdón entre nosotros.

¿Gritamos o cantamos? El apagado ruido del océano se ha hecho más próximo e imagino que los infinitos puntos de luz que destellan sobre sus olas no deben ser distintos a ese universo de manchas blancas que tal vez en este mismo momento estarán brotando en los árboles de las calles. Los gritos de los que han arrojado antes que a mí y están debajo van emergiendo hacia arriba, hacia el aire abierto de las aves marinas. Recuerdo a mi abuela y en medio de los gritos pienso que es tarde, que llegaré tarde. Llegaré tarde, me repito mientras corro con las manos en la nuca sosteniendo entre los dientes una ligera carpeta roja, de plástico, con poemas.

Hace rato que las luces de las calles se han encendido y Veli me echa en cara su preocupación. Desde que me vio volver empapado de la huelga me exige que le explique cada paso que doy. Su instintivo menosprecio me abrumba de culpa y de un rencor sordo que me lleva a responderle con insolencia. Sus dolores han recrudecido y la veo cada vez más pequeña, más encogida y enjuta. Nunca más me volvió a repetir lo que me dijo en el cementerio, pero yo recuerdo cada una de esas palabras y comprendo, comprendo todo, como si de pronto volviera a sentir que me ama. Quiero pedirle que nos muramos juntos aunque fuese tan sólo para escucharle decir otra vez: *Sarebbe bello*. Le muestro mis últimas notas en un desesperado intento para que hagamos las paces y me mire, para que me hable como antes.

Al final eran los mismos pétalos de la nueva primavera esparcidos sobre el suelo, las mismas gotas de sangre como si la belleza no fuera sino la coartada de una furia implacable. Siempre hay algo que acompaña a los golpes: un árbol nuevo que acaba de florecer, un césped que asoma su primer verdor, el gris de la niebla sobre el océano o ese color inmóvil de la luz cayendo sobre una cama abierta. Desde el ángulo de la cama veo los árboles florecidos y no

sé por qué un enorme patio de arena puede tener también la composición mínima de una sábana blanca sobre la cual se dibujan los rayos de sol.

Atravesamos una y otra vez las calles con Naguib y Mauricio mientras el pequeño aleteo de Dios, ese frágil aleteo casi imperceptible que me hacía volver a la iglesia y pedir escondiéndome, se difumina entre los huracanados vientos de un sendero en espiral que desciende y que en todo caso sé que está al lado de todos mis terrores o esperanzas llevándome. De pronto me acuerdo del dibujo que mi abuela me hizo en la infancia, ese con la laguna y los árboles, mientras me hablaba del espectro de los amantes empujados por el viento. Es eso, me digo, mientras miro arrastrarse los pétalos de las pequeñas flores esparcidas en el suelo. Es el viento, vuelvo a decirme, el viento del infierno.

*L'Inferno*, repite mi abuela. Me cuenta de ese terrible cono dado vuelta, de esa fosa que se va angostando hacia el fondo y yo miro sus mejillas aguzadas mientras me habla, el estrago de su cara socavándose como si alguien se la quisiera llevar desde adentro. Sus cuentos se me han ido alejando, pero no esa imagen de los seres apresados en la fosa inmensa y circular. Más allá, fundiéndose con el recuerdo de su voz, hay un campo interminable florecido de yuyos, un campo de pastizales y flores silvestres donde voy con mis compañeros de colegio sobre todo en primavera. Llegamos corriendo y de golpe se abre delante de nuestros pies. La primera imagen que tengo es la de la fosa del infierno. Luego me fijo en sus laderas, en ese exabrupto de tierra cortada a pique y piedras.

El fulgor amarillo de los yuyos y las hierbas altas no deja ver de inmediato el hoyo. Lo llamamos el hoyo porque Hugo Cumin, el compañero de curso que vive cerca de allí, así nos dijo que lo llamaban. En su fondo espejean pozas de aguas negras y brillantes que desaparecen en el verano. Es una enorme excavación de donde se extrae arena y ripio y que se abre a cien metros de un conjunto de casas allí donde la ciudad se acaba. Las micros terminan su recorrido mucho antes, al final de una avenida flanqueada a ambos lados por árboles enormes, la avenida Pajaritos, que cruza las últimas barriadas, y después hay que recorrer por un largo rato un camino pedregoso e inacabable.

Es una población recién construida, con calles anchas de tierra que terminan enterrándose en los pastizales. La casa donde viven los Cumin es la última y cuando ha llovido se siente el aroma de los grandes eucaliptos que

rodean los potreros. El conjunto sin embargo es árido, con insignificantes patios terrosos que dan a la calle donde de tanto en tanto se pueden ver las ramitas secas de retoños que fueron plantados y dejados morir de inmediato. Retoños de árboles que trataron de abrirse paso en medio del polvo. Algunas de las casas intentan pequeños gestos propios: el color distinto de la reja, una imagen del Sagrado Corazón en la puerta de entrada o pequeños maceteros en el descanso de las ventanas. Al fondo se levantan unos cerros redondos que adelantan la cordillera y arriba, suspendida sobre los techos de las casas, la impresionante altura del cielo da la sensación de intemperie.

Atravesamos como una pequeña estampida las últimas calles de la población y nos internamos en los pastizales. Corremos sobre las hierbas y yo siento la elasticidad de sus tallos doblándose bajo mi peso como si ellos y el aire, la desmesurada altura del cielo y la tersura de esas hojas formaran parte de una libertad jubilosa donde corro con mis amigos y me río. Dejamos los bolsones tirados entre los yuyos y comenzamos a descender. Temo caerme y mientras desciendo con lentitud tanteando las salientes recuerdo la imagen de dos niños en un antejardín con las manos sucias hurgando entre los terrones del suelo.

El hoyo me impresiona y siempre que puedo vuelvo allí. Hugo Cumin me había dicho que teníamos que ir de noche porque en uno de los recovecos del fondo se instala un clandestino donde venden chicha. No sé lo que es un clandestino. No lo sé hasta verme botado vomitando en el pasto húmedo de la noche. Esa vez le dije a mi abuela que nos íbamos a quedar estudiando en su casa y nos pusimos de acuerdo para ir. La oscuridad es total e ignoro dónde pongo los pies; sin embargo logro descender hasta el final. Abajo hay unos cajones iluminados con velas y un amontonamiento de garrafas y vasos hechos de botellas recortadas. Con las monedas que pudimos juntar comenzamos a tomar chicha. Las figuras iluminadas entre las llamas de las velas son espectrales pero poco a poco empiezo a distinguir sus caras. Hay

una mujer entre ellos. Una mujer desgredada y borracha que los hombres aprietan y manosean. Ella gime y se ríe y de pronto grita insultos incoherentes y tremendos, al aire, a la noche. Mi compañero me propone que vayamos a tocarla y vamos y la tocamos metiendo nuestros dedos entre unas faldas de crines húmedas y calientes. Desde el fondo del hoyo se ve el cielo estrellado que comienza a dar vueltas como una infinidad de cometas que giran en espiral dejando estelas de llamas. La mujer trata de sacarse de encima las manos y de golpe me clava los ojos preguntándome quién eres tú, quién eres tú.

Las gigantescas estrellas estallan como fogonazos que me encandilan y yo me doy vueltas hasta quedar de lado sobre la cama ancha y mojada, la cama de hierbas altas y flores. No sé cómo he logrado subir y comienzo a llamar a la amiga de mi hermana en voz alta. No, creo que es apenas un murmullo que se me asoma entre los borbotones de las arcadas, entre el jugo terrible de la bilis. Es la primera vez que me emborracho y cada vez que volví a hacerlo la llamé como si su cara coagulándose en el aire fuera el último refugio antes de la disolución. Repito su nombre con la boca llena de saliva y vómito y en el largo entresueño que comienza me doy cuenta ahora que era así como yo quería que llegara el fin.

Muchas veces después me sentiré sostener la cabeza sobre el escusado de un baño inmundo y siempre entre los espasmos gemiré en voz alta inventándome que está allí y que la veo. Habré desnudado así frente a los otros aquello que nunca le conté a nadie, aquello que guardo como un chancro. La única vez que pude hablarle, tal vez mencionarle el amor, no lo hice y la vergüenza del recuerdo me hace cerrar los ojos con fuerza. Vuelvo a ver el trozo del cielo asomado por la abertura del techo de la casa de José Miguel Infante y luego la alargada mancha de luz cortada en el piso del corredor de abajo. Miró hacia otra parte mientras la insultaba, tampoco intentó contestarme y después de un rato se dio vuelta y abrió la puerta

marchándose. Fue dos o tres semanas después de su cumpleaños. Era verano, pero en el pasadizo donde estábamos hacía frío.

Se había quedado en el comienzo de la escalera esperando a que bajase mi hermana y yo había decidido acompañarla. Fue su sorpresa inicial al oír mi primera palabra y luego la espontánea burla de sus ojos las que me hicieron comprender de golpe el vacío de un menosprecio ni siquiera pensado, innato, carente de cualquier sombra de maldad. Ignoro cuánto duró: sentí primero la lentitud del llanto que subía desde mi estómago hasta la garganta para emerger transformado en un torrente de acusaciones e insultos. No fueron más que incoherencias y, al mismo tiempo, era como si a través de cada uno de sus sonidos las propias palabras le rogaran en secreto: «Cámbialo todo, oigas lo que oigas cámbialo todo; donde escuches las inmundicias pon mi adoración, donde escuches mis insultos pon mi amor, donde escuches mis burlas pon mi embeleso». Al rato escuché la voz de mi hermana detrás de mí preguntándome por qué su amiga se había ido. La tarde era calurosa, y cuando ella abrió la puerta para irse, los gritos de los otros niños en la calle irrumpieron en el corredor, y era algo chirriante y espeso, desnudo, como los gatos en celo.

El esternón salido se me golpea con dureza contra la tierra y el dolor se va esparciendo por las hojas aplastadas, por sus nervaduras ásperas y cortantes donde mi boca continúa salivando. Hundo más mi mentón entre los delgados tallos y sé que podría reconstruir cada sueño que tuve, cada uno de sus espejismos y monstruos, porque detrás de todas las pesadillas siempre está la imagen de un amor perfecto que destruimos quizás porque es el único modo que existe para huir del miedo. Vuelvo a ver la cara chupada de Veli y la fosa de su *Inferno* y la del hoyo se me pegan. Debe estar durmiendo, pienso, no creo que esté preocupada, y es como si sus párpados arrugados comenzaran a plegarse sobre los míos mientras una voz que imagino la suya de joven

vuelve a decirme *scemo*, no entiendes nada, no se estaba burlando, no se habría jamás burlado, me repite.

Giro por última vez la cabeza abotagada para mirar las luces de la población Juanita Duarte, para ver cómo se revienta la maraña de sus postes en la negrura de la noche. Reviví ese nombre y sus casas estrechas, con tabiques grises y jardincitos minúsculos, al detenerme hace poco en una de las tantas construcciones nuevas que se están levantando en Santiago. Ni los potreros ni esa antigua excavación de arena hoy existen y con Hugo Cumin dejamos de vernos al terminar el colegio. Sin embargo, diecinueve años después, mientras él se bajaba corriendo de un automóvil que dejó botado en medio de la calle, recordé el hoyo y esa primera borrachera. ¿Es el mismo? Las palabras no dan cuenta de esas cosas. Nos abrazamos saltando en medio del taco y de los bocinazos. Es tan extraño despertar, quisiera decirle mientras lo miro y le toco su pelo negro y tieso peinado a la fuerza, su nariz de fosas anchas, su cara ahora más gorda y oscura.

Poco a poco presiento la proximidad del amanecer. Abro los ojos con sorpresa, empalado de frío, y me doy cuenta de que en realidad estaba aclarando. Trato de limpiarme con la hierba los restos del vómito y me levanto para emprender el largo viaje de vuelta. No regreso donde Cumin para evitar las preguntas en caso de que él tampoco hubiese vuelto. Tengo la boca y la lengua reseca y me alejo por el camino de tierra hacia el paradero de micros con la sensación de que camino dando tumbos. Me bajo cerca de mi casa, pero no entro de inmediato. Atravieso al parque del frente y espero en uno de los bancos hasta quedarme otra vez dormido. Es domingo en la mañana y Veli debe creer que sigo en la casa de mi compañero. Pienso que hace tan poco subía sofocándome para que me abrazara.

El hoyo se me volvió a aparecer casi de inmediato en una pesadilla cuyos detalles recordé después de la muerte de mi abuela. Estoy con ella, que ha adquirido las facciones de la mujer desmañada que los tipos abrazaban abajo.

Le grito a mi compañero que nos vayamos o nos sorprenderán, lo que termina por suceder. Es un hombre que emerge desde la sima de la fosa recriminándonos mientras crece sin parar. Alcanzo a distinguir sus fauces abiertas antes de que se mimeticen con los bordes de un abismo por el que tratamos de huir. Veli va detrás de mí, su vejez resalta mientras sus arrugados puñitos tratan de aferrarse a la pequeña saliente. Sabemos que se caerá y con mi hermana lloramos desesperadamente. Ana, mi madre, marcha adelante con una enagua de raso rosada que se va desgarrando con el filo de las piedras y de pronto estoy en una playa desolada, barrida por el viento, donde mi hermana y su amiga corren una detrás de otra persiguiéndose sin descanso.

Me despierto en la noche hibernada y profunda. La amiga de mi hermana se suicidó el 10 de agosto de 1981 y me es duro saber que está muerta.

Mi madre duerme a mi lado. En el cuarto contiguo mi hermana y Veli también duermen juntas y el conjunto de esas tres respiraciones se sobrepone en un seseo de sonidos entrecortados que el silencio de la noche aumenta. La luz de los faroles de la calle se cuele por entre las persianas iluminando trozos del techo y de las altas paredes de la pieza y pienso que algo también de esa luz caerá sobre las cajas amontonadas que quedaron abajo, en el corredor donde comienza la escala. Es la última vez que duermo con mi madre. Mañana nos mudaremos.

Nos habían avisado que demolerían. Es diciembre de 1964, apenas dos meses atrás hubo elecciones y la imagen de la muchedumbre silenciosa y derrotada se desvanecía disolviéndose bajo el cielo blanco de la tarde. A los pocos días desocuparon la sede de los socialistas y la compañera de colegio de mi madre, la que nos subarrendaba, se marchó unas semanas después. Abajo no hay nadie ni tampoco en la casa de al lado. Sólo quedamos nosotros y desde entonces es como si el piso donde vivimos flotara suspendido en la oscuridad.

La débil luminosidad que entra al interior de la pieza cae afuera con mayor fuerza recortando los descascarados frontis y los trozos de afiches y carteles que han quedado desde las últimas elecciones presidenciales. Recordé que seis años antes habíamos festejado con mi abuela el estrecho triunfo de Alessandri, pero ahora que Allende había perdido nuevamente trataba con desesperación de no llorar. En la tarde me había encerrado a oír los escrutinios en la radio y mi madre trató de consolarme en vano. La derrota esta vez había sido estrepitosa. El rostro de Allende se difumina

envolviéndose en la respiración de mi madre que se da vuelta a mi lado mientras yo trato de achicarme todavía más. Cuatro días antes de la votación lo había visto desde lejos. Fue en el parque Cousiño y fue la primera de las dos veces que lo vi. Llegué caminando en medio de una multitud hasta la inmensa elipse del parque en cuyo fondo, detrás de la tarima donde él estaba, los árboles ondeaban con una suavidad fantasmal que parecía desmentir la agitación de las incontables banderas y los gritos de las consignas. Yo tenía entonces catorce años y la imagen de esa figura en la lejanía hablando con los brazos levantados se me iba escurriendo en la noche, entre otras.

Una de las ventanas de mi casa daba a los tejados y desde allí se podía bajar a la sede de los socialistas. La habían abandonado después de las últimas elecciones y desde entonces con Naguib nos dedicamos a deambular por ese entramado de cuartos y pasadizos derruidos a los que una peste instantánea parecía haber desnudado transformándolos en desesperados nichos de aire. Todo está rasguñado como si alguien a propósito hubiese apuñalado a diestra y siniestra los gruesos murallones y los restos de los carteles abriéndoles profundos tajos que dejan escapar hilos de tierra. Gran parte del yeso que recubría las paredes se ha caído amontonándose en el suelo y debajo el adobe tiene un sabor helado y picante que escupo. Todas las piezas van a dar al patio que colinda con mi casa y que es donde se levantan los postes de madera que apuntalan la muralla a punto de derrumbarse. Los últimos ganchos de una parra se encaraman por ellos y el verdor de las hojas resalta como un minúsculo oasis en medio del gris sucio de esos larguísimos palos. Miro las baldosas del patio y luego las ramas mezclándose con los adobones inclinados del muro. Le digo a Naguib que si no la demuelen antes tenemos que volver en febrero, cuando la uva ya esté madura.

Ese vallecito de hojas y racimos que recién comienzan a brotar me hipnotiza como si todo se estuviese repitiendo pero en otro tiempo. Tengo cinco o seis años y con mi hermana y mi abuela recorreremos un mercado del

que recuerdo el piso de baldosas rojas empapadas, la mohosa fuente de agua del centro y la sucesión de almacenes ubicados entre las columnas. Ella entra en algunos con prisa, casi sin mirar, pero se detiene largo rato a mirar un canasto de uvas enormes y brillantes. Es como si tuviera nuestra edad y se contuviese para no tocarlas. Saca el monedero, lo escudriña y vuelve a cerrarlo diciéndonos que estas uvas están muy malas, que la próxima semana las compraremos cuando lleguen mejores. Era parte de esos pequeños rituales de la precariedad que ya he descrito. Siempre decía lo mismo y siempre también entrecerraba los ojos para luego tomarnos de la mano y alejarse deprisa sin detenerse en ningún otro sitio. Después, en medio de la locura (le gritaba a mi abuela y sus ojos burlones, vacíos, se volvían hacia el techo) volví a recordar ese frescor verde e inalcanzable de mi niñez y sus pasos rápidos, tercos, alejándose de ese canal de cajas de frutas y de precios marcados con tiza en las pizarras, donde ella nunca pudo leer más que una humillación personal y sin remedio.

Veli debe haberse despertado porque el sonido de su respiración se ha vuelto más calmo. Hace meses que no me habla y su desprecio y asco instintivo me laceran y sólo experimento un momentáneo alivio cuando después de gritarle logro que al menos me mire. Había sido un cúmulo de episodios como el de la huelga, pero sobre todo la vergüenza de sentir que estaba arrastrando a mi madre, a ella y a mi hermana, a una enfermedad contagiosa y sucia de la cual mi abuela al menos terminaría dándose cuenta. Sucedió antes de las elecciones de septiembre. Lo recuerdo porque era invierno y porque esa vez había regresado contando los carteles de propaganda de los candidatos que se veían en las ventanas mientras los golpes de un viento cortante y frío me hacían entrecerrar los ojos. Mauricio ya se había marchado y la cercanía con Naguib se había hecho cada vez más fuerte, como si intuyera que tampoco iba a durar mucho tiempo más.

Lo había acompañado a recuperar un abrigo que sus hermanos mayores

dejaron en prenda en una correría en que lo llevaron. El callejón quedaba cerca de la calle San Francisco y aunque el cuarto al que entramos tenía el mismo olor espeso, era más grande y menos pobre que los que yo conocía. La mujer estaba arrumbada de espaldas sobre un amontonamiento de papeles y jergones de lana. Su nombre era Nieve. Tenía las palmas de las manos vueltas hacia arriba, laxas, y los brazos desnudos en uno de los cuales resaltaba un enorme tajo morado que se abría como una boca muda y sin labios. Al vernos se irguió un poco y mientras nos decía palabras de borracha, las paredes de la herida parecían ensancharse aún más bajo la raquílica luz que se colaba por la puerta. No sangraba, pero una larga huella rosácea y desvaída, como de agua y sangre, se le había secado surcándole el brazo desde la herida hasta las junturas de los dedos. Yo pensaba en esa palabra: nieve, recordando que la única vez que en Santiago había nevado Veli nos había sacado llenos de abrigos y bufandas al antejardín para que la tocásemos y que su blancura me deslumbraba aunque se me escurría entre las manos.

El abrigo estaba enterrado entre los jergones y cuando mi amigo pasó por encima de la mujer para alcanzarlo, ella comenzó a moverse como invitándolo mientras le decía que ese abrigo se lo había regalado su hermano. La frase «mi hermano» me hace ver de nuevo la casa de General del Canto y la nieve acuosa, su imperceptible levedad deshaciéndose sobre los trozos de pasto. Nieve no tenía mucha más edad que la de una niña y al mirarle nuevamente el brazo me vi contemplando otra herida: una que había querido tocar unos años antes, pasarle las yemas de mis dedos, aliviarla en parte. Le dije a Naguib que quería quedarme un rato más. Eran las primeras horas del atardecer de un día domingo, lo sé por la vacuidad y porque las tardes de los días domingo nunca pueden ser otra cosa que tardes de día domingo. Se había quedado semidormida y yo me tendí encima de los jergones, a su lado, sintiendo a través de ellos la evidencia de una delgadez que muy pronto terminaría igualándose con la sudorosa obesidad de las otras mujeres del

lugar. Comencé a recorrerle con la yema de los dedos el borde de la herida, sin repugnancia, con suavidad, mientras ella en el entresueño emitía unos sonidos incomprensibles que de tanto en tanto parecían risas como si le hiciera cosquillas o se encontrara soñando.

Naguib me siguió con los ojos muy abiertos y después regresamos juntos a pie en medio del viento que se había desencadenado. No sé cómo Veli llegó a saberlo, ignoro quién pudo verme ni quién se lo fue a contar. Al subir la escala su pregunta fue corta y lapidaria: *Sei stato dove quelle?* No las llamó con ninguno de sus apelativos, sólo dijo «esas». Recordé que seis años antes le había negado con obstinación mis arrancadas a la iglesia y que ahora volvía a decirle que no, pero esta vez poseído por esa furia sorda que sólo puede otorgar el terror. Tengo catorce años y he dejado de crecer, sin embargo cuando pueda encerrarme a llorar lo haré como antes, como un chico o algo así que está con su hermana mirando por una ventana y cuyas pesadillas siempre le muestran el rostro ceroso de su abuela que se moría antes que él. Mi madre había permanecido a su lado sin decirme nada, sólo mirándome con una expresión embargada que jamás le había visto antes. Yo estoy en tu infierno, Veli, quise decirle entonces, no mi madre como tú decías, yo.

La iglesia de la Divina Providencia se me superpone con estrépito al enjambre de cuartuchos pequeños y sigo negando con una ira creciente que me lleva a gritarle como si nos hubiésemos transformado de golpe en enemigos que se odian a muerte. Su pequeñez cada vez más encogida se me ponía así delante, por segunda vez, igual que un escollo hecho de un menosprecio que le iba emergiendo desde el largo murallón de lápidas donde me arrojó las flores. Siento por fin su bofetada y con una compasión repentina me doy cuenta de su levedad, de que es apenas una bofetada de vieja. El súbito deseo de abrazarla me hace ir a ver como antes la fotografía de mi padre y cuando siento el impulso de volver donde ella para decirle que

sí, que tiene pena, que tiene la boca deformada de pena y enojo, me doy cuenta de que la devoción con que nos hablaba de él era parte de un fervor inventado (como cuando hablaba de los condenados del infierno o del purgatorio). Al otro día, después del colegio, le digo a Naguib que mi abuela sabe.

Miro a mi amigo y veo hacia el fondo el azul del cielo, el azul intenso y fuerte que se recorta sobre su cara que ahora parece a punto de llorar. No te preocupes, le miento, no sabe que tú estabas conmigo. No intercambiamos más que esas dos frases tal vez porque el color del cielo le recordó a él (y sin que se diese cuenta) el uniforme que mi abuela le mostró y que no nos había dejado tocar más. Nos sentamos en la cuneta y continuamos en silencio. Siento con dulzura su lentitud mental, su lucha imposible con el colegio que había abandonado, sus tartamudeos intercalados de «si». Sus dos hermanos mayores lo protegían haciéndome sentir que yo era parte también de esa tutela física. Él en cambio, desde el día en que Veli le había mostrado el uniforme de mi abuelo, se había aferrado a ella con una admiración creciente, silenciosa e incomprensible a no ser que en medio de su simpleza haya vislumbrado un amor extraño y gratuito que es posible que no hubiese conocido nunca. Salvo cortas preguntas no se atrevía a hablarle y las pocas veces que lo hizo siempre le decía «siabuelita», como si esas dos palabras pegadas fueran su nombre.

La parra se encarama por los postes y arriba del muro inclinado el azul piedra del cielo se abre como si entre mis ojos y esa extensión infinita apenas mediara un soplo, un segundo de seis años en el que yo había crecido, había entrado a un enorme liceo donde había amado primero una cara perfecta de niño y que luego había visto esa misma cara transformarse en otra y a esa otra en otra hasta que sumándose todas en una sola me devolvieron a la imagen de unos zapatos muy lustrados, luego a un cuerpo flaco que todavía usaba pantalones cortos y después al corredor de nuestra casa alta y ruinosa. Desde

sus balcones se podían adivinar los árboles del parque y un poco más allá, a sólo dos cuadras, los contornos de un edificio suntuoso, de grandes ventanales, que nunca pude imaginar sino como un promontorio desnudo y abstruso, también azul piedra, que se levantaba en medio del mar cortando el estruendo de las rompientes. Evoco ese mar y, otra vez, la imagen solitaria del hombre que trata con desesperación de rescatar un barco que se ha quedado colgando entre los cuernos de ese roquerío. Lo hace por una adolescente, Déruchette, que nunca podría fijarse en él.

La inútil lucha de ese hombre en *Los trabajadores del mar* me hace sentir el impulso de mirar hacia arriba como si las gigantescas rompientes fueran las nubes estrellándose contra el promontorio y la morada caparazón del cielo el casco de la embarcación rompiéndose contra esas puntas. Dos años más tarde, cuando vi por primera vez la Universidad Técnica Federico Santa María en Valparaíso, me di cuenta de que era el mismo promontorio. No una imagen de él ni un sueño, sino exactamente el mismo. La inmensidad gris y dura de su construcción se levantaba en la cima del acantilado frente al océano y las imponentes murallas y escaleras de piedra que subían hasta su entrada le otorgaban al conjunto un aspecto grave y tenso, casi burlón, como la crudeza del cielo sobre el barco roto.

Ese cielo que llega hasta el mar pareciera pender sobre la silueta de Naguib que se agranda mientras corre acercándose. Al llegar a mi lado está sin aliento y todo en él exuda felicidad: si me habló, me repetía, si tu abuelita si me habló: me dijo si que estuviera «buono». La constatación de que a él le habla me hace regresar de inmediato a mi casa con una alegría que se me va subiendo hasta los ojos para preguntarle, para pedirle perdón y borrar todo. Fue sólo una isla, una saliente donde pude aferrarme, aunque fuese por un día, a un entusiasmo que me lleva a no poder parar de hablar como si lo único que quisiera es ocultar su silencio. Pareciera adivinarlo porque continúa entre sus dolores y sus cosas sin hacerme mayor caso y sólo de tanto en tanto,

cuando ya mi verborrea la sobrepasa, me sonrío con displicencia, como se le puede sonreír a algo tonto. Dos días antes de que nos mudáramos tal vez pude haberlo comprendido. Fue en un momento en que le ayudaba a envolver el uniforme de aviador de mi abuelo para ponerlo en una de las cajas. Antes de cerrarla rozó con la yema de los dedos los botones aún dorados y levantando la cara me dijo: *Un buono a nulla, un puttaniere*, como tú.

Permanezco inmóvil en la semipenumbra tratando de no rozar a mi madre. Es la cama en que dormíamos en General del Canto y la que ocupan mi abuela y mi hermana es igual. Un poco más allá está la misma *toilette* de madera oscura donde todas las mañanas la veía maquillarse, y al otro lado, en la pieza que hace de comedor, está la mesa que se alarga y el sofá donde por cerca de dos años durmió Alois. Son muebles que me preceden (los habían comprado con mi padre al casarse) y en unas pocas horas más volverán a recuperar su irremediable apariencia de pelícanos destripados. Seis años antes, cuando llegamos de General del Canto, al ver ese cerrito de catres y sillas empinados unos sobre otros también me parecieron pájaros muertos. Esa vez el paso de todos esos muebles en el camión de la mudanza se había recortado por un momento contra la blancura del jazmín que amaba mi abuela dejando detrás de sí el olor de un abandono creciente, de un desamparo que va desde las cosas a los hombres quizás porque entre ambos lo único que puede existir es el espacio de una indefensión mutua y desollante.

Afuera, rodeando el piso que flota, la noche sigue encostrándose como la inmensa herida oscura en el brazo de Nieve y, más lejos, como el mordisco en la mejilla del niño que peleaba con Mauricio y, más lejos todavía, como ese delgado tajo rojo con forma de i griega que vi en la cabeza de Beatriz la mañana después de su atropello. Pienso nuevamente que cuando aclare dejaremos la casa de José Miguel Infante y con ella ese trecho de cielo que se dejaba ver arriba, entre el muro a punto de derrumbarse y el techo. Me doy cuenta entonces de que estos son los últimos momentos de un tiempo, seis

años, que fue corto y abrupto igual que un sueño interrumpido donde yo trataba sin lograrlo de abrazar las sombras de un círculo de espectros, de fantasmas evanescentes que se traspasaban, se herían y que de tanto en tanto lograban amarse con un arrebató inigualable, sin poder no obstante ser capaces de distinguir entre esos gestos. Los encuentros de esos años fueron así, nauseabundos y hermosos, como si mi hermana y su amiga, mi abuela, mi madre y todos los que pude encontrar o me encontraron, existiésemos con el único fin de prepararnos mutuamente para el tiempo en el que no seríamos más que un montón de piedras.

Desde el pequeño camión sigo los contornos de la avenida con un entusiasmo desapegado que se va depositando en cada una de las casas que veo pasar, en sus formas irregulares, en las cuatro inmensas torres que están construyendo donde comienza el parque. El campanario amarillo de la iglesia de la Divina Providencia se yergue un poco más allá, empequeñecido por los nuevos edificios y entiendo que también alcancé a ser otro, un niño de ocho años que comenzó enamorándose de otro niño, sin más, simplemente como alguien que se enamora. El inesperado recuerdo de Damián Aguilar me hace cerrar los ojos con brusquedad mientras el desvencijado camión gira por la esquina de mi liceo y después entra por una calle muy angosta donde resalta una casa de tres pisos, color verde agua y cuya parte de arriba, donde nosotros viviremos, sobresale encima de las otras como la proa de un barco.

¿Son esos los hechos o sólo existen las palabras que los cuentan? Si lo supiera sabría también algo del amor, pero no lo sé. Vuelvo de nuevo atrás: acabábamos de mudarnos a la casa que ahora dejamos, había elecciones y yo me pegaba a Veli pensando en un descendiente de italianos alto y de ojos azules que debía vencer al candidato de los de la casa de al lado, de aquellos que ella misma me hizo mirar para decirme que no eran iguales que yo y mi hermana. Quince años después volví a recordar ese frontis rojo con el rostro de Salvador Allende repetido una y otra vez en los afiches pegados al muro.

Llovía y sus rasgos se borraban bajo las incesantes ráfagas de agua. Los recordé tal como aparecían en ese primer retrato: sus anteojos ya rotos flotando sobre un rostro que se iba deshaciendo en la lluvia. Para entonces los pedruscos de un enorme patio de arena se me incrustaban en la cara y los infantes de Marina saltaban sobre nuestras espaldas aplastándonos. Por los altavoces acababan de anunciar que Allende había muerto y, más arriba, la bandera flameaba con desgano sobre el cielo ya despejado del mediodía.

*Aiuto! Aiuto!...* Escucho el grito y es como si la piel se me condensara en un punto que es el límite del dolor. La resplandeciente luz de la tarde pareciera resaltar aún más la agudeza de esos chillidos que emergen desde una de las ventanas de la casa a la que nos hemos cambiado. Al ver su pavor comienzo a hundirme el filo en el hombro haciéndolo descender mientras escucho en sordina mi propia respiración y el eco de su voz pidiendo auxilio. En la imagen estoy de pie en el comedor y el hombre que está en la puerta tiene miedo, poco a poco comienza a acercárseme con las manos por delante protegiéndose y diciéndome cosas con una voz muy baja que no entiendo. Dejo caer el cuchillo y siento el impulso de abrazarme a él, pero me voy al suelo llorando, como una niña. Los gritos han cesado.

Tendrá unos cincuenta años y creo no haberlo visto nunca tan de cerca. Vive con una hermana mayor en la casa de abajo y ha subido por los gritos de mi abuela. Nosotros ocupamos los dos pisos altos cuyo frontis sobresale por encima del primero cubriendo la mitad de la calle. Es una elevada casona de adobe y madera que se impone de inmediato al doblar por cualquiera de las esquinas de la calle que, en cambio, parece sacada de un pueblo de provincias. Se llama Granaderos y su ancho apenas da para que pase un auto. Desde la altura de mi pieza se ven las largas arboledas de las manzanas colindantes y trozos de jardines solitarios que aumentan la sensación de estar en un lugar que fue extraído de otra parte. Por primera vez tengo un cuarto para mí, está en el tercer piso y forma parte de un intrincado altillo de techos oblicuos y paredes empapeladas con el mismo color blanquecino de las nubes que se recortan tras los vidrios. Al asomarme por la ventana he visto mi

cuerpo tirado de bruces en la calle, está justo abajo, tiene los brazos abiertos y la cabeza ladeada como un muñeco roto.

Mi madre estaba trabajando y en la noche la sentí abrir la puerta de abajo, subir corriendo hasta mi cuarto y abrirme la camisa ahogando un grito al ver el parche que ya ha comenzado a correrse. Me lo pusieron en un consultorio en medio de preguntas que respondí haciéndome el desentendido, como si no hubiese pasado nada. Siento las voces entremezcladas de mi madre y mi abuela que poco a poco se han ido transformando en una disputa que es lo último que escucho mientras me duermo. Despierto al rato con inquietud, escuchando el crujido de las tablas del piso. Alguien ha encendido la luz y al costado de mi cama el encorvado cuerpo de mi abuela se ve más diminuto aún de rodillas, rezando en italiano mientras sujeta con una mano a mi hermana adolescente y con la otra a mi madre que permanece de pie a su lado. Sé que ella las llevó obligándolas a rezar (lo había hecho una vez antes cuando creyó que mi hermana tenía poliomielitis) y que trajo también las fotos de mi padre y de mi abuelo porque están apoyadas en la silla que me hace de velador. Sin proponérmelo la fotografía de mi padre se quedará siempre en ese lugar. A veces, cuando abro la ventana, los chiflones de aire la botan al suelo, pero su vidrio nunca llega a quebrarse. Vuelvo a cerrar los ojos sin poder decirles nada y la intensa luz de la ampolleta me atraviesa los párpados con manchas de colores fulgurantes.

Expulsé todo aquello y creí haberlo olvidado. Sin embargo, cuando el 28 de marzo de 1986 cerca de las cuatro de la tarde vi a mi madre de luto abriéndome la puerta de su departamento, fue el primer recuerdo de ella que se me vino encima: su pequeño cuerpo de rodillas al costado de mi cama. He dicho que yo estaba afuera cuando mi abuela murió y que llegué un día después de su entierro. Mi madre permanecía abrazada a mí y las imágenes comenzaron a brotarme en oleadas sucesivas hasta que sentí el alivio de las primeras lágrimas. Me vi amenazándola, luego volví a escuchar la agudeza de

sus gritos y el insoportable sufrimiento que me llevó a herirme. Esa vez había permanecido unos días en cama sin poder levantar los ojos cuando la escuchaba subir. Entendí que esa escena en el comedor era definitiva, que nunca se borraría y desde ese mismo instante comencé a fabricar la costra. Una semana después me levanté para dar los exámenes finales.

Mis calificaciones fueron las máximas, pero con mi abuela no volvimos a encontrarnos hasta varios meses después. Llegó a verme de improviso a la Universidad Técnica Federico Santa María, y la solitaria figura de ese cuerpo tan leve se hacía más diminuta aún en su amorosa fragilidad recortándose al pie de los enormes murallones de cemento labrado que rodeaban el patio. Me agaché para besarla y al levantar nuevamente la cara vi las nubes que parecían empequeñecer aún más sus dobladas espaldas. Más tarde mis compañeros me dijeron que había estado horas esperando sin moverse ni preguntarle a nadie. Las primeras palabras después de abrazarla me salieron entrecortadas, como si las estuviese diciendo otro. Le pregunté si quería que fuéramos a pasear al puerto o a Viña del Mar y me dijo que no, que prefería quedarse allí. Caminamos entonces hasta una terraza lateral desde donde se alcanzaban a ver los cerros de Valparaíso y al frente la planicie compacta del Pacífico. Nos quedamos toda la tarde sentados allí, casi sin hablar, con sus manos recogidas dentro de las mías. Las últimas nubes se habían despejado y el océano había adquirido ese fulgor plateado, casi ingrátido, que a menudo precede a la puesta de sol. *Il mare*, me dijo de pronto volviendo la cara y luego, soltando sus manos, sacó un libro que llevaba en la cartera. Era un volumen grueso de tapas amarillentas. Antes te gustaba, me dijo, te lo guardé. Más tarde, mientras la ayudaba a acomodarse en el bus que la llevaría de vuelta, volvió a repetirme que me lo había guardado, y luego, como si hablara consigo misma, agregó: Yo lo leí mirando el mar.

Veo el chaleco negro de mi madre cuando me abre la puerta y comprendo de inmediato que finalmente ha sucedido. Desde niño el único objeto de mi

vida fue poder evitarme esa falta que siempre tuvo para mí toda la urgencia y la premura de lo intolerable. Dije también que en sus últimos años mi abuela olvidó el castellano y sólo hablaba en genovés. Para entonces no paraba de caminar, giraba y giraba por los corredores buscando algo que nunca pudimos entender qué era, para quedarse de golpe inmóvil, con los ojos clavados mirando hacia el frente como si se hubiese acordado de algo. El hijo de mi hermana, su bisnieto menor, la tomaba entonces de la mano y con suavidad la llevaba de regreso a su pieza. Desde hace tiempo se le habían terminado los dolores de la cara, pero una constante presión en el estómago la hacía inclinarse para adelante. De pronto comenzaba a golpearse una y otra vez la cabeza como si se preguntara a sí misma *perchè*.

Durante ese último año de liceo vi cada vez menos a Naguib. Al final lo evité hasta que dejó de buscarme. En él veía una niñez no contaminada donde incluso su amor por mi abuela lo comencé a sentir como una recriminación. Desde los once años casi siempre estuvimos juntos, pero la simpleza de su inocencia que se hacía presente en todo —cuando íbamos a los callejones, cuando nos robábamos algo, cuando me hablaba— terminó por hacérmelo insoportable. Lo eludí sobre todo después del episodio del comedor sin más deseo que el de olvidarme de Veli y de los otros seres en torno a ella como si de esa manera pudiese adelantarle, al menos dentro de mí, una muerte que iba a anticiparse a la mía. Sin embargo volví a divisarlo muy pronto. Yo estaba en Providencia celebrando con mis compañeros el término del colegio. Durante la noche nos habíamos tomado el liceo —era una costumbre entre los alumnos del último curso— y en la mañana continuamos la fiesta con un desfile de disfraces en la calle. Alcancé a ver a Naguib entre los que nos miraban.

La noche anterior habíamos bailado, éramos sólo hombres y nos encerramos pasada la medianoche en una de las salas del liceo iluminada sólo por la luz de la calle mientras la radio a todo volumen emitía el ronroneo de

una música suave. Poco a poco los bailes se habían ido transformando en lánguidos abrazos entre adolescentes, como si un ansia colectiva hubiese transformado ese simple recinto de clases en la ocasión de un ensimismamiento tumultuoso y largamente deseado que puede parecerse a la felicidad, pero sobre todo a la nostalgia. Yo también bailaba con la concentración de una alegría que me hacía brotar las lágrimas. Muchos estaban sin camisa y el resplandor que provenía de la calle le otorgaba a esos cuerpos jóvenes la uniformidad de una belleza naciente, de una belleza que reconocía con la envidia y al pudor con que oculté siempre el hueso salido. Por primera vez me saco la camisa delante de ellos y siento también por primera vez la fricción de un torso masculino que se pega al mío. Alguien cambia la sintonía y comienza a buscar otra música. Por unos segundos todo se detiene y luego vuelve a recomenzar. No alcanzo a distinguir la cara del muchacho con el que bailo, sólo la presión de su pecho sobre el mío. Me separo para seguir el compás de una canción de Brenda Lee que me trastorna: «Sweet Nothing's».

Al otro día era el desfile de disfraces. Miro afuera la silueta del cerro Purgatorio y presiento que también sus contornos desaparecerán. Sé, por ejemplo, que nunca podré describir el color de ese cielo, el color azul piedra que oscurecía esa mañana de verano con un fulgor afilado y contrastante. En los armarios habíamos guardado nuestros disfraces y comenzamos a vestirnos en medio de un caos vociferante y alegre que nos despabilaba de la noche que pasamos bailando. Éramos cerca de doscientos y cuando salimos copamos Providencia para dirigirnos a un liceo de niñas que quedaba seis cuadras más allá. Insisto en que no había una sola nube, que el cielo era azul oscuro y que la diafanidad pétreo del día se derrumbaba sobre mí haciéndome sentir que me alejaba de los otros. Naguib estaba mirándonos desde una de las esquinas de la iglesia y alcancé a verlo justo en el instante en que me desviaba sus ojos. Algo del color azul piedra del uniforme de aviador de mi abuelo se

alcanzaba todavía a distinguir entre los manchones de pintura que lo cubrían y la estridencia de unas grandes medallas garabateadas con tiza. Había cortado con tijeras la parte de abajo de los pantalones formando flecos y llevaba la casaca y la visera de la gorra puestas al revés, como en las pantomimas.

Una semana atrás los gritos de mi abuela habían partido la diafanidad de la tarde y después, mientras sacaba a escondidas el uniforme de la caja en que lo habíamos envuelto juntos el día de la mudanza, me imaginé el antiguo biplano cayendo y la larga estela de humo blanco recortándose sobre el horizonte. Durante años desde el acantilado de la universidad creí ver el paño azul de ese uniforme disolviéndose dos centímetros bajo la superficie del mar como si fuese una invitación para mí en la que ningún ruido de atrás podía escucharse, sólo los graznidos y el monótono entrecuchar de las olas que se rompían abajo. Decía que al verme el disfraz mi amigo se dio vuelta alejándose. Recordé todas las veces que lo había visto así; caminando delante de mí para de tanto en tanto volver la cabeza y comprobar si yo venía. Ahora no lo hizo, y la maravillosa expresión de sus ojos cuando mi abuela le mostró por primera vez el traje de aviador se me vino encima haciéndome sentir frío: primero le había acercado las manos como si pidiera permiso para tocarlo y al rato, cuando mi abuela se puso de pie llevándoselo, su cara se ensombreció como si se hubiera marchitado.

Los últimos años en la casa de Granaderos fueron eso. Miro el movimiento de mis dedos sobre las teclas mientras afuera el sonido del viento dobla los árboles del Cajón del Maipo en una lucha ciega que es lo único que persiste, lo único que vive. Desde la vereda del frente del liceo, cuando me quedaba afuera o había huelgas, veía a mi hermana pasar de uniforme entre los grupos de estudiantes, muy derecha, sin mirar ni hacer caso a lo que le decían. Ha crecido, su delgadez no ha hecho más que resaltar una delicadeza que mantiene hasta ahora y terminará casándose con el novio de esos años, el

mismo que veinte años después enterró a mi abuela. Digo esto, pero en las palabras hay un espíritu burlesco que hace que todo lo que nombramos se convierta en distancia justo en el momento en que pareciera que podemos tocarlo. Nombro a mi hermana y a su marido, a Naguib, a mi madre, a Veli, y siento que al hacerlo son ellos mismos los que se van alejando como si se anticiparan a un olvido que me duele. No puedo repetir sus gestos, sus olores, sus rostros concretos que evoco y que no me miran. La imagen de la amiga de mi hermana se pierde entre una serie de caras sin importancia y me doy cuenta entonces de que hay gestos precisos, modos de caminar o de girar la cabeza, la forma exacta de las manos, de los que sólo queda el vacío, como si lo único que pudiese hacer es intentar acercarme a las cosas cuando ya están al otro lado. Aunque quisiera no debo ni puedo retenerla pues ella misma, su cara, su voz, sus arrugas, están más allá del lenguaje.

La gran estela de las rompientes reventándose al otro lado de la avenida donde se levanta la Universidad Técnica Federico Santa María copa por entero el horizonte mezclándose con una extraña llovizna de comienzos de verano que no ha cesado de caer. Era mi primera visita, me vine en el tren de la mañana y me quedé algunas horas. Al llegar levanté los ojos hasta el frontis erguido sobre el acantilado y mientras comenzaba a subir se me vino la imagen del monte del purgatorio que mi abuela nos contaba de niños. Luego miré el mar desde las terrazas que rodeaban la universidad. No se veía más que la espuma de las olas y detrás una neblina plomiza donde entraban desapareciendo los pájaros. Mientras descendía supe que acababa de construir el primer recuerdo de un lugar futuro. La primera capa de una larga costra de la que sólo vendría a despojarme siete años después, en la madrugada del golpe de Estado. Antes de regresar tuve la sensación de que el océano se aclaraba y que volvía a ensombrecerse.

Levanto los ojos desde lo que queda del azul del uniforme hasta el color desgarrado y semejante del cielo. La altura de las construcciones nuevas

empequeñece la silueta de la iglesia de la Divina Providencia como si siempre hubiera sido un detalle menor, un simple cobijo donde corría a esconderme para rezar con prisa. Los innumerables balcones de los edificios recortan abajo la diminuta cruz del campanario y me imagino que alguien de allí me está mirando. Que ha visto mi mirada y la de Naguib dándose vuelta. Inmóvil vuelvo a ver que son mis propios ojos los que miran al frente de mí, donde está el hombre de la casa de abajo que intenta acercárseme adelantando sus manos. No me muero, ni siquiera me desmayo, sólo me arrojé al suelo después de dejar caer con suavidad el cuchillo y mi propio lloriqueo me suena impostado, falso, como si proviniera de un títere. Sin embargo no finjo y la angustia es absoluta. Mientras permanezco en el suelo recuerdo que ya había decidido marcharme.

Son todas las fosas en que me he dormido desde ese primer recuerdo de mi padre regalándome el lecherito de madera. El cielo nocturno de Hugo Cumin se derrumba sobre el hoyo mientras duermo. Se derrumba como una inmensa roca negra que tapa la salida. Como en el sepulcro de Jesús, pienso, es la misma piedra tapiando la fosa, cerrando la noche irresurrecta. ¿La noche irresurrecta? Puedo atestiguar que vi la resurrección de la noche, pero fue mucho después y fue también en el *Inferno*. Había toque de queda y yo huía corriendo por las calles mientras que repletos de ametralladoras los jeeps militares y las luces de bengala relampagueaban haciendo pedazos las sombras. Era febrero de 1975. Sácame de esta, papá, por favor sácame de esta, le rogué de pronto, mientras alguien me hundía la noche en la boca, así, como un paño con vinagre.

La voz de mi abuela llegaba en murmullos que para mí, y sólo para mí, tenían la virtud de silenciar todos los estrépitos, todos los ruidos y las fanfarrias de la fiesta. Sólo escuchaba entonces el acompasado fluir de las palabras que ella me iba diciendo mientras los ojos se me abrían más y más porque la simple cara, las manos, los brazos de esa mujer que ya había comenzado a ajarse, eran para mí algo más inmenso que todo el escenario del jardín y de la calle, del colegio al que iría, de las inacabables calles lejanas. Si alguien en ese momento o en cualquier otro me hubiese preguntado que a quién quería más, aunque no supiera todavía qué significaba querer, habría dicho a ella, a ella la quiero más, y es probable también que me hubiese quedado repitiendo su nombre y mirando a través de él los largos espejismos y las lejanías que, sin que nada pudiese evitarlo, como sucede con todos los niños, terminarían por convertirse en una vida... En mi vida, me digo. Mi abuela murió el 26 de marzo de 1986 y un año después mi madre le encargó una misa recordatoria. No estuve en su funeral pero sí entonces. Adelante, el portón de la iglesia se abre con una bocanada de frío.

El Cristo parece alargarse en medio del óvalo de ampolletas que lo iluminan mientras que detrás de mí, como si también emergiera desde ese pequeño foco, la nave central se va agrandando hasta perderse en una masa de sombras y luces dispersas que recuerda la bodega de un barco. Es la iglesia del Perpetuo Socorro y tiene las formas aguzadas de aquellas que se construyeron en Santiago cuando se comenzó a usar el concreto armado. Aún no está terminada y su fachada gris rompe la monotonía de las casas bajas que se levantan en la vereda sur de la calle Blanco, a tres cuadras del edificio

donde vive mi madre. Ella está en el banco de adelante con mi hermana y ambas permanecen de pie. Mi hermana es un poco más alta y lleva sobre los hombros una mantilla bordada, mi madre una chaqueta gris de paño grueso. Llegué después y me ubiqué detrás de ellas. Todavía no se han dado cuenta que estoy allí. Miro sus nuca y me parecen dos nueces oscuras.

Los muros son altos y sin adornos y la escasa iluminación apenas deja ver el altar con el óvalo de luz y las primeras filas de bancos. Sobre uno de ellos un niño mongólico no cesa de bambolearse y mirar para atrás mientras se hurga la nariz. El fulgor pálido de las ampolletas le otorga a su cara un color amarillento, acentuado por la camisa blanca abotonada hasta el cuello, lo que le da ese aspecto entre formal e infantil que a menudo caracteriza a los que tienen mongolismo. Cuando comienza la misa se pone de pie y hace la señal de la cruz con torpeza moviendo los brazos como si fueran las aspas de un molino sin cuerda. La iglesia está casi vacía y los que llegan se agrupan en los asientos de adelante, salvo unos pocos parroquianos que se mantienen aparte. El niño continúa girando la cabeza y de tanto en tanto se da impulso con las manos resbalándose a lo largo del banco. Pienso que debe pertenecer a uno de esos colegios especiales que dependen de la iglesia puesto que nadie lo acompaña. En todo caso su familiaridad con el lugar es evidente y sigue el ritual con una obediencia sumisa que pareciera con todo darle un orden, el ritmo de una pesadez inocente y conmovedora. Trato de imaginar su fe y no puedo.

Es un oficio vespertino, de difuntos, y mientras observo el óvalo de luz la semipenumbra me lleva a recordar los perpetuos reclamos de mi abuela para que no dejásemos las luces prendidas. La imagen tiene una nitidez casi dura, como si en ese mismo momento la estuviese escuchando; sin embargo, al tratar de evocarla, de recordar el timbre de su voz mientras nos hablaba, me doy cuenta que ahora son miles de voces y no una. Miles de rostros, de sonrisas y de gritos agudos, de muecas.

De pronto escucho su nombre en el medio de una corta letanía en la que aparecen también los nombres de mi padre y de mi abuelo. Es chocante oír el sonido de esas palabras en la voz del cura: Josefina Pessolo de Bernardis, Raúl Zurita Inostroza, Luis Canessa Cuneo. Una voz que rompe la intimidad de algo que estuvo alojado en mí sin más consistencia ni verdad que la de un suspiro. Recuerdo también que cuando niño si quería llorar pensaba que me había muerto y que alguien querido pronunciaba mi nombre. Incluso hasta ahora me sorprende tratando de hacer lo mismo. El estrépito de los nombres que caen pronunciados por un acento extraño me lleva a pensar en un inmenso bloque de hielo que se desprende. Con un ruido ensordecedor se derrumba sobre el océano y las gigantescas olas se yerguen levantando un sinfín de círculos. Por un momento todo se vuelve espuma y el blanco arde contra el azul oscuro del cielo. Luego vuelve el silencio.

El cielo uniforme y negro del Ártico se extiende cubriendo el otro azul del mar. Me doy cuenta entonces de que entre mi mente y el sonsonete del cura se levantan y desaparecen las huellas de un cataclismo permanente donde traté de encontrar una vida que perdurara más allá de mi memoria, más allá de la muerte absoluta. Adelante mi madre y mi hermana se arrodillan y vuelven a ponerse de pie siguiendo los movimientos de una ceremonia que nunca he podido hacer mía, pero que tiene la milenaria fascinación de hacer presente la fatalidad. Mi hermana se da cuenta de que estoy detrás de ellas y me sonrío, mi madre da vuelta la cara y la beso en la mejilla.

Las observo siguiendo los pasos de la misa como si fueran dos rocas en medio de una marejada oscura que choca contra ellas sin moverlas. Estiro las manos sintiendo el impulso de pegarme a sus bordes, a sus contornos silenciosos y pedirles para mí algo de su incommovible realidad, de su devoción bondadosa y embargada. Recuerdo su lejanía en la infancia y me emociona verlas ahora tan juntas. Deseo tomarlas del brazo y apretarlas como si fueran lo único existente, lo único real de mi vida. Estamos los tres solos y

sé que en este minuto no las tengo sino a ellas. Es extraño porque nunca había superado del todo una cierta distancia física con mi madre, una distancia que había mantenido desde niño y que se reflejaba en una dificultad para abrazarla en los años nuevos, en el día de su santo o en los cumpleaños que siempre olvido. Las dos columnatas de cemento de la cripta principal se elevan sosteniendo una sucesión de arcos que confluyen trazando en el techo de la iglesia una hilera de centros perfectamente dibujados. Adelante el niño mongólico abre y cierra los labios mirando hacia arriba y por un momento tengo la sensación de que todo ese entramado de ojivas y columnas alineadas fue construido sólo para coronar su nuca cortada a pique, la pequeñísima rasgadura de sus ojos, sus mejillas mofletudas y colgantes.

Desde un costado del altar un grupo de jóvenes con guitarras ha comenzado a entonar uno de esos salmos actualizados y sé que esa lengua en punta los está siguiendo a su modo. Es entonces cuando recuerdo algo que se me ha olvidado por completo. Estaba tirado en el suelo y mi madre y mi abuela se me venían encima gritando. Sucedió a los dos días de haber llegado a la casa de José Miguel Infante. Crucé corriendo la calle pero un camión que se había detenido al lado me impidió ver el automóvil.

Escucho el fuerte golpe, me veo ascender por el aire y luego caer de bruces mordiéndome los labios mientras me arrastro sobre el pavimento intensamente oscuro. Cuando despierto estoy boca abajo sobre una camilla y siento en la nuca el calor de un fuerte foco de luz. Me están poniendo puntos y chillo ahogándome. Mientras me sostienen a la fuerza escucho que alguien me repite que me he caído, que nadie me ha atropellado, que ha sido sólo una caída.

Vuelvo a oír las voces que me dicen que me he caído y me veo encaramado en una pirca de piedras buscando un cordero que se me ha extraviado. Al empinarme resbalo viniéndome abajo y estrellando mi cabeza en los guijarros. Alcanzo a escuchar a mi madre que se acerca corriendo

mientras yo permanezco inmóvil tendido sobre el suelo. Arriba las ramas retorcidas y grises de un olivo se crispan como si fueran los brazos de una imprecación antigua e injusta.

Los rayos de luz atraviesaban por entre los intersticios de las ramas quemándome los párpados. Me sumerjo en el sueño, en la delgadez de un tiempo en que las cosas pueden suceder con simultaneidad. Cuando era muy chico me había imaginado un pueblo que se llamaba Puente Alto donde todas las tardes me reunía con mi amiga Carmen. Ahora estaba tirado en un sendero angosto y ríscoso, sin dolor, sintiendo sobre mí los alientos de un pequeño gentío que me acercaba sus caras. La estrecha callejuela sube curvándose como esas tiras de papel que se queman. Es un camino abrupto a cuyos costados se levantan las terrosas paredes de las casas. Un tropel de corderos lanudos y polvorientos se amontonan buscando las briznas de hierba que nacen entre las piedras y, sobre sus lomos, iluminado por el ardiente sol amarillo, el perfil reseco del cerro se empina recortándose entre las torcidas ramas de los árboles y el ocre de los muros. Desde su cumbre se sienten los llamados, el tumulto sordo de voces que siguen la silueta de un ser desnudo que ha vuelto a caerse bajo el dolor de una carga inconcebible. El disco solar es inmenso y en su centro se recorta la alargada silueta del crucifijo, su línea tensa y negra.

Al abrir los ojos veo que todas las luces de la iglesia se han prendido. En el medio del óvalo la figura del niño retardado se recorta clavada sobre la cruz como un pedazo de carne fofa que pende. Una rodilla se le dobla cubriendo la otra y su desnudez es gordiflona y blanca. La cabeza se le ha caído hacia adelante y la estridente luminosidad de las ampolletas se derrumba sobre su nuca chata aplastándose. Tiene la boca abierta y el labio inferior le bambolea como si fuera una tripa goteando saliva. Su mongolismo se deja ver ahora en la piel blanca y lampiña, en el pequeñísimo sexo, en los dedos de sus pies rectos como espátulas.

Hay una hilaridad, una estridencia burlona y salvaje y sólo mi hermana y mi madre permanecen en el banco sin moverse. La línea que dibujan los brazos infantiles extendidos en la cruz tiene la suave curvatura de una sonrisa y un viento seco y caluroso golpea los manteles del altar. Poco a poco el aire decanta los olores pastosos del incienso mientras arriba los mechones de pelo del pequeño crucificado han comenzado a sacudirse como si en la agonía estuviera tratando de alzar la cara. Al principio es un sonido casi inaudible que comienza a deslizarse desde su boca igual que un eco, que un silbido más del viento, luego se parece al ahogo de alguien que trata de contener la risa para ir creciendo hasta transformarse en un gorgoteo inconexo del que se distinguen a duras penas las sílabas y el desesperado intento por formar palabras. Finalmente el grito cae como una piedra. Cae desde abajo de esa cabeza que a pesar de sus sacudidas no ha logrado levantarse. La luz lo ilumina con estrépito, como una broma.

—*Iiiiiiaabb-Iiiiiiaabb...*

Sigo los movimientos de esa mandíbula que cuelga, de los ojitos insignificantes cerrándose. Quiero entender lo que esos labios salivantes intentan decir. La empecinada luminosidad de las lámparas rebota en los muros de la iglesia otorgándoles un colorido ceniciento como si fuesen los acantilados de un desierto donde la multitud se ha reunido a contemplar el Calvario. Es un largo lamento de oraciones inarticuladas, de ruegos y voces llorosas que se amontonan al pie del crucifijo donde cuelga el niño que espira. Como en todas las cruces que se yerguen sobre la tierra desolada se percibe la emanación de la saliva y de la sangre.

La tormenta se ha desatado con furia y las ráfagas de agua sólo dejan ver la silueta de las dos que permanecen inmóviles aguardando debajo del crucifijo. Esperan juntas con una calma que sólo puede pertenecerle a aquello que ya está fuera del río de las palabras, fuera del río del escarnio y de la muerte. Ana, mi madre, apoya con levedad sus manos sobre los hombros de su hija

Ana María y ambas miran ese inerte pedazo crucificado, ese cuerpo blanco, esa cara simple que pende. Como si fuera un espíritu encarnado siento en mí su descenso desde la cruz y siento el deseo inembargable de llorar, de llorar por todo lo que yo mismo he despreciado y mis propias babas ruedan deshaciéndose en los hirvientes granos de la arena. Siento los brazos de mi madre y de mi hermana que me bajan y me recogen envolviéndome y en un sueño entiendo entonces el grito que no alcanzaba a comprender porque era el grito de todas las piedras, de todas las espinas que se nos clavan, de cada lanza que se nos hundió en el costado esperando la respuesta. Por qué — repito—, y es mi cuerpo que cae sobre los agudos peñascos.

*Perchè, perchè...* Mi hermana regresa de la comunión con la cabeza inclinada. La miro mientras ella levanta su cara y la sonrisa con que me devuelve la mirada me reconforta.

Cuando salimos de la iglesia es de noche. Las luces de los automóviles atraviesan la oscuridad y las estelas de sus focos parecen colas de cometas que flotan. Me despido de ambas y me alejo con prisa mientras que arriba el cielo, ese cielo lustroso y puro, se va curvando hasta unirse con mi cuerpo tendido boca arriba sobre el torrente de piedras del desierto. Al frente, la blancura de la sal me vuelve a recordar los jazmines muertos.

## El día más blanco

En la foto parecía mayor, pero ahora el aspecto de su padre había recobrado la juventud que le pertenecía. Lo miraba danzar en medio del gentío que se había amontonado desde temprano frente a la iglesia que, al igual que el diminuto pueblo que la rodeaba, parecía haber emergido de la nada flotando sobre la blancura del salar. El sonido de sus trompetas y pitos se elevaba haciéndose uno con el fulgor estridente de la mañana y aunque el carnaval duraría hasta tarde, ninguno de los que allí estaban podría haber adivinado que esa misma escena estaba ocurriendo también en otra parte: en la mente de un hombre que moría.

La pequeña multitud parecía suspendida sobre el polvo que levantaban sus propios pasos danzando. La figura de su padre resaltaba en medio de sus hermanos hombres mientras que sus hermanas, sus tías, bailaban confundándose con las demás mujeres del lugar. Detrás de ellos, los despojados muros de los farellones caían otorgándole al conjunto esa dureza que tienen los hechos consumados: el suelo terroso, los movimientos del baile, las ramas del pimiento que se inclinaban con furia contra el campanario de la iglesia como si la maldijeran. Los colores eran contrastantes y parecían oscilar entre la negrura del cosmos y la claridad enceguedora del día.

Un niño de corta edad envuelto en su traje de paño claro miraba a su padre y a los hermanos y hermanas de este que, inmovilizados por un segundo bajo el fulgor de la luz, habían vuelto a mezclarse entre los grupos de bailarines. Yolanda, la tía menor, también bailaba formando coro con las mujeres, pero al ver al pequeño solo va donde él y lo arrima cubriéndole los hombros con sus delgados brazos. Los dos miran para adelante y aun cuando la silenciosa

silueta de ambos pegados en medio del gentío se parece a esas estampas de la madre con el niño, era sólo la hermana menor de su padre, aquella que tenía dieciocho años.

Es una sola escena que está ocurriendo en dos lugares. En ambos casos el disco del sol es el mismo, es la misma exactitud de las cinco cruces que proyectan sus sombras perfectas sobre el muro blanqueado de la iglesia, la misma silueta de los hombres mayores y del chico que acaba de desprenderse de los brazos de su tía y corre. La carrera es balbuceante y terminará pronto. La maraña de su pelo se agita entre las piernas de la multitud que repite bailando y sacudiéndose sin cesar el ritmo de las trompetas y de los tambores.

Al escuchar su nombre el pequeño gira la cabeza y se detiene haciendo que su pelo se vaya hacia adelante cubriéndole el rostro. Luego, cuando vuelva a levantar la cara, sus ojos apareciendo debajo de los mechones tendrán el instantáneo brillo del asombro. Esos ojos verán los áridos cerros del fondo girar como si no hubiesen alcanzado a adaptarse a lo repentino de su frenada y el cielo que siguiendo el movimiento de su cabeza rotaba sobre sí mismo hasta detenerse en las figuras que se habían inmovilizado. Cuando todo se detuvo reconoció primero las manos que se le tendían, después el regazo de la falda oscura y al final ese semblante adorado.

A veces un simple giro de cabeza basta para contener todos los instantes de la vida y es imposible saber si aquel era uno de ellos. En todo caso la voz que lo había hecho detenerse tenía ese gorgoteo carcomido y suave que en una mujer sólo puede otorgar la ternura o la vejez. Sin embargo no era vieja y su ascendiente sobre el niño provenía de la admiración que desde el comienzo habían establecido un cuerpo menudo pegado siempre a su falda y unos ojos que sobresalían como dos piedras mojadas en una cara que recién había comenzado a ajarse. La mujer era la madre de su madre: su abuela Josefina.

Mientras se prendía a su mano se vio con otra edad, con un cuerpo ya desarrollado, bajando desde la cima del farellón más alto. Iba con un pañuelo

rojo amarrado al cuello y una trompeta que empuñaba haciéndola sonar con fuerza, mientras descendía enterrando sus pies en la arena y dando saltos cortos igual que los hombres que abajo continuaban la danza. En la medida en que bajaba, la aridez del desierto se iba preñando de una claridad transparente que se iba prolongando por los desmelenados matorrales del oasis, sobre la iglesia y los albos muros que flanqueaban la calle única, que parecían adquirir bajo esa luz la liviandad de lo incorpóreo. Se puede afirmar entonces que su descenso iluminaba el paisaje.

Pero en la realidad el niño acababa de detenerse y las manos de su abuela se cerraban sobre las suyas. Ningún lapso, por corto que hubiera sido, podría haber registrado la brevedad de su ensueño y, sin embargo, ese cuerpo fuerte que imaginaba bajando sobre los declives del farellón, era parte de una vida que aún no podía ver pero que otro, un testigo yacente e inabordable, estaba construyendo junto a él. Mientras imaginaba ese descenso, el gentío iluminado hasta la irrealidad por la explosión de los colores de la fiesta continuaba estampándose contra los gigantescos murallones del desierto que adquirirían, aunque nadie pudiese saber por qué, la ingrátida luminosidad de los espejismos.

Ese mismo aire tórrido entraba en la boca del pequeño y salía en la forma de cortas palabras, de preguntas que las más de las veces no esperaban nada, sólo la atención silenciosa de la mujer que le acariciaba el pelo con sus dedos delgados y frágiles al tiempo que repetía su nombre como si al verlo, al sostenerle las manos entre las suyas, para ella también las sencillas sílabas de un nombre pudiesen retener todos los lenguajes del mundo, todos los colores del desierto y el verdor del oasis. Sin embargo, esas devociones no siempre son explicables por el amor sino que también por la pena. Esa pena, expulsada e irredenta, dejada afuera por el estrépito de las trompetas y tambores, también tenía uno de sus orígenes en la derrota, en aquella que vuelve a hacerse presente en el último minuto sólo para hacer más ostensible

el terror y el abandono. Era ese aire desesperado que tragaban la mujer y el niño aquel que querían exorcizar, la blancura inmaculada de la iglesia, los crucifijos y sus sombras y, sobre todo, el hipnotizado baile de esa muchedumbre a quien el aguardiente y los grandes botes de cerveza comenzaban a hacer bambolear sobre las bruñidos guijarros del desierto.

El ojo inmóvil del sol seguía clavado en el centro del cielo y la tierra entera parecía aullar bajo la mordedura de la intensa luz. De pronto esa figura diminuta, pegada a las manos de su abuela, se vio alzada por dos brazos jóvenes y en ese mismo instante los cerros comenzaron a saltar junto a él. Su padre se había acercado de improviso, le había tomado por la cintura y montándolo en sus hombros recommenzó los pasos del baile. Empinado sobre esas espaldas (que sin embargo eran angostas y frágiles como serían las suyas), era él quien estaba más arriba y la multitud debajo le pareció de pronto una marejada de piedras que danzaban. Veía el ondular de las cabezas negras agitándose, el movimiento de las volteretas y saltos del baile y el vaivén de su propio cuerpo yéndose para adelante y para atrás como un barco que cabecea cruzando las olas. El sonido de la música era ensordecedor y sin embargo, por encima de ella, su risa resonaba más prístina y salvaje, más aguda y penetrante, como si esa risa fuera su desafío al sol inmóvil, a la planicie cegadora del cielo que encima de él le pareció, también de pronto, un mar vacío y dado vuelta (pero aún no había visto el mar).

Los hermanos de su padre, sus tíos, se habían puesto junto a él y las carcajadas del niño encaramado los hacían reírse en un diálogo de sonoridades y timbres que sólo era de ellos. Parecía entonces que no existiera nada afuera de la intimidad de ese círculo y el ritmo se iba lentificando, los saltos eran cada vez más armoniosos, largos y gráciles y el trasfondo de la multitud se tornaba difuso y blancuzco igual que motas de algodón. Cada paso se suspendía en el aire por instantes cada vez más largos y los pies que volvían a posarse sobre la tierra se elevaban dejando apenas el rastro del

polvo y la maravilla arrebatada de lo que el niño desde arriba veía como un estallido de espumas. Entonces el tiempo se partía y lo que cualquiera habría descrito como un corto momento era, en el conjunto que ellos iban dibujando, un lapso interminable cuyo fin tal vez estaba trazado en otras partes, en otros tiempos, en otros panderos y fiestas. Desde arriba el niño los miraba bailar y cada paso —el despegue del suelo y la suave caída— se asemejaba así a dos historias.

Raúl, el padre, había bajado al pequeño y le iba hablando mientras lo llevaba de vuelta donde su abuela. También para ellos se había detenido toda la fanfarria y la música. En el fondo, y lo habrían expresado de distintas maneras, los dos sentían que una respiración extraña los tenía sujetos en esa escena blanca y sin tiempo donde bailaban. Esa respiración había puesto las casas pintadas a la cal, el fondo interminable del salar y el calor que se dejaba caer sobre sus cabezas como si entre ambos estuvieran sosteniendo una trama que ya había ocurrido infinitas veces y que seguiría ocurriendo porque nadie puede llegar a entender del todo a los otros que nos viven.

Le contaba de la enorme extensión del océano que hacía miles de años había cubierto esos parajes, estableciendo así una conversación en la que no eran sólo ellos los participantes sino todo lo que veían, la antigüedad y el más remoto futuro, los fósiles de peces incrustados en las cumbres y los astros que todavía habrían de nacer. Continuaba hablándole sin detenerse porque desde los ojos de su hijo se levantaba una inocencia que al final no era distinta a la suya y que al contemplarla en el pequeño lo llenaba de una extraña ternura. El chico alzaba de repente la cara dándose cuenta de que, desde que se bajó de la espalda de su padre, los farellones y el cielo habían cesado de moverse. Todos se habían reunido en el carnaval de un pequeño pueblo suspendido sobre el salar y al mismo tiempo están también en otra parte. Más arriba, depositados sobre los cerros, la gama infinita de los ocres recordaba que los colores del desierto eran los mismos que los de la piel humana.

En ese momento sintió que el largo río de las palabras se había ensanchado adquiriendo ese ritmo manso que tienen los estuarios entrando en el océano. Todos los que habían pervivido por el amor en su memoria —su padre muerto tan joven y sus tíos, sus abuelos, la amiga de su hermana, Veli— estaban allí acompañándolo. Tendido boca arriba sobre el salar vio que la luz ya no era tan intensa y que anochecería con frío, como anochece en el desierto. Había cesado todo sonido. Recogió entonces los brazos que tenía abiertos y se puso en cuclillas. Luego se irguió como en una resurrección menor, sin estruendo, simplemente como alguien que se levanta.

mayo 1997 - mayo 1998, 2015

Edición en formato digital: mayo de 2015

© 2015, Raúl Zurita

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S. A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789568228941

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.cl](http://www.megustaleer.cl)